DE LA SOCIAL A MORENA

Carlos Illades



DE LA SOCIAL A MORENA

Carlos Illades



Índice

De la social a Morena

Breve historia de la izquierda en México

Carlos Illades

JUS

Créditos

De la social a Morena / Carlos Illades

Primera edición electrónica: 2015

en colaboración con Editorial Jus

Donceles 66, Centro Histórico

C.P. 06010, México, D.F

Comentarios y sugerencias:

(55) 12 03 37 81 / (55) 12 03 38 19

www.jus.com.mx / www.jus.com.mx/revista

ISBN: 978-607-9409-23-4, Jus, Libreros y Editores, S. A. de C.V.

DISEÑO DE PORTADA: Anabella Mikulan / Victoria Aguiar

PUMPKIN STUDIO holapumpkin@gmail.com

FORMACIÓN: Anabella Mikulan

CUIDADO EDITORIAL: Jus, Libreros y Editores, S. A. de C. V. y Valentina Tolentino Sanjuan

Para mis padres

Prólogo

Hoy es tópico afirmar que la izquierda está en crisis. El meteoro neoliberal debilitó apreciablemente a la clase obrera industrial, sujeto revolucionario del marxismo clásico, al grado de que su retroceso parece a Eric Hobsbawm irreversible, y desmanteló el Estado benefactor, soportes ambos de la socialdemocracia. Tras la implosión del socialismo realmente existente en Europa oriental, el flanco comunista todavía no recompone su paradigma político lo suficiente para articular una alternativa creíble al statu quo que coloque en el centro la cuestión social, ese logos que da sentido a su existencia, y su expresión socialdemócrata no ha ido más allá de asumir las premisas de sus adversarios. Dice Etienne Balibar, que "la izquierda está en estado de bancarrota política. Ha perdido toda capacidad de representación de las luchas sociales o de organización de movimientos de emancipación. En general, está alineada con los dogmas y los razonamientos del neoliberalismo. Y en consecuencia se ha desintegrado ideológicamente". Entre tanto, día a día la derecha europea en el poder socava las conquistas que los trabajadores lograron en la posguerra (pleno empleo, educación gratuita, salud pública, pensiones y seguro al desempleo). La desconfianza, dice Tony Judt, ha roto los lazos cohesivos incluso en sociedades que se caracterizaron por ser las más igualitarias del planeta (Hobsbawm, 2011, p. 419; Balibar, 2010; Judt, 2010, pp. 72 y 73).

En América Latina el curso ha sido algo distinto. Después de dos décadas de administraciones neoliberales actualmente la mitad es gobernada por la izquierda, pero no hay evidencia de que el discurso y las prácticas políticas de aquélla sufrieran transformaciones significativas, por no hablar de un retorno al populismo en varios países. México, la única de las naciones grandes del subcontinente donde la izquierda todavía no ha alcanzado la presidencia de la república, aunque con oportunidades reales de hacerlo en 1988 y 2006, tampoco escapa a esta ruta. De hecho, la respuesta de la izquierda socialista al colapso del bloque soviético fue la evasión, incluyendo a las tendencias marginales que habían combatido el estalinismo: primero hacia el nacionalismo revolucionario, y después en dirección del neozapatismo; esto es, asimilándose a otras corrientes históricas de la izquierda nacional. Entre sus militantes, algunos abandonaron el

activismo o literalmente se reacomodaron en otros puntos del espectro político. De los noventa para acá, la elaboración teórica de la izquierda al respecto ha sido, de sí, escasa por no decir nula, lo cual no deja de sorprender, sobre todo si tomamos en cuenta que había tenido un papel fundamental en el debate público y la ciencia social mexicanos.

Este libro esboza el desarrollo histórico de la izquierda mexicana deteniéndose en los momentos fundamentales. Aunque sigue los hilos de las tres grandes corrientes que la conforman (socialismo, nacionalismo y socialcristianismo), se ocupa con más detalle de la izquierda socialista, tanto por mi interés personal, como porque es la que presenta una mayor diferenciación quizá como consecuencia de la importancia que tradicionalmente le otorgó al debate ideológico. Esto no significa que se desatendieran los vínculos con las demás corrientes, sobre todo después de 1988, cuando dieron lugar a nuevas configuraciones políticas. En cuanto al orden expositivo, se procuró seguir una pauta cronológica, sabiendo de antemano que la historia particular de cada una de las corrientes, y de los socialismos en particular, no tiene un curso lineal, que pueden convivir en el tiempo e incluso llegar hasta el presente. A este respecto, la periodización indicada en los capítulos no pasa de ser una guía para el lector, además de subrayar el momento en que cobró mayor relevancia alguna de ellas.

Algunas referencias fueron suprimidas con el fin de propiciar una lectura más ágil. El lector que lo desee, puede consultar “Fuentes y bibliografía” para conocer todas las referencias e incluso marcar su propia ruta en la apasionante investigación y apropiación de este gran tema.

La Universidad Autónoma Metropolitana y el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (proyecto de investigación básica 150714) me brindaron las condiciones indispensables para elaborar este volumen. En la Universidad de París IV (Sorbonne Nouvelle), el CIDE, la Universidad de Princeton, la UAM y la Fundación Getulio Vargas (Río de Janeiro) recibí valiosos comentarios a mi investigación que adquirió la forma de libro gracias a la amable invitación de Francisco Quijano. Guillén Torres Sepúlveda realizó una valiosa recopilación documental empleada en los dos últimos capítulos del libro. En rigor, sin embargo, el saldo completo de errores y omisiones es únicamente mío.

Chapultepec, diciembre de 2013

1. Las corrientes históricas

Habitualmente se han clasificado a las izquierdas mexicanas con base en su estrategia política y métodos de acción (reformismo, comunismo, ultraizquierdismo, etcétera), poniendo menos atención en el cuerpo doctrinal que las configuran y las corrientes históricas de las que forman parte. La perspectiva temporal prácticamente no rebasa el siglo XX, como si aquéllas fueran producto de la Revolución mexicana o su punto de referencia fuera inequívocamente el comunismo oficial (Bartra, 1982, p. 88; Anguiano, 1997, pp. 44 y siguientes; Semo, 2004, p. 130; Aguilar Camín, 2008, p. 13).

Las izquierdas, consideramos, surgieron en la segunda mitad del siglo XIX en la que podríamos llamar época romántica, esto es, alrededor de la Reforma liberal, cuando se define un proyecto nacional que incluye la modernización del Estado, la separación entre éste y la Iglesia, la formación de una sociedad de pequeños propietarios, el sufragio universal, la educación pública, la disminución de las competencias de las corporaciones, la libertad económica, la moral cívica y la puesta en operación de un imaginario republicano. Todavía no se construyen las identidades clasistas, pero comienza a surgir la sociedad civil a través de asociaciones diversas, resurgen las rebeliones campesinas en buena parte del país y arriban las iglesias disidentes. Todo esto en un ambiente intelectual dominado por el catolicismo, pero en el cual empiezan a abrirse paso las posturas espiritualistas y heterodoxas dentro de la filosofía, surgen el pensamiento social y la literatura nacional, y apenas las ideas positivistas comienzan a despuntar. Al mismo tiempo, conviven las ideologías liberal, conservadora y socialista apenas concluido su proceso de diferenciación.

Si la prioridad de la izquierda es la cuestión social, desde tres puntos del espectro ideológico trataron de resolverla. El primero de ellos corresponde obviamente al socialismo, discurso político que gira en torno de ese eje y que, por entonces, inició la difusión en el país. Aspiraba a emancipar a los trabajadores, las mujeres y los indígenas y a la vez cancelar los privilegios de la Iglesia romana, promoviendo una nueva espiritualidad. De otro lado estaban los críticos de esta Iglesia que, a fuerza de intentar reformarla, frecuentemente acabaron rebasando sus estrechos márgenes, acercándose tanto al liberalismo en

el terreno político, como al socialismo, asumiendo con él la urgencia de atender la problemática social. A esta corriente podríamos llamarla socialcristiana. Por último, dentro del campo liberal, hubo unos cuantos que ligaron la construcción nacional a la solución de la cuestión social.[1] Ellos, pensamos, conforman el liberalismo social que acompañó al nacionalismo en el siglo XIX, para después de la lucha armada de 1910 disolverse dentro del nacionalismo revolucionario.

No obstante que surgieron más o menos al mismo tiempo, y muchas veces convergieron en la acción política e incluso llegaron a mezclarse tomando elementos de otras (la Teología de la Liberación, por ejemplo, del marxismo), estas tres corrientes de la izquierda tienen una naturaleza distinta y, aunque transformadas, llegan hasta nosotros. Si bien la nacionalista ha sido la dominante, en determinadas coyunturas las otras adquirieron mayor protagonismo. El primer socialismo, el anarquismo y el comunismo, a la que podría agregarse una socialdemocracia simplemente testimonial en el país, suman el bagaje de la tradición socialista mexicana. El liberalismo social, el nacionalismo romántico y la ideología de la Revolución mexicana alimentan el nacionalismo revolucionario. El neocatolicismo de Lamennais —muy comentado en la prensa obrera—, la Rerum Novarum (1891) en el pontificado de León XIII, el sindicalismo católico y la Teología de la Liberación pautan el socialcristianismo.

Para dar un ejemplo relativamente próximo: en los ochenta del siglo pasado decae la opción socialista cuando el Partido Comunista Mexicano (PCM) cede sus siglas en 1981 al Partido Socialista Unificado de México (PSUM), éste a su vez en 1987 al Partido Mexicano Socialista (PMS), para llegar en 1989 al Partido de la Revolución Democrática (PRD), portadores estos últimos del nacionalismo revolucionario. En 1994, con la aparición pública del neozapatismo, parte del espacio de la izquierda lo ocupa el socialcristianismo, comprometido de antiguo con la cuestión indígena. Hasta la fecha, ambos dominan el territorio político de la izquierda y el socialismo pasó a un plano secundario, si bien no sucumbió. Aquél, por lo general, mostró escaso interés por la política partidaria moviéndose en el pantanoso suelo de la sociedad civil, mientras que el socialismo y el nacionalismo revolucionario actuaron más en la línea de una izquierda social o institucionalizada, de acuerdo con la circunstancia.

En lo que respecta a los métodos de acción, las izquierdas respetaron las vías legales, aunque en determinadas coyunturas (falta de canales de participación

democrática, represión o violencia por parte del Estado o de los grupos dominantes) y lugares (en particular en el Sur, pero también en otros espacios geográficos) recurrieron eventualmente a la lucha armada: la nacionalista revolucionaria en el henriquismo; la socialista, sobre todo durante su etapa anarquista; la socialcristiana, particularmente en la guerrilla de los sesenta y setenta. También todas han sido en ocasiones gradualistas (el PCM, el Movimiento de Liberación Nacional o MLN, el neocardenismo, las juntas de buen gobierno del Ejército Zapatista de Liberación Nacional o EZLN) y en otras eligieron el camino de la revolución (anarquistas, trotskistas y maoístas, las guerrillas de Genaro Vázquez y Lucio Cabañas, el Ejército Popular Revolucionario o EPR). No obstante, la mayoría de las veces el segmento numéricamente más importante de la izquierda actuó con apego a la ley y, cuando existieron las condiciones de la competencia política, participó en ella.

LA ÉPOCA ROMÁNTICA

Con distintos conceptos filósofos, teóricos sociales e historiadores de las ideas han denominado a los hábitos mentales de una época en la que se comparten ciertos presupuestos, lenguajes y certezas, dotando de sentido la experiencia de lo vivido y haciendo posible la comprensión común y la comunicación, independientemente de las diferencias políticas e incluso ideológicas de los actores. Uno de estos periodos, en que cristalizó incluso una corriente intelectual, fue el romanticismo, según Berlin, “el mayor movimiento reciente destinado a transformar la vida y el pensamiento del mundo occidental”.[2]

El romanticismo fue un movimiento plural, que varió de acuerdo con las circunstancias nacionales, sin filosofía propia ni ideología particular. No presenta tampoco una cronología rígida, ni una temática uniforme, aunque destacan motivos, actitudes, tratamientos comunes y énfasis (la naturaleza, la dimensión histórica, la libertad artística y política, el misticismo, la excepcionalidad del acto creativo y el recelo hacia la popularidad). Para Béguin constituyó simultáneamente una forma de reflexión, una estética, una actitud vital, la expresión de un estado de ánimo nostálgico y angustiado, el anhelo de dirigirse al infinito, de expresar lo inagotable, la afirmación de la heroicidad individual y de los pueblos, y una exploración del alma, de los sentimientos y de

las emociones(Trotignon, 1972; Berlin, 2000; De Paz, 1992; Honour, 1981; Béguin, 1981). Ocasionalmente, agregó a las dimensiones de la belleza y la verdad la procuración del bien, ya que —escribe Picard— “el yo romántico no es egoísta, sino que es ante todo social” (1947, p. 38). Michelet detectó en el pueblo trabajador las virtudes cívicas y las cualidades morales que sacarían adelante a la nación. “Si las clases superiores poseen la cultura, nosotros poseemos mucho más calor vital”, diría el antiguo impresor (2005, p. 26).

La época romántica, en la que en México se fundan la Academia de Letrán (1836) y el Liceo Hidalgo (1849), contiene una “estructura de sentimiento” —diría Raymond Williams— que toma como referencias históricas fundamentales tanto el enfrentamiento entre liberales y conservadores (dirimido finalmente mediante las armas), como las invasiones estadounidense y francesa. Esta experiencia colectiva la tuvieron liberales (Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Francisco Zarco, Ignacio Manuel Altamirano, Juan A. Mateos, Vicente Riva Palacio, Melchor Ocampo, Nicolás Pizarro), conservadores (José María Lacunza, Francisco Pimentel, Manuel Orozco y Berra, José María Roa Bárcena), socialistas (Plotino C. Rhodakanaty, Juan de Mata Rivera, José María González) y mentes eclécticas como la de Juan Nepomuceno Adorno, las cuales comparten preocupaciones en torno a la construcción nacional, la modernización y delimitación del ámbito estatal (a expensas del religioso), la propiedad territorial, la colonización del territorio (incluida la emigración extranjera y el reparto de tierras incultas), la educación de las masas populares, la situación de los indígenas, la ciudadanía y la creación de un orden político estable (Illades, 2005, pp. 54 y siguientes).

Obviamente los desacuerdos eran enormes, no en balde el crónico estado de guerra, pero los problemas estaban frente a ellos y muchos coincidían en que habían de atacarse. La diferencia estribaba en el cómo. Por mencionar un caso, los liberales reivindicaron el pasado prehispánico pero —salvo Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano— poco hicieron por el indio contemporáneo. La convicción de que constituían un “pueblo débil”, muy a tono con la calificación de las civilizaciones que comenzaba a esbozar la antropología, sirvió de soporte “científico” para promover la inmigración europea (blanca) y, con ella, la modernización del país.

En eso, los liberales no estaban tan lejos de conservadores como Francisco Pimentel, quien en Memoria sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena de México y medios para remediarla, de 1864, trazó la

ruta crítica para desaparecer al indio mediante una nueva síntesis racial con los blancos y una segunda evangelización, completa y no superficial como la del siglo XVI, que acabara con la religiosidad pagana mediante la cual los indios adoptaron el cristianismo. Ramírez, decíamos, trató de mejorar la situación "de los estratos excluidos del proceso y la actividad sociopolítica", en tanto que Rhodakanaty abogó por ellos a partir del socialismo. Para el liberal guanajuatense, el problema residía en que las mujeres, los jornaleros, los indios y los prisioneros carecían de derechos, lo que convertía la igualdad liberal en una quimera. El médico griego convocó a "todos los ciudadanos" que formaban la clase proletaria a unirse "de común acuerdo para derribar tan grave mal, cual es el de la miseria, que hoy nos devora por todas partes"; a promover el amor libre y lograr el reconocimiento legal del divorcio, para que la unión de los sexos fuera espontánea y consensuada, "único medio posible para extirpar radicalmente la prostitución y de hacer cesar para siempre la esclavitud de la mujer y la explotación que en todos tiempos… ha ejercido el hombre sobre ella"; a que los trabajadores se asociaran, obtuvieran empleo y créditos, y mejoraran su salario; a que se repartiera la tierra de las haciendas y los indígenas recuperaran la propiedad mediante la "ley agraria", y la dignidad mediante el trabajo y la educación (Pimentel, 1995, p. 113; Maciel, 1980, p. 145; Ramírez, 1952, II, p. 159; Rhonakanaty, 1998, pp. 111, 112 y 114).

De acuerdo con Altamirano, la organización de las clases populares era un bastión de la democracia que hacía ver las "ventajas del socialismo" con el ejemplo las sociedades de auxilios mutuos. La asociación es el hilo tendido en los escritos de Nicolás Pizarro, el elemento nuclear de una ciudadanía social que daría sustento al orden político liberal y sería el instrumento para reducir la desigualdad social de forma tal que compeliera al rico devolver "a la masa común de la masa productiva, por medio de un trabajo productivo, lo que consume, porque su subsistencia siempre pesa muchos productores". Y, exponía Francisco Zarco, "Dios quiere verse representado en los pobres, para que los cristianos sean compasivos". En tanto que Juan Nepomuceno Adorno estaba cierto que los pobres podían vivir sin los ricos, pero éstos no podían prescindir del trabajo de aquéllos (Altamirano, 1974, p. 29; Pizarro, 2005, I, p. 440; Zarco, 1980, p. 69; Adorno, 1862, p. 94).

Desde distintas trincheras ideológicas la institución católica fue puesta en capilla. Ramírez de plano espetó un "No hay Dios" en la Academia de Letrán, y otros fueron más cautos proponiendo formas alternativas de religiosidad. El cura de La Navidad en las montañas asumía que ser "demócrata o discípulo del gran

Maestro Jesús”, era en esencia lo mismo; en Zarco una “cadena de armonía” ligaba el alma humana al “universo entero”, a la vez que Pizarro creía en la reencarnación. Ninguno de ellos consideraba que la Iglesia romana estuviera cumpliendo adecuadamente su cometido e incluso autores como Rhodakanaty y Adorno rompieron con la fe católica en favor del panteísmo y del providencialismo (Perales, 2000, p. 76; Altamirano, 2000, p. 103; Zarco, 1980, p. 62; Pizarro, 2005, I, p. 523; Rhodakanaty, 1998, p. 214; Adorno, 1862, p. 42).

Lo que tenemos hasta aquí es la gama de problemas que las mejores mentes de la época consideraban apremiantes y, también, el consenso de un segmento de esta inteligencia en que tanto la cuestión social como el replanteamiento de la función de la Iglesia resultaban capitales para el futuro del país. Salvo Rhodakanaty, quien creó una organización para hacer valer los derechos de los subalternos, los demás expusieron sus ideas en sus escritos y algunos también como funcionarios o representantes legislativos. Sin embargo, el rumbo de la discusión había quedado trazado y a la vuelta del siglo se recuperaron estos asuntos dentro del debate público. El anarquismo intentaría separar la emancipación social de la fe religiosa, la encíclica Rerum Novarum pretendería adaptar el mensaje católico a la era del sindicalismo y los vientos socialistas que recorrían Europa y amenazaban América, y positivistas tan lúcidos como Andrés Molina Enríquez sintetizaron la clase y la raza en un convincente discurso sobre el mestizaje.

VUELTA DE SIGLO

Motivados por el cambio de la situación mundial, el empleo de nuevos enfoques para abordarla y las transformaciones de las propias doctrinas, socialistas, nacionalistas y cristianos replantearon la cuestión social durante el Porfiriato. Con el anarquismo algunos de los presupuestos esenciales del primer socialismo fueron desechados, si bien la corriente ácrata refrendó su rechazo a la política. La lucha de clases ocupó el lugar de la armonía social, mientras la estrategia persuasiva, apoyada en la educación y el convencimiento, fue sustituida por otra de tipo insurreccional. El materialismo filosófico sustituyó al idealismo, a la vez que la revolución relevó a la regeneración social como horizonte político. La igualdad radical ocupó el lugar de la justicia como ideal normativo. Los

enemigos del pueblo, antes los comerciantes y especuladores, serían ahora los propietarios capitalistas. Los fabricantes, reconocidos antaño parte de las clases productivas, fueron separados del mundo del trabajo que en adelante sólo reconocía como suyos a obreros, campesinos y asalariados. La república burguesa —aseguraba Ricardo Flores Magón— era un cadáver desde su nacimiento, ya que “todo se garantizó, menos la igualdad social de todos los seres humanos” (1911, p. 18).

En la línea de lo que sería el nacionalismo revolucionario, para Molina Enríquez la propiedad constituía el elemento esencial de la estructura social y por ello juzgó imprescindible dar certidumbre al respecto. En esto, el paralelo con Mariano Otero es de suyo evidente. Lo llamativo es la asociación entre economía, sociedad y política. Después de un minucioso análisis geográfico e histórico, Molina concluyó que la dominación mestiza requería una base material equivalente a la detentada por los criollos en la “zona fundamental de los cereales”, la cual les permitió acaudillar la Guerra de Independencia. Los mestizos constituían la raza surgida de la conquista y el núcleo de la clase media, eran la médula de la nueva sociedad que emergió políticamente con la Revolución de Ayutla. Sin embargo, su hegemonía tenía un punto débil, y ese era la falta de un sustento económico que la hiciera viable, dado que la riqueza la detentaban los antiguos criollos, en tanto que los indígenas, refugiados en sus pueblos, tenían unas condiciones de reproducción bastante precarias. Como los socialistas, la salida que encontró Molina al problema de la tenencia de la tierra fue la supresión del latifundio (injusto y antieconómico además de “feudalismo rural”), y —con los liberales—, la expansión de la pequeña propiedad privada, la forma jurídica más evolucionada de la propiedad de acuerdo con su tesis. A esa forma de propiedad es a la que debían de aspirar los mestizos, la raza que unía a españoles e indígenas, porque era la que daría sustento material a su dirección de la sociedad, los constituiría en una pujante clase media e integraría al pueblo como una fuerza natural permitiéndole formar una verdadera patria (Molina, 1984, pp. 87 y 88; Córdova, 1973, pp. 130 y siguientes).

No toda, ni siempre, la Iglesia católica estuvo reñida con la república, aunque sí con el liberalismo cuando éste la emprendió contra de las corporaciones. A partir de 1863, con uno de sus brazos en la sociedad civil, la Asociación de Señoras de la Caridad de San Vicente de Paul, inició también una extensa y silenciosa cruzada social. Al año siguiente, contaba con 576 miembros activos y para 1910 la cifra ascendía a 20,188, miembros distribuidos en buena parte del territorio nacional, pero con un amplio contingente en el estado de Jalisco. Con miras

básicamente políticas, en 1868 se fundó la Sociedad Católica de la Nación Mexicana, un protopartido concebido para enfrentar al Estado liberal. Hacia 1908 se formó la Unión Católica Obrera (UCO), que reunió a los círculos católicos de obreros; tres años adelante, nacía el Partido Católico Nacional (Connaughton, 2011, p. 230; Arrom, 2007, pp. 56 y 63; Ceballos, 1991, pp. 51 y 52; Overmyer-Velázquez, 2007, p. 135).

El socialcristianismo cambió la naturaleza de la intervención de la Iglesia, yendo más allá de la caridad e intentando focalizar la acción en organizaciones que trascendían el ámbito religioso (sindicatos, partidos, prensa, escuelas, etcétera), con la expectativa de terciar entre el liberalismo y el socialismo, y eludir la amenaza anarquista. Para el catolicismo social el mal de la época moderna era el pauperismo, esto es, la pobreza generalizada de la sociedad provocada por el liberalismo, que hizo perder la dignidad a los hombres convirtiéndolos en meros instrumentos de un capitalismo monopolista y voraz que dominaba al trabajo a través de los trust. En su desesperación, acicateados además por una educación laica que promovía el escepticismo, muchos buscaron en el anarquismo y en el socialismo la salida al gran problema contemporáneo (Adame, 1981, pp. 200 y siguientes).

La encíclica Rerum Novarum fue la formulación doctrinal de la “cuestión social” desde la perspectiva católica, y una tentativa de parar la propagación del “socialismo ateo” entre las clases trabajadoras. Mientras que el liberalismo negaba esta realidad y el socialismo alimentaba un espíritu revanchista entre los desposeídos, el catolicismo social trataba de recuperar la armonía reduciendo la brecha entre las clases sociales con la aplicación de los principios elementales de la justicia y la caridad. De un lado, la justicia permitiría dar a cada quien lo que le correspondía; del otro, la caridad permitiría ceder generosamente al prójimo parte de los bienes. En el mundo del trabajo estos principios suponían la reciprocidad, el apoyo mutuo y la concordia: los patrones deberían pagar un salario suficiente a los obreros, en tanto que los asalariados tendrían la obligación de prestar eficazmente el trabajo convenido. La encíclica prescribía también la reducción de la jornada laboral y el descanso dominical, y asumía la propiedad privada como un derecho natural del individuo, en tanto que la asociación lo era para los trabajadores, considerados sujetos libres, autónomos y facultados para discernir, no simples mercancías ni apéndice de las máquinas (Hobsbawm, 1995, p. 122; Adame, 1981, pp. 207 y 208; Ceballos, 1983, pp. 8 y siguientes).

Paralelamente a la intervención católica en el mundo del trabajo, en 1912 el anarquismo formó la Casa del Obrero, la cual reunía a unas cuantas sociedades mutualistas de la ciudad de México (canteros, textileros, sastres y cocheros), y al año siguiente incrementó su membresía agregándole el "Mundial" a su denominación. En febrero de 1915 un segmento mayoritario de la organización optó por sumarse al bando constitucionalista enfrentando a los ejércitos de la Convención de Aguascalientes, a la vez que quiso aprovechar la circunstancia para expandir su influencia en el país, iniciativa que no fue del agrado de sus aliados. Esto, aunado a la ola de huelgas en respuesta a los problemas económicos provocados por la guerra civil, condujo a la ruptura y posterior disolución de la organización obrera.

A partir de 1919, cuando se funda el PCM, las distintas corrientes históricas de la izquierda transitaron hacia la política encontrando acomodo en organizaciones estructuradas o alrededor de ellas. Los caudillos revolucionarios formaron diez años después el Partido Nacional Revolucionario (PNR) y, en 1939, se constituyó el Partido Acción Nacional (PAN). Ante los nuevos referentes partidarios, las tres izquierdas experimentaron un proceso de diferenciación mayor e incluso se enfrentaron cuando los comunistas adoptaron la línea de clase contra clase que los separó de sus aliados revolucionarios alejándolos del movimiento obrero, o cuando el gobierno de Pascual Ortiz Rubio los condenó a la clandestinidad. Sin embargo, los comunistas se aproximarían al régimen con la política de los frentes populares diseñada por la Komintern para contener al fascismo, la cual condujo a los partidos comunistas de todo el mundo a aliarse con las burguesías nacionales.

Artífice de la Ley Federal del Trabajo de 1931, fundador de la Confederación de Trabajadores de México (CTM) en 1936, y creador del Partido Popular (1949), Vicente Lombardo Toledano leyó la historia nacional en clave estalinista. De esta manera, la etapa prehispánica se asimilaba a la comunidad primitiva, la época colonial, al esclavismo y el feudalismo; y el periodo nacional, al capitalismo. Señaló, además, que la Independencia, la Reforma y la Revolución de 1910 no fueron revoluciones "separadas una de la otra", sino parte, en cambio, de "un mismo movimiento" (Wilkie y Monzón de Wilkie, 2004, p. 140). Si el socialismo no llegaba todavía a México, lo cual resultaba inevitable por tratarse de una necesidad histórica, era porque las fuerzas productivas no alcanzaban aún el desarrollo suficiente para su realización.

Colaborador de Lombardo en la Universidad Obrera de México, Narciso Bassols

fue también coautor de la reforma constitucional de 1934 que remplazó el laicismo por la “educación socialista” y, desde la legación mexicana en Francia, apoyó el exilio republicano español hacia nuestro país. Antes de concluir el sexenio cardenista, regresó a México y formó con sus colaboradores más cercanos la Liga de Acción Política, una corriente de opinión opuesta al giro conservador que advertía en el general Manuel Ávila Camacho, entrando al debate público con el semanario Combate.

Cuando se reanudaron las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética en 1944, Bassols fue nombrado embajador para, más adelante, acompañar a Lombardo en la fundación del Partido Popular, aunque alejándose pronto del nuevo instituto político. A este proyecto también se sumaría José Revueltas. Jesús Silva Herzog condensó así la trayectoria intelectual del mexiquense: parte “de un liberalismo social con ingredientes de la Revolución mexicana, ya caminaba [a principios de la década de 1930] por la senda que conduce al socialismo”. De hecho, hasta entrados los cincuenta hubo cierta confluencia ideológica entre el ala izquierda del bloque revolucionario y los comunistas, dado que estos últimos —anota Enrique Semo— se asumían como el “ala radical o socialista de la Revolución mexicana” (Bassols, 1979, p. XXVI; Semo, 2003, p. 68).

La Iglesia católica potenció su participación en la organización de los trabajadores, las mujeres y los jóvenes creando en 1920 el Secretariado Social Mexicano, el cual dependía del Episcopado, de tal manera que ya tenía un trecho andado en el campo popular cuando surgieron el movimiento cristero y posteriormente el sinarquismo. En la década de 1940, extendió su intervención en aquél mediante las organizaciones de base que conformó, caso del Centro Nacional de Comunicación Social (CENCOS), la Escuela de Periodismo Carlos Septién García, la Escuela de Trabajo Social Vasco de Quiroga, la Confederación Nacional de Cajas Populares, el Instituto Mexicano de Estudios Sociales A.C. (IMES) y el Frente Auténtico de Trabajo (FAT). Este involucramiento en las organizaciones sociales tensó la relación entre el Secretariado y la jerarquía católica, la cual escaló considerablemente cuando éste suscribió las tesis de la Segunda Conferencia del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), celebrada en Medillín, Colombia, en 1968, punta de lanza de la Teología de la Liberación en el subcontinente. Cinco años después, aquél se constituyó como asociación civil desvinculándose del Episcopado (Escontrilla, 2009, pp. 147 y siguientes).

LOS SESENTA

La tempestuosa década de 1960 azotó por igual a los tres polos de la izquierda mexicana germinando en ellos tendencias radicales, y también conduciendo a espacios de confluencia entre éstos, incluida la lucha armada. Mientras dentro del frente del nacionalismo revolucionario crecía la inconformidad con respecto de los giros conservador (Ávila Camacho y Alemán) y represivo (López Mateos y Díaz Ordaz) del régimen, confirmando que la Revolución mexicana estaba en rigor mortis, en el vientre de la Iglesia católica crecía la Teología de la Liberación, la cual intentaba recuperar la vocación popular de la corporación religiosa tomando la “opción por los pobres”, y en la cofradía socialista la nueva izquierda se afanaba en trascender el estalinismo e incorporar las reivindicaciones de los nuevos movimientos sociales (mujeres, minorías, jóvenes) dentro de su decálogo revolucionario. En cualquier caso, el propósito consistió en sacudir la pasividad, apatía y desorganización de la sociedad mexicana, conforme con el crecimiento económico del país y las políticas sociales de la Revolución hecha gobierno, sin que por ello disminuyera la desigualdad o existiera una democracia medianamente creíble.

Los acercamientos abarcaron ámbitos variados que iban desde la movilización política, los frentes de acción y el mundo de la cultura renovado con revistas como El Espectador y Política, suplementos culturales de los diarios de circulación nacional (México en la cultura, más tarde La cultura en México) y editoriales independientes (Era, Siglo XXI Editores, Joaquín Mortiz), en tanto que la Casa del Lago, el Centro Universitario Cultural (CUC) y Radio UNAM abrían espacio a los escritores de la generación de medio siglo. Los intelectuales del PCM veían un alentador cambio de aire en la esfera pública: “El periodo se abrió con la crítica de la clase dominante desde las páginas de La región más transparente, de Carlos Fuentes, y más tarde en El Espectador y Política, representantes destacados de la nueva generación hablaron de revolución”, destacó Historia y Sociedad (Volpi, 2008, p. 51; “Dos años de Historia y Sociedad”, p. 2).

A raíz del conflicto ferrocarrilero, Lázaro Cárdenas conjuntó al PCM, el Partido Popular Socialista (PPS), sindicatos obreros, organizaciones campesinas y

segmentos del PRI, a fin de constituir un frente democrático que contuviera las pulsiones represivas del gobierno de Adolfo López Mateos y coadyuvara tanto a la democratización de los sindicatos como a la libre competencia política. Con la presencia de 180 delegados procedentes de 20 entidades federativas, el 4 de agosto de 1961 se fundó el MLN, el cual estaba por la plena vigencia de la constitución; libertad para los presos políticos; justicia independiente; libertad de expresión; reforma agraria integral; autonomía y democracia sindical y ejidal; dominio de la nación sobre los recursos naturales; industria nacional; reparto justo de la riqueza del país; política exterior independiente y digna; solidaridad con Cuba; comercio con todos los países; democracia, honradez y bienestar para el conjunto de la población; pan, libertad, soberanía y paz. Entre otros, su comité nacional lo integraron Alonso Aguilar, Narciso Bassols, Cuauhtémoc Cárdenas, Jorge Carrión, Fernando Carmona, Heberto Castillo, José Chávez Morado, Carlos Fuentes, Ignacio García Téllez, Enrique González Pedrero, Eli de Gortari, Francisco López Cámara, Manuel Marcué Pardiñas, Rafael Ruiz Harrel, Carlos Sánchez Cárdenas y Manuel Terrazas (Argüedas, 1977, p. 233n).

Samuel Ruiz fue uno de los 932 religiosos latinoamericanos presente en el Concilio Vaticano II (1962), el cual cuestionó a más de uno sobre la evangelización practicada hasta entonces. De origen humilde y conservador, al obispo mecido en la cuna sinarquista de Irapuato el contacto directo con las penurias de los indígenas de su diócesis cambió hasta sus maneras: “vine a San Cristóbal para convertir a los pobres” —diría— “pero son ellos los que han acabado por convertirme”. Otros, como el obispo de Cuernavaca Sergio Méndez Arceo, buscaron el diálogo entre clérigos y laicos católicos, y entre el cristianismo y las ciencias sociales hegemonizadas entonces por el marxismo, a través del Centro Antonio Montesinos (CAM). Ambos asumían que los cristianos deberían participar activamente en su salvación, pues ésta era concebida ya desde una perspectiva no sólo teológica sino también histórica. Mientras las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano y Caribeño de Medellín (1968) y Puebla (1979), además del encuentro Fe y Desarrollo de la Sociedad Teológica Mexicana (1969), perfilaron a las comunidades eclesiales de base como la “alternativa de comunión” con la que un catolicismo renovado fue al encuentro de los pobres, la Congregación para la Doctrina de la Fe intentó atajar su avance con la Instrucción sobre algunos de los aspectos de la “Teología de la Liberación” (1984) y la Instrucción sobre libertad cristiana y liberación (1986) (Womack, 1998, p. 49; Tahar Chaouch, 2007, pp. 84 y 88; Del Valle, 1996, pp. 234 y siguientes; Sánchez, 2007, pp. 48 y 56).

La nueva izquierda también surgió en estos años; trató de trascender el comunismo oficial y ampliar la agenda socialista con el feminismo, los derechos civiles y la democratización en sentido amplio. El gurú intelectual de la joven generación fue José Revueltas, de tormentosa relación con el PCM y promotor de corrientes alternas como el maoísmo, el trotskismo y el socialismo autogestivo (Illades, 2012, pp. 46 y 47). Su Ensayo sobre un proletariado sin cabeza, de abril de 1961, declaró clínicamente muerto a aquél a la vez que llamó a construir el cerebro proletario que hiciera posible la revolución. El movimiento estudiantil de 1968 lo haría reenfocar el problema. La función previamente asignada al partido obrero, "consciencia organizada" de la clase, la endosó a la universidad como "conciencia múltiple, móvil y en activo", "conciencia colectiva", orientada hacia el futuro a través de la praxis revolucionaria, tanto en México como en el mundo, incluida Europa del Este (Revueltas, 1979, pp. 111 y 112; 1980, pp. 37 y 38).[3]

En mucho tiempo no fue factible esta radicalización de las corrientes históricas de la izquierda que ahora se experimentaba por igual. La nueva situación condujo a una convergencia temporal, si no de todas las fuerzas, cuando menos de un par de ellas de acuerdo con la circunstancia, ya fuera porque los nacionalistas hicieran frente con los comunistas para contener al imperialismo estadounidense o porque éstos hicieran causa común con los católicos en materia social. De esta forma, los nacionalistas del partido oficial, decepcionados por la política conservadora del régimen, buscaban aliados fuera de éste; los católicos inconformes con una jerarquía eclesiástica insensible a los reclamos sociales e impermeable a la modernización que exigía la época se decantaron por la "opción de los pobres", marchando al encuentro con el marxismo; los socialistas intentaban vincularse con los nuevos movimientos sociales, enriquecer su agenda con demandas ajenas al obrerismo y dialogar con los católicos radicalizados. No sólo compartieron la calle o el trabajo de base en las comunidades; también fueron juntos en algunos de los focos guerrilleros que emergieron desde mediados de la década.

LA CAÍDA DEL COMUNISMO

Con razón, Enrique Krauze destaca que el interlocutor de los ensayos políticos

de Octavio Paz fue la izquierda intelectual; sin ella, soslaya las convicciones democráticas, el rechazo de la violencia política y la crítica del "socialismo realmente existente" que cuando menos una parte de esta izquierda inició desde la década de 1960 (2011, pp. 8 y ss.).

Los setenta ofrecieron señales promisorias a la izquierda socialista. Los brotes democráticos en el sindicalismo corporativo y el surgimiento del sindicalismo independiente, las huelgas en la industria de transformación, la reactivación de las organizaciones campesinas y de la movilización estudiantil en universidades masificadas por el boom demográfico, la erosión del sistema político después de la masacre de la Plaza de las Tres Culturas, el avance de la izquierda en Sudamérica, el crecimiento de la disidencia política en Europa del Este y dos crisis económicas globales permitían avizorar la oportunidad revolucionaria en un futuro próximo.

Del enfrentamiento, sin embargo, el capital salió victorioso imponiendo la bota militar en el Cono Sur, y en los países desarrollados sometiendo al movimiento obrero a una tiránica reconversión industrial, la cual, al acabar con muchos puestos de trabajo, achicó la base social de la socialdemocracia occidental; mientras, al otro lado del muro de Berlín, el gigante con pies de barro soviético cedía ante una enfermedad terminal. De un mismo tajo, las dos ramas principales del árbol socialista fueron salvajemente dañadas, si bien sus efectos no fueron inmediatos en otras regiones del planeta.

Salvo unas cuantas organizaciones pro-soviéticas, la izquierda mexicana era crítica del régimen estalinista. El PCM, aunque no lo enfrentó abiertamente, desaprobó la intervención del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia y el estado de sitio decretado por el general Wojciech Jaruzelsky en Polonia, mientras el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), sección mexicana de la Cuarta Internacional, dio un apoyo incondicional a Solidarnosc. Ya en 1968 José Revueltas había rechazado las "dictaduras burocráticas" y, desde los tempranos setenta, Carlos Pereyra fue categórico en reconocer el "carácter no socialista de la Unión Soviética". Partiendo de Rudolf Barho y Roy Medvedev, Roger Bartra caracterizó a principios de la década de los ochenta al socialismo realmente existente como un sistema en el que la política ocupa el lugar de las leyes económicas en una suerte de transposición de la base con la superestructura (Revueltas, 1979, p. 275; Pereyra, 1974, p. 10; Bartra, 1981, pp. 180 y 181).

Para Bolívar Echeverría la caída del muro de Berlín ponía fin al "bolchevismo

como una figura despótica peculiar de la gestión económica-política que adoptó el imperio ruso en estos últimos setenta años”; según Adolfo Gilly el emblemático acontecimiento renovaba la validez del marxismo-leninismo, en tanto que Enrique Semo, quien había sido bastante discreto en sus objeciones al modelo soviético, recorrió el escenario de las revoluciones de terciopelo esperando descifrar las claves de la coyuntura. Con todo, fue el único que escribió un libro al respecto. La rapidez del derrumbe de todo el bloque, hizo que la expectativa de que la oposición de izquierda tomara la dirección del movimiento cediera ante la evidencia de la restauración, de una “revolución conservadora” que permitió el retorno de la burocracia, el segundo desenlace previsto por Trotsky. Antes de concluir el siglo, el historiador búlgaro-mexicano declaró muerto al comunismo inspirado en la Revolución de Octubre (Echeverría, 1995, p. 17; Gilly, 1989, pp. 83 y siguientes; Semo, 1991, p. 199; Semo, 2004, p. 286).

En México, la socialdemocracia era prácticamente inexistente, pues el sindicalismo corporativo era un apéndice del Estado populista y formalmente estaba integrado al PRI, en tanto que la escisión neocardenista atenuó el impacto del colapso del socialismo del Este en el comunismo mexicano al engrosar sus bases en forma exponencial y postergando por tiempo indefinido el balance crítico de un acontecimiento de tal significado para la historia de la izquierda internacional. De hecho, en 1981 el PCM había cedido sus siglas, en una alianza con otras formaciones socialistas, al PSUM, que a su vez las puso a disposición del PMS en 1987, allegándose a las corrientes nacionalistas independientes.

La fuerte disputa entre tecnócratas y nacionalistas en el sexenio de Miguel de la Madrid ofreció a los socialistas la oportunidad de ir juntos con “los sectores progresistas del PRI”, expectativa de décadas tanto del PCM como del lombardismo. Por eso, la fusión que dio origen al PRD en 1989 no resultó tan sorpresiva, aunque sí difícil de asimilar para militantes provenientes de corrientes ideológicas y formas organizativas claramente diferenciadas e incluso antitéticas. Sin mayor trámite el modelo leninista del partido de cuadros mutó en partido de masas (más bien de tribus como se vería al poco tiempo), con las cuales la izquierda socialista estaba escasamente familiarizada dado el excluyente corporativismo del régimen, al tiempo que la clase obrera, referente revolucionario desde el siglo XIX, menguada por la reestructuración de la industria, se diluía ahora en la nación, retornando a la matriz romántica de las tres corrientes históricas de la izquierda mexicana. El “pueblo”, en nombre de quien hablaría Andrés Manuel López Obrador a la vuelta de siglo, enfrentado a

las clases privilegiadas (“la mafia en el poder”), fue el corolario de este retorno al origen que omitía el “momento” marxista de la izquierda nacional.

El fin del socialismo realmente existente (que mató al sujeto obrero como artífice de la revolución) y el debilitamiento del nacionalismo revolucionario (cuyo eje es el mestizo) abrieron el espacio para el replanteamiento de la cuestión indígena. Ya en el Porfiriato tardío, Justo Sierra y Andrés Molina Enríquez concluyeron que la materia prima de la nación era el mestizo, tesis que convirtió en política pública el régimen posrevolucionario. Esa premisa orientó el indigenismo oficial, el cual oscilaba entre considerar al indio una reliquia histórica o integrarlo a la patria mestiza a través de políticas asistencialistas y programas educativos poco sofisticados. Cuando menos en parte, esto explica que el desencuentro que el indianismo neozapatista —centrado en los derechos de los pueblos originarios— tuvo con el PRD se diera en 1994, contribuyendo al naufragio electoral de Cuauhtémoc Cárdenas, o restándole sufragios decisivos a López Obrador en la cerrada elección presidencial de 2006.

Por el contrario, desde la evangelización, la cuestión indígena, a la que fue refractario el comunismo oficial aunque no el primer socialismo, fue preocupación fundamental para un segmento de la Iglesia católica. Así, el levantamiento del 1 de enero de 1994 viabilizó “la opción por los pobres” de la Teología de la Liberación, además de sumar a algunos socialistas vinculados con los movimientos armados de los setenta, que encontraron un albergue temporal en el PRD, o a otros más que nunca aceptaron el nacionalismo revolucionario como horizonte programático. Con esto, un contingente apreciable de la izquierda socialista que sobrevivió al hundimiento del bloque soviético, se reubicó en los nuevos agrupamientos de las viejas corrientes históricas.

La izquierda actual es una mixtura donde todavía se pueden distinguir las tres corrientes de las que hemos hablado. El nacionalismo revolucionario se desdobló en dos grupos: uno, heredero del lombardismo (que se asume “moderno” e inspirado en la socialdemocracia, pero carece de cualquier vínculo con los sindicatos obreros, condición histórica de esta corriente), que privilegia la política formal, posee una estrategia reformista y encabeza actualmente al PRD; y otro, que hunde sus raíces reales e imaginarias en la historia nacional (la Reforma y la Revolución), antepone la movilización social a la política partidaria y actualmente integra el Movimiento de Regeneración Nacional (MORENA).

Está también el neozapatismo, dentro del cual se han fundido el socialcristianismo y el socialismo, y que, al igual que MORENA, desprecia el entramado político pero no se afirma en un discurso moral como éste (elementos ambos del primer socialismo). Ni uno ni otro postulan la revolución como el objetivo central de su lucha, si bien los dos creen que el país requiere un cambio de fondo, llámese “regeneración” (López Obrador) o “un mundo donde quepan muchos mundos” (Marcos).

Finalmente, tenemos a la guerrilla clásica que con el neozapatismo está fuera del circuito de la política formal, pero que, a diferencia de éste, se asume explícitamente marxista-leninista, agregando a veces distintas denominaciones de origen (jaramillista, villista, etcétera), y que plantea la revolución como el punto de llegada de un largo proceso de acumulación de fuerzas. Además, existen pequeños grupos neoanarquistas que colocan petardos en los cajeros automáticos de los bancos y buzones del correo, atacando comercios, empresas transnacionales y edificios públicos, y enfrentando a la policía en las manifestaciones. Unos y otros incluyen el sabotaje en su repertorio de lucha e intervienen en los frentes de masas, las movilizaciones callejeras y las agrupaciones estudiantiles, aunque procurando mantener un perfil bajo dado el carácter clandestino de sus organizaciones.

2. El Primer Socialismo (1850-1886)

A mediados del siglo XIX el socialismo comenzó un largo recorrido de ciento cincuenta años por el país. Guadalajara, la ciudad de México, Chalco, la Sierra Gorda y Topolobampo fueron las escalas iniciales de este trayecto en que las ideas de Fourier y Proudhon, así como el comunalismo y el cooperativismo owenita, llegaron a la geografía mexicana. Pequeños círculos, como el de Plotino Rhodakanaty en la ciudad de México, divulgaron la ideología socialista con relativo éxito entre los trabajadores urbanos, peones agrícolas, pueblos indígenas, feligreses de las iglesias disidentes, estudiantes y ciudadanos comunes. Al interactuar con los actores sociales, por la vía del adoctrinamiento y coadyuvando a su organización, el socialismo cobró fuerza incorporándose a la experiencia histórica de estos grupos y de esta forma consiguió proyectarse hacia sus luchas futuras. En esta línea de acción, que engarza al primer socialismo en la tradición rebelde, el movimiento de Julio López anunció la Revolución mexicana, mientras que la de los Pueblos Unidos tejió un lazo con el mundo indígena que se extendería hasta el alzamiento neozapatista de 1994.

LA SOCIAL

Vía Cádiz, las ideas de Fourier desembarcaron en México. Cuando Sotero Prieto regresó al país, trajo consigo una colección de La Phalange que le auxilió para difundirlas en Guadalajara, su tierra adoptiva. El comerciante nacido en Panamá, quien se vinculó en España con el grupo de Joaquín Abreu, editó el periódico La Linterna de Diógenes y colaboró con El Socialista, dirigido por el italiano José Indelicato, en 1849. Acompañado por Vicente Ortigosa, Prieto formó la Compañía de Artesanos de Guadalajara en febrero de 1850. Ésta se conformó como sociedad por acciones que aspiraba reunir a los obrajeros de lana y algodón, “a los carpinteros, a los herreros y a los zapateros, a los cuales pudieran irse paulatinamente agregando las demás clases de artesanos así como los simples capitalistas” (“Reglamento de la Compañía de Artesanos de

Guadalajara”, 2001, p. 171; Maluquer de Motes, 1977, pp. 166 y 167; De la Torre, 2008, p. 66).

El 16 de abril de 1850, un contingente de operarios de la Fábrica de Rebozos de Seda de Tarel y Compañía de Guadalajara paró el trabajo porque los propietarios reducirían el jornal a los maestros, dado que la introducción de máquinas abatió considerablemente el tiempo de producción de las prendas. Al día siguiente, los paristas que aguardaban fuera del inmueble increparon a quienes continuaron laborando y uno de los patrones franceses los agredió. Mientras tanto, una multitud de alrededor de dos mil almas “entre hombres, mujeres y muchachos” se había congregado alrededor de la fábrica clamando por “la muerte de aquellos infelices [franceses] y la de los ricos; todos pedían el incendio del establecimiento, debido a las doctrinas que algunos han esparcido aquí”. Tras el motín, un exasperado ciudadano advertía que “si el gobierno no toma parte activa en este negocio, los fourrieristas [sic] nos van a traer mil males” (“Guadalajara”, El Universal, 1 de mayo de 1950).

Aunque la Compañía de Artesanos de Guadalajara perdió visibilidad o tal vez desapareció, el socialismo se continuó propagando en el occidente mexicano. A principios de 1854 ejecutaron en Guaynamota a Patricio Guevara, “último alumno de la Escuela Falansteriana de Guadalajara”, encontrándose en su poder un “plan dirigido a los agricultores y artesanos de la República mexicana”. Y, Juan A. Bañuelos, miembro de la Sociedad Las Clases Productoras de Guadalajara, publicó en 1874 el “Proyecto de constitución política de la clase trabajadora de la república”, que urgía a la sociedad a organizarse en cuerpos, tomando en consideración las doctrinas “del derecho natural y del público”. Ya entonces, el gobierno y la Iglesia tenían “organizadas sus constituciones y modo de ser”, por lo que quedaba pendiente que la clase trabajadora y demás entidades sociales hicieran lo propio. La desorganización las colocaba en desventaja respecto de los demás cuerpos, las clases acomodadas y los políticos, quienes vivían del trabajo de éstas, quedando además los trabajadores sin representación en la sociedad política (Reina, 1980, p. 185; Bañuelos, 1874).

La segunda oleada socialista llegó con el médico griego Plotino Constantino Rhodakanaty (1828-¿?) el cual se acercó al socialismo en los años en que vivió en Austria, Berlín y París. Fue él quien expuso de manera más acabada la doctrina societaria en México, la cual sintetizó con el panteísmo y el idealismo alemán, de modo que postuló una teoría social en la que el desarrollo de la sociedad humana se correspondía tanto con las leyes de la naturaleza como con

el movimiento universal. Con este objetivo, hacia 1863 puso en marcha un círculo de estudio en la ciudad de México. Visitó Chalco en 1868 adoctrinando a Julio López, un joven campesino que se levantó en armas en contra de los terratenientes mexiquenses proclamando "guerra a los ricos y reparto de tierras de las haciendas entre los indígenas" (Anaya Pérez, 1999, p. 67; Valadés, 1979, pp. 21 y 22).

El "Manifiesto a todos los oprimidos y pobres del Universo" (atribuido a López pero con evidente participación de Rhodakanaty) rechazó todas las formas de gobierno, iglesias y curas, y se opuso a la explotación humana; abogó por la paz y el orden, la libre explotación de la tierra, la creación de sociedades agrícolas, la "República Universal de la Armonía" y el socialismo. Después de la excarcelación en Huamantla, donde lo apresaron a consecuencia de la rebelión, el médico griego recorrió varios poblados del centro del país formando "numerosas sucursales" de "esa asociación santa y regeneradora que hace veinte años trabaja bajo diversas formas por la felicidad universal del género humano" (Rhodakanaty, 1998, pp. 22 y 50; Tutino, 1990, 226; Vázquez, 1990, pp. 137 y siguientes; Illades, 2002, pp. 116 y 117).

La Social, "asociación colonizadora, procomunal, filantrópica y humanitaria para las clases pobres y desheredadas de la sociedad", fundada por Rhodakanaty el 20 de marzo de 1871, contaba entre sus miembros a Francisco Zalacosta, Ricardo Velatti, Benito Castro y Pedro Ordóñez. Todavía en 1874 se sabía al médico griego cabeza "de una sociedad progresista de esta capital" y, al año siguiente, la Sección Uruguaya de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) se dirigió a Zalacosta como secretario de la citada asociación (Rhodakanaty y Mata, 2001, p. 53; Valadés, 1984, p. 49; Valadés, 1979, p. 81).

La organización consideraba la afiliación libre y voluntaria de sus miembros, y su operación sería responsabilidad del "Comité Central Organizador" conformado por siete delegados electos por mayoría, con sede en la ciudad de México. Tendría también a su cargo la organización de "la gran asamblea de los delegados foráneos o representantes de los pueblos", que reuniría a los emisarios de todas las sucursales del interior del país, vincularía a La Social con organizaciones afines en México y el extranjero, y fundaría un periódico, "que sea el órgano de la asociación y el propagador de sus doctrinas" (Rhodakanaty y Mata, 2001, p. 64), titulado La Internacional y a cargo de Zalacosta.

La Social se propuso acabar con la explotación del trabajo, reconocer los

derechos femeninos y rehabilitar a los indígenas. Ponderó sus objetivos: en primer lugar, trataría de terminar con el pauperismo y la prostitución, incentivando la riqueza pública, la salud, la higiene y la moralidad; más adelante, pugnaría por la transformación de la humanidad a través de la belleza, la virtud y la ciencia. Para acabar con el pauperismo, planteó fundar una colonia modelo tan pronto reuniera las familias suficientes. Los medios para acrecentar la riqueza pública serían abolir monopolios y privilegios (Fourier) y la difusión de los capitales (Proudhon). Por su vocación filantrópica, la organización atendería al comportamiento de sus miembros para con los desvalidos física o socialmente, y hacia los animales. Esta consideración se hacía porque la esfera del intercambio expresaba el grado de civilización y, en tanto que la humanidad era una "sola masa compacta, homogénea e inteligente", las diferencias entre los seres vivos no eran más que "cualidades enteramente accidentales de la naturaleza" (Ibíd., p. 56).

Rhodakanaty concibió la nueva agrupación como el "partido sociocrático" que haría saber a la "clase proletaria" sus derechos y obligaciones, constituyéndose en el "órgano oficial del pueblo mexicano". También sería un "partido internacionalista", además de providencial, dado que debía instrumentar la caridad evangélica. Representaba a los depauperados de México y el mundo, combatiendo a la aristocracia, los gobiernos despóticos y las falsas iglesias, quienes convirtieron la resignación en sentimiento habitual de los pobres. Miseria, desempleo, guerra, prostitución y corrupción constituían las peores lacras de la civilización moderna, las cuales únicamente podrían superarse con el socialismo, estadio en el desarrollo humano donde habría pan, trabajo y educación para todos. Obtenerlo suponía para los verdaderos "apóstoles" del partido sociocrático, abandonar el reposo y la tranquilidad doméstica, luchar contra la desidia de los hombres, la tiranía de los gobiernos y el oscurantismo religioso en favor de "la santa causa de los pueblos" (Ibíd., pp. 30 y 33).

Rhodakanaty destacó la importancia de la ley agraria "que tan favorable será a los indígenas y familias rústicas de México" (Obras, p. 53). Éstos, junto con los trabajadores y las mujeres, eran los grupos sociales que habrían de emanciparse. Con respecto de los herederos de los pueblos originarios se preguntó:

¿Podemos imaginarnos situación más triste que la de un pueblo cuya alma dormita entre las densas tinieblas de la ignorancia y no vive sino vegeta para pedir constantemente pan y trabajo, porque

su espíritu jamás ha saboreado el severo deleite de la ciencia? Pues he aquí justamente cual es el estado lastimoso en que yace la raza indígena atacada de esa horrible enfermedad de los pueblos que es el sueño del alma.

[4]

Zalacosta estuvo en los estados de México, Puebla, Tlaxcala e Hidalgo hacia junio de 1877, para acercar a las comunidades a su organización, dictar la "ley agraria" y convocar a una asamblea campesina el 15 de agosto en la ciudad de México, en la cual se constituyó el Gran Comité Central Comunero donde participó el coronel Alberto Santa Fe. En el distrito de Huejotzingo, Puebla, los lugareños tomaron las armas en febrero de 1879 para obtener tierras y acabar con las contribuciones parroquiales, responsabilizando las autoridades al coronel Santa Fe de que sus "predicaciones comunistas han convencido a algunos indios de que son dueños de las haciendas" (Chávez Orozco, 1935, pp. 60 y 61). El Partido Socialista Mexicano intentó reforzarlos, mientras el ejército trató de aplastarlos a como diera lugar. Los militares sorprendieron dormido al coronel en la ferrería de San Rafael el 8 de mayo, a las tres de la mañana. Jesús A. Laguna y Gabino López Olivera pudieron huir, no así Santa Fe, quien en 1878 había publicado el importante programa agrario titulado la Ley del Pueblo.

El 1 de junio de 1879 se dictó en Santa Cruz Barranca, Guanajuato, el Plan Socialista proclamado por los representantes de los pueblos de los estados de Querétaro y Guanajuato, que buscaba restituir las tierras a los indígenas, resguardar a los proletarios del abuso de los ricos, proteger la industria nacional, instalar escuelas y hospitales, fijar una pensión vitalicia a los deudos de los combatientes socialistas, así como formar "comités agrarios" encargados de resolver el asunto de la restitución de tierras a los pueblos y el reparto de terrenos laborables entre los soldados del ejército revolucionario, denominado también "falanges populares", a cuya cabeza se situaba el "Directorio Socialista" ("Plan de la Barranca", El Monitor Republicano, 5 de junio de 1879).[5]

Al documento expedido el 15 de julio de 1879, que incorporaba las demandas del también sublevado general Miguel Negrete, se le conoce como Plan Socialista y consta de tres partes: un proyecto de ley agraria, otro de reforma política y uno más de ley electoral. El primero prohibía las exacciones de las haciendas a sus jornaleros, cancelaba las deudas que tanto éstos como los

sirvientes tenían con ellas, otorgándole a cada trabajador la propiedad del “solar que habita y el terreno que cultiva”, en tanto que los pueblos conservarían la propiedad comunal e inalienable de “el terreno que les baste para cubrir sus necesidades sociales”. Para el segundo, la organización política descansaría en el municipio, que concentraría las funciones políticas, sociales, educativas y judiciales; en las capitales, el presidente municipal también lo sería del estado y, en la federal, habría un presidente; el pueblo armado se haría cargo de la seguridad y defensa de la nación. El proyecto de ley electoral permitiría a cada pueblo elegir libre y autónomamente a sus autoridades, aplicando similar criterio en los diferentes órdenes de gobierno; las elecciones se realizarían en asamblea pública por voto directo y secreto (“Plan socialista”, 1969, pp. 67 y siguientes).

El 12 de septiembre de 1879, el jefe político del distrito de Jilotepec, Estado de México, notificó a sus superiores que en la Villa del Carbón detuvieron a siete individuos pertrechados y con cabalgaduras, los cuales dijeron responder a las órdenes del general Tiburcio Montiel y del coronel Santa Fe. Indicaron también que Néstor del Oso y Félix Rodríguez (miembro éste de La Social) estaban comprometidos con aquel movimiento revolucionario, confiscándoseles un “plan revolucionario en sentido socialista” que hacía referencia al “general” Félix Rodríguez. Del Oso, acusado de instigar un motín en el pueblo de San Buenaventura, fue detenido a principios de 1881 y puesto a disposición del juez de Jilotepec (AGN, Gobernación, Seguridad Pública: sección segunda 879(13), c. 101, exp. 75; 881(8), c. 130, inventario de expedientes).

Rápidamente llegaron informes sobre alzamientos en otros lugares de la sierra. En San Sebastián crecía el rumor del inminente levantamiento indígena “en sentido comunista”, y en Ixmiquilpan, Hidalgo, tenían noticia de doscientos indígenas armados; adelantándose a la sedición en Calpulalpan, Tlaxcala, las autoridades aprehendieron a veintiún indígenas; en Villa del Carbón, Estado de México, capturaron a siete individuos “montados y armados” con “documentos importantes relativos a la revolución”; mientras, Fernando Ramírez, “soldado distinguido del ejército socialista”, al mando de más de doscientos hombres de a caballo y de “quinientos infantes” logró repeler en el fuerte de San Gregorio a las fuerzas del gobierno de Guanajuato, quienes “huyeron despavoridas y en completo desorden, teniendo numerosas deserciones”. Se calculaba que para entonces los socialistas sumaban “más de dos mil hombres” (AHEQ, Fondo Poder Ejecutivo, Sección Guerra (1879), exp. 39; AGN, Seguridad Pública, sección segunda 879(13), caja 101, exps. 183, 75 y 61).

Durante los siguientes meses la rebelión de los Pueblos Unidos se propagó en el este de Querétaro, en tanto que el general Negrete concentró sus acciones en la entidad poblana. En octubre de 1879, una partida de treinta hombres persiguió en Cadereyta “a una gavilla de malhechores compuesta de veintiséis hombres de a pie” armados con cuatro fusiles, una carabina, cuatro bayonetas, una espada, un bote de dinamita y un machete. En acciones coordinadas de los rurales con los hacendados, al cabo de seis días pudieron someter “a los comunistas”, comandados por Félix Rodríguez, y apresar a nueve, dos de ellos heridos; las fuerzas del orden perdieron un hombre (CPD-UIA, legajo 005, caja 005, docs. 002614, 002644, 002274; “El general Negrete”, El Hijo del Trabajo, 24 de mayo de 1880; AHEQ, Fondo Poder Ejecutivo, Sección Guerra (1879), exp. 58; “Los comunistas”, La Sombra de Arteaga, 2 de noviembre de 1879; Illades, 2002, p. 120; Rosales Suasti, 2006, p. 4; Rosales Suasti, 2011, p. 9).

El Directorio Socialista confería grados y distinciones a los mejores miembros de las falanges populares, distinción que conllevaba la responsabilidad de “explotar todos los medios necesarios a efecto de llevar adelante su cometido, así como para organizar falanges, exigir armas, municiones, caballos, monturas, dinero y demás recursos para el mantenimiento de sus fuerzas dejando desde luego el correspondiente recibo a las personas a quienes se les hagan tales exacciones”. También convocaba a todos los mexicanos a sumarse a la causa socialista, dejando “para siempre la esclavitud abolida quedando liberadas las propiedades sin pagar renta ninguna libres de… sus opresores y enemigos de nuestra raza”, y a recuperar “las tierras que los españoles les habían quitado”. Los documentos solían concluir con los lemas “Independencia y Social Libertad”, “Revolución Social, Dios y Ley”, “Libertad”, “Independencia y Socialismo”, además de vivas “Al Pueblo Obrero y Proletario, Al Pueblo de los Pueblos Labradores, A la República Democrática y Social” (“Causa instruida contra Antonio Guevara y socios por el delito de rebelión” (1881-1890), AHCJEQ, Ramo Penal, fólder 78, c. 7; fólder 12, c. 155).

El 14 de marzo de 1881 la prefectura del Distrito de Querétaro reportó al gobernador la detención de Juan Díaz, Antonio Guevara, Ascensión Hernández, Anselmo de Jesús, Casimiro Jiménez, Justo Lira, José Jiménez, Gabriel Mendoza, Agustín Ramírez, Onofre Clemente y María Antonia Guevara, “acusados de pertenecer a una asociación formada para atentar contra las personas y la propiedad de ellas, intitulándose ‘socialistas’". Los prisioneros eran artesanos y campesinos, quienes —salvo Guevara—, declararon desconocer a la organización socialista e incluso ser analfabetas, por lo cual era infundada la

presunción de la autoridad con respecto de su filiación política. Aunque la mayoría de los testigos afirmaron que los consignados "siempre han sido hombres de bien", algunos incriminaron a Antonio Guevara, además de que muchos de los documentos del Directorio Socialista llevan su rúbrica y en otros lo llaman "coronel" o "general" ("Causa instruida contra Antonio Guevara y socios por el delito de rebelión" (1881-1890), AHCJEQ, Ramo Penal, fólder 78, c. 7; AGN, Gobernación, Seguridad Pública: sección segunda 881(8), caja 130, exp. 178; El Hijo del Trabajo, 27 de marzo de 1881).

A mediados de 1882, el coronel rebelde y demás coacusados fueron puestos en libertad condicional, dado el estado de salud del primero y la falta de pruebas contundentes en contra de sus compañeros. Sin embargo, la madrugada del 19 de octubre de 1882 alrededor de treinta elementos atacaron la hacienda de Tlacote El Bajo, confiscando armas, caballos, dinero y mercaderías. Avanzado noviembre, Guevara fue "aprehendido en su casa en compañía de un individuo de los que asaltaron la hacienda del Tlacote". Posteriormente capturarían a otros más: "la fuerza del estado logró aprehender a la mayor parte de los bandidos que formaban la gavilla, recogiéndoles algunos de los objetos robados y casi todas las armas y caballos, en que ya habían montado, fueron consignados al juez competente"… En enero de 1883 el juez condenó a la pena capital a Guevara, Jiménez y Ramírez, "encarcelados por robo con violencia y homicidio", y a quienes se les seguía todavía juicio "por el delito de rebelión". Esta vez los testigos aseguraron que aquél se asumía "conquistador de los pueblos que se han adjudicado los españoles o sean los traidores a la patria; que el Tlacolote no es hacienda sino pueblo y por lo mismo el dueño de ella es más ladrón que los que están presos". En esta ocasión, Jiménez declaró que esto "está dispuesto por la ley del socialismo". Finalmente, los ahorcaron en la Alameda de la ciudad de Querétaro el 16 de junio de 1884 a las siete de la mañana ("Causa instruida contra Antonio Guevara y socios por el delito de rebelión" (1881-1890), AHCJEQ, Ramo Penal, fólder 78, c. 7; Rosales Suasti, 2006, p. 5).

El final de la rebelión de los Pueblos Unidos acabó con la Confederación Mexicana Socialista significando también el declive de La Social. Con excepción de la Cartilla Socialista-Republicana (1883), los últimos escritos que publicó Rhodakanaty en México los dedicó a la reflexión filosófica criticando el positivismo y exponiendo el panteísmo de Spinoza, y no se tienen indicios de que alguno de sus discípulos manutuviera el activismo en la región de la Sierra Gorda. Quizás este giro hacia la radicalización tuviera que ver con el protagonismo de otros miembros de La Social más próximos a los movimientos

agrarios y menos fieles a los métodos persuasivos del furierismo.

LA CIUDAD DE LA PAZ

Mientras la conjunción del primer socialismo con los movimientos agrarios vernáculos devino en radicalización, la vinculación de éste con los proyectos de colonización modernos siguió la ruta del fracaso. La geografía de la utopía se desplazó a la costa occidental del país entrada la década de 1880. A diferencia de las rebeliones campesinas, no fue el enfrentamiento con el Estado lo que acabó con esta tentativa utópica de inmigrantes blancos y educados, sino el conflicto intercomunitario por el rumbo de la empresa (¿autárquica u orientarla fundamentalmente hacia el mercado?), por las formas de propiedad (¿parcelar la tierra bajo la forma de propiedad privada individual, con el riesgo de reintroducir la desigualdad material?) y las formas de gestión, consideradas compatibles con el mismo (¿cómo distribuir los excedentes?), haciendo ver que el progreso tenía sus costos: a falta de recetas teóricas, la práctica pudo hacer muy poco para resolver estas preguntas (Illades, 2009, p. 185).

Albert Kimsey Owen (1847-1916) visitó por primera vez Topolobampo en 1872, trayendo entre manos un magno proyecto ferroviario que correría desde la costa atlántica de los Estados Unidos hasta el Pacífico mexicano donde la bahía sinaloense sería punto terminal, con el objetivo de trazar una nueva ruta hacia el Oriente. Ni diez años de incesante bregar le bastaron para poner en marcha el Great Southern Railroad, sueño que nunca pudo realizar (Reynolds, 1972, pp. 3, 4 y 6; Leeds Kerr, 2003, p. 35; Gill, 1955, p. 305; Ortega, 1978, pp. 67 y 68; Abramson, 1999, p. 252).

En 1875 el ingeniero estadounidense conoció a Edward Howland y Marie Stevens, propietarios de una finca cerca de Hammonton, Nueva Jersey. Edward, graduado en Harvard, y Marie, una obrera textil en Massachussets, quien se aproximó al furierismo gracias a su primer marido, el abogado Lyman W. Case, viviendo ambos de 1858 a 1860 en la Stuyvesant Street Unitary Home, un dormitorio cooperativo que funcionaba con base en el sistema serial del utopista francés. Los Howland estuvieron en Europa durante la guerra civil estadounidense y vivieron por un año en el exitoso “familisterio” de Jean-

Baptiste André Godin, en Guisa, regresando a los Estados Unidos en 1866. La novela Papa's Own Girl (1874), de Marie, reivindicaba los derechos femeninos y la cooperación en el hogar, testimoniando su paso por el "palacio social" (Robertson, 2003, p. 56; Gill, 2003, p. 41; Lallement, 2009, pp. 61 y 62), que justamente había "corregido" la utopía societaria de Fourier al estructurar la organización comunitaria con base en las familias y no en las falanges.

Inicialmente, la señora Howland trató de convencer a Owen de formar un falansterio en Nueva Inglaterra. Ella tuvo gran ascendiente en su formación ideológica y en el rumbo del proyecto ferroviario, especialmente en lo que respecta al diseño de una comunidad ideal en Topolobampo. Además del influjo furierista, lo vinculó con el movimiento granger dirigido a proteger a los granjeros del Estado, los terratenientes y las compañías ferroviarias. La forma de organización adoptada por éste, que logró sumar ochocientos mil afiliados, fue una combinación de las sociedades secretas, los sindicatos y las cooperativas, todo ello con el fin de formar una empresa social. Esta concepción de la asociación económica, aunada al esquema financiero de los greenbacks, consistente en emitir una moneda patriótica redimible después por bonos del Tesoro o por dólares, completó la perspectiva del ingeniero de Chester sobre la inversión y el financiamiento, en tanto que la doctrina societaria le proporcionó las herramientas sociológicas para comprender la dinámica de las relaciones humanas (Reynolds, 1972, pp. 3 y 4; Gill, 1955, p. 305; Ortega Noriega, 1978, pp. 67 y 68; Abramson, 1999, pp. 261, 262, 252):

El hombre y la mujer no pueden dar a luz niños libres e inteligentes si no han introducido equidades en todos los aspectos de su vida privada y pública. Para ser libres, el hombre y la mujer deben resolver los grandes problemas de la civilización —la producción y distribución de la riqueza— juntos y al mismo tiempo (Owen, 2003, p. 17).

Escrito hacia 1880, A dream of an ideal city perfiló los trazos de la utopía owenita consistente en utilizar los adelantos tecnológicos de la revolución industrial en beneficio de la comunidad, fijando la residencia definitiva de la utopía en la ciudad. Influido por la utopía estética de Morris, la ciudad ideal concebida por Owen sería la más extensa y hermosa del globo, sintetizaría lo mejor de la vida rural con el confort urbano, permitiendo al ciudadano optar por la ocupación que le viniera en gana, sin enajenar las ventajas y los goces del

progreso moderno. En la bahía sinaloense, el trabajo, el descanso y la convivencia familiar ocuparían ocho horas cada uno, los productores serían los propietarios de los bienes elaborados con su trabajo y las actividades más pesadas las llevarían a cabo máquinas movidas por la electricidad, liberando a los hombres y a los animales de estas labores infames. Los productores recibirían créditos del Banco del Trabajo constituido con los ahorros de los ciudadanos, mientras la cooperación ocuparía el lugar de la competencia. La propiedad sería privada o municipal. Aquélla, constaría de la casa, los instrumentos motrices y las herramientas personales; ésta, la conformaban la tierra y los bienes naturales, las calles, el transporte público, la energía, los espacios públicos y los servicios. No habría especulación, juegos de azar, ni consumo de tabaco y alcohol; tampoco prostitución ni bolsa de valores (Owen, 1969, p. 410).[6]

En 1885, el matrimonio Howland contactó a Owen con el editor neoyorquino John W. Novell, quien le publicó su Integral co-operation; its practical application. De acuerdo con la doctrina owenita, la tierra y los recursos naturales deberían ser de propiedad común, quedando en manos particulares únicamente el usufructo; el producto se entregaría al gobierno de la comunidad o Estado, fijándose el precio de venta con base en los costos netos y correspondiendo a aquélla distribuirlos. Entraría en vigor el “crédito al trabajo”, instrumento de intercambio directamente proporcional al realizado en favor de la comunidad. También, los servicios prestados a la colonia agrícola se tasarían de acuerdo con la jornada laboral. Los enseres domésticos serían propiedad privada y los bienes públicos se otorgarán gratuitamente o por medio de los créditos ya mencionados. Asimismo, el comercio interior se reconocería como servicio, sujetándose a las mismas normas, mientras que el comercio exterior competería exclusivamente al gobierno comunitario. La inversión pública, la seguridad social y algunos otros gastos se pagarían con los recursos obtenidos mediante el intercambio con el exterior, dado que desaparecerían los impuestos personales. La justicia y la expedición de leyes serían también función de aquél. Por asamblea popular se elegirían los responsables de los diez departamentos administrativos. Dentro del fuero civil, exceptuando el matrimonio, todos los contratos se harían con la comunidad. Los menores de veinte años tendrían la obligación de estudiar, adiestrarse en un oficio y emplear una parte de su tiempo en las tareas del común. Los mayores de veinte y menores de cincuenta y uno, que gozaran de plena salud, deberían trabajar. Uno y otro sexo poseerían los mismos derechos. La religión sería un asunto estrictamente personal, garantizándose a todos la plena libertad de creencias. Igual ocurriría con las doctrinas sociales, objeto de la

libre elección individual:

La misión de los socialistas es elevar, en todas las clases de nuestro pueblo, el interés hacia los asuntos vitales que subyacen al segundo gran problema de la civilización [la distribución de la riqueza], e insistir en la organización de industrias cooperativas, en la aplicación de la equidad en los asuntos de la humanidad, al tiempo que nuestras industrias se protegen, se diversifican y perfeccionan. Esa misión implica también que, nosotros como pueblo, podamos progresar hacia un nivel mayor de intelectualidad; y como individuos, podamos tener seguridad, paz y felicidad en la Tierra, en nuestra propia generación (Owen, 2003, p. 18).

Owen se entrevistó con el general Díaz en 1881, obteniendo los derechos de construcción de una línea de ferrocarril que uniría Texas con Sinaloa (un pequeño tramo del proyecto original) y para fundar la Ciudad de la Paz. Aquél incluía también el servicio de telegrafía, dando lugar a la conformación de la Texas, Topolobampo and Pacific Railroad and Telegraph Company. Al año siguiente, el presidente Manuel González —quien lo conocía personalmente desde 1871 llegando incluso a ser muy amigos— ratificó el decreto, acordando que la colonización de la bahía sería cubierta por The Credit Foncier Company, afín al Crédit Froncier francés, organismo de fomento creado por Napoleón III. A cambio de una subvención de cinco mil pesos por kilómetro construido, la empresa se comprometía a que el capital fuera 100% mexicano. Para su fortuna, la eximieron por quince años de cubrir los derechos de puerto y los aranceles por la importación de materiales de construcción y operación. Tras varias negociaciones, el contrato caducó en enero de 1899, sin haberse logrado instalar nada más que unos cuantos rieles (Owen, 1883, pp. 26 y siguientes; Robertson, 2003, p. 37; Gill, 2003, p. 36; Leeds Kerr, 2003, p. 38; Ortega Noriega, 1978, pp. 74 y siguientes).

El ingeniero obtuvo en 1886 el contrato para formar la Ciudad Pacífica en el estado de Sinaloa y, al mes siguiente, se completó la suscripción de quince mil acciones, cifra prevista para dar inicio al proyecto. En una primera etapa serían quinientas familias de inmigrantes, cuadruplicándose en el siguiente lustro. Respecto la administración, “Pacific Colony, desde su inicio, será contralado por

un organismo corporativizado —Credit Foncier—, financieramente fuerte, intelectualmente vigoroso y moralmente responsable, con plenos poderes y privilegios especiales para poner en práctica los principios aceptados de la comunidad cooperativa de granjas, fábricas y comercio" (Owen, 2003, p. 35).[7]

The Credit Foncier Company compraría terrenos al norte de la bahía de Topolobampo en los que se edificaría la ciudad, la cual en principio tendría cinco mil setecientas hectáreas, y otras tantas en el predio "Los Mochis", donde se establecería una granja agropecuaria. Esperaban que en tres años la colonia fuera autosuficiente. El capital necesario para la obra lo obtendrían a través de la venta de cien mil acciones a diez pesos cada una y, ya en marcha el plan, venderían tanto el derecho al uso de los lotes como acciones a los colonos. Aquél podría heredarse a los descendientes, pero sin dar lugar a la propiedad plena, en poder exclusivo de la compañía, la cual, asimismo, estaría inhabilitada para transferir o hipotecar sus bienes a algún gobierno extranjero, aunque sí a particulares, previa autorización del gobierno de la república. Con respecto a las ganancias, el 50% se utilizaría en la adquisición de tierras y la realización de las obras públicas; una décima parte en la construcción de casas y otra porción igual en el pago de dividendos. Los fondos restantes cubrirían la construcción de hoteles, la expansión del sistema de cooperación y otros gastos adicionales. Las decisiones se tomarían mediante el voto ponderado de los miembros, de acuerdo con el monto de las acciones, la mayoría en posesión del propio Owen (Ortega Noriega, 1978, pp. 95 y siguientes).

En octubre de 1886, Owen partió de Nueva York rumbo a Guaymas y Topolobampo encaminando al primer grupo de pioneros. Un mes después, otros más viajaron de San Francisco en compañía de Schellhous, tardando siete días en llegar a Mazatlán. Al mes siguiente, veintisiete personas desembarcaron en tierra ignota. Treinta más, encabezadas por Hawkins y Eaton, arribaron el siguiente enero. Antes de finalizar el año, había aproximadamente trescientos colonos. Entre 1886 y 1893, alrededor de mil doscientas cuarenta y cinco almas pasaron por la colonia, alcanzando un promedio anual de doscientos setenta y cuatro. Los pobladores provenían de los cuatro puntos cardinales de los Estados Unidos, más unos cuantos de Inglaterra, los Países Bajos, Canadá, Hawai, Alemania, Dinamarca, Francia, Suiza y México (Reynolds, 1972, pp. 41, 42, 149, 159 y 160; Ortega Noriega, 1978, pp. 118-120 y 134; Valadés, 1939, p. 53; Velásquez, 2012, p. 49). Miraban acaso consternados cómo sus antecesores habitaban austeras viviendas:

Las primeras casas se construyeron al estilo nativo —paredes de juncos o de carrizo, techumbre enramada, cubierta de tierra para hacerla impermeable— y estaban bastante expuestas a los elementos. Algunas casas eran de zarzo, es decir, finas ramas o carrizos tejidos horizontalmente en torno a postes clavados en línea con intervalos de diez centímetros. Luego se embadurnaba todo con lodo. A veces los techos eran cónicos, cubiertos de paja o de pasto largo, lo cual, junto con el piso de tierra, hacía que las casas fueran bastante frescas (Robertson, 2003, p. 73).

Cada quien se incorporó al grupo de trabajo de su agrado e intervino en la elección del respectivo jefe, teniendo que conformarse con un salario igual que el de cualquiera (tres dólares en créditos de trabajo por jornadas de ocho horas). Las tareas básicas consistieron en traer agua potable en barriles de madera, recolección de huevos de aves marinas, albañilería y las consabidas labores domésticas. Posteriormente, desarrollaron cultivos en pequeños lotes alquilados. Más pronto que tarde surgieron los primeros conflictos de consideración: unos rehusaron compartir sus víveres en la despensa común, otros simplemente dudaron de las bondades del proyecto. Enfermedades como la viruela acosaron sobre todo a la población infantil. Algunos pelearon, otros mejor se fueron (Robertson, 2003, p. 75 y 84; Velásquez, 2012, p. 87).

Para 1887, la colonia compró por cuatro mil dólares, entre Ahome y Zaragoza, el predio La Logia de ciento sesenta hectáreas. Esto brindó calma y prosperidad a sus habitantes todavía hasta finales de 1890. Casi todos se mudaron allá, si bien un pequeño grupo optó por permanecer en la bahía y otros cuantos quedaron dispersos en el valle. Asesorados por técnicos californianos, aquéllos tuvieron buenos resultados en el cultivo de hortalizas, árboles frutales, maíz, caña de azúcar, trigo y plantas forrajeras. Incluso les alcanzó para comercializar los excedentes en el mercado local. También trabajaron en la ganadería y la producción artesanal. Parte del alimento, como el pescado, lo recibían del campamento de Topolobampo, y las medicinas y productos industriales, directamente de los Estados Unidos. Ocasionalmente tuvieron problemas de abasto, obligando a Owen a solicitar auxilio del gobierno mexicano; o inundaciones, como la ocurrida en 1890. Para ese momento, había cerca de ciento treinta y ocho colonos en toda el área (Ortega Noriega, 1978, pp. 124 y 125; García Cantú, 1969, p. 256; Torúa, 1998, p. 38).

The Credit Foncier of Sinaloa recibió muchas cartas de personas deseosas de incorporarse a la colonia modelo en el Pacífico, pero otras tantas expresaron gran desconfianza hacia las fantasías utópicas o a cosas más tangibles como los problemas internos de México. Animoso, Owen viajó constantemente a los Estados Unidos, México y Europa para buscar financiamiento y atraer a otros colonos, lo que le impidió hacerse cargo de la administración regular de La Logia: prácticamente estuvo ausente entre 1887 y 1891. No obstante, el núcleo dirigido por Alvin Wilber siguió fiel a la doctrina de la cooperación integral y al liderazgo de Owen, basados tanto en una moral estricta como en la fuerte solidaridad grupal, lo que suponía retribuciones elevadas y equitativas, incluso cuando se trataba de actividades poco rentables. Además, vendían algunas mercancías subsidiadas. El déficit lo solventaba la caja del The Credit Foncier Company, así como los gastos derivados de los trabajos de construcción. "Mis amigos trabajan conmigo, no estamos metidos en una lucha de ambiciosos, pues estamos a salvo de los clanes de ladrones, gracias al glorioso plan de la cooperación", repetía una canción ("Maíz y vino", 1891, citado por Robertson, 2003, p. 184).

La situación cambió cuando un segmento de pioneros, encabezado por el próspero empresario harinero de Enterprise, Kansas, Christian B. Hoffman, se incorporó por recomendación de los Howland, inyectándole capital y trabajo a La Logia a través de la Kansas Sinaloa, Investment Company. Pronto propuso crear pequeñas industrias (enlatado de pescado, fabricación de carretas, una fábrica de jabones y otra de tejidos, un aserradero y un molino), y llamó también a fraccionar la propiedad colectiva en lotes individuales, tensando al límite la estructura original del proyecto (Robertson, 2003, pp. 107, 128 y 129).

En su momento, el grupo de Wilber denunció que la colonia obedecía más a un "régimen capitalista" que a "una colonia socialista". Los otros, por el contrario, afirmaban que Owen había roto el pacto que permitía la cohabitación armónica de personas de distintos credos políticos. Los llamados "saints", alrededor de ciento veinte personas, quedaron del lado de su fundador, en tanto que los "kickers", sus detractores, contaban con una ligera mayoría (Valadés, 1939, p. 59; Gill, 2003, pp. 62 y siguientes):

Los kickers exigieron que se les diera el título de propiedad de su tierra y el derecho al agua, así como que se administrara la colonia con base en la mayoría de votos.

Los saints propusieron una administración mediante un consejo de residentes que operara bajo leyes mexicanas, aunque adhiriéndose a los principios de la cooperación integral –los cuales eran demasiado rígidos como para permitir que los que los asuntos de la colonia fueran administrados con base en el voto mayoritario (Robertson, 2003, p. 132).

La disputa corrió en paralelo a las crecientes dificultades económicas de la compañía colonizadora, sangrada por las inversiones, los gastos operativos y los altos salarios de los habitantes de La Logia. Algunos tildaron a Owen de autocrático, pues no consideraba y menos aceptaba discutir sobre formas de gestión distintas de las suyas, y rebatieron las bases de su política salarial, bajo el argumento de que pagar igual a todos no obedecía a los principios socialistas, porque el trabajo carecía de incentivos, promoviéndose la pereza, el descuido y la irresponsabilidad (Ortega Noriega, 1978, p. 161).

Quienes poseían el capital para reactivarla (el grupo de Kansas) y Owen, quien detentaba las concesiones, fueron incapaces de pactar, sellando el destino de la empresa. Marie Howland, ya viuda y muy próxima a los líderes enfrentados, evitó tomar partido, dejando la colonia en agosto de 1893; antes de acabar el año, Owen abandonó su dirección. Para 1896, la colonia estaba arruinada y en el puerto no quedaban más que pocas personas. Al comenzar el nuevo siglo, no más de cincuenta familias estadounidenses habitaban el Valle del Río Fuerte. En 1913 su gobierno repatrió a algunos colonos, mientras el resto se asimiló al país. No obstante sus deficiencias, la experiencia comunitaria hizo ver a la escritora Clarissa A. Kneeland que, aunque

Nuestra pequeña colonia fue menospreciada, acusada de despilfarro y desorganización… nuestra colonia no puede igualar el despilfarro y el desorden que se despliega en los Estados Unidos. Desde que regresé a mi país, enormes existencias de alimentos de todas clases han sido destruidas deliberadamente con el propósito de mantener altos los precios (de por sí elevados) que estaban ya por encima de las posibilidades de las grandes masas necesitadas de alimentos (Citado por Gill, 2003, p. 67).

La utopía exógena impulsada por los colonos anglosajones de Topolobampo intentó conciliar el desarrollo material con la justa distribución de los bienes materiales y espirituales, limándole las aristas más filosas a la incontenible locomotora estadounidense. La Logia puso al descubierto las debilidades prácticas del modelo asociativo (escasa inserción en las comunidades locales, erráticos manejos administrativos y una gestión centralizada por el líder, falta de recursos para poner en marcha las etapas avanzadas del proyecto, precarios mecanismos de dirección, etcétera) y las precarias herramientas económicas del primer socialismo (más allá del cooperativismo) para contender con la dinámica capitalista, particularmente la que concernía a la competencia, la colonización territorial y la acumulación.

3. Anarquismo (1900-1923)

Poco sabemos del movimiento socialista posterior a la rebelión de los Pueblos Unidos. En la prensa desaparecieron las referencias a La Social y a la Confederación Mexicana Socialista; acaso ejecutaron a Zalacosta, el rastro de Rhodakanaty se pierde hacia 1886 y Santa Fe adoptó el espiritismo. De todos modos, a la vuelta de siglo el temor a que la muchedumbre y los socialistas cerraran filas inquietaba a mentes agudas como Justo Sierra, quien advertía la peligrosa confluencia de “los pobres, azuzados por los jóvenes estudiantes y oficiales, que les predicaban en las encrucijadas las más calientes doctrinas de Proudhon y Lamennais” (1900, p. 272). Probablemente el laureado intelectual porfiriano recordaba todavía las manifestaciones callejeras de abril y mayo de 1892, cuando algunos contingentes de la clase trabajadora se unieron con los estudiantes en protesta por la tentativa reeleccionista del general Díaz. Aunque no figuró entre los líderes, cabe añadir que el joven Ricardo Flores Magón (1873-1922) fue arrestado en una de ellas (Gutiérrez, 2011, pp. 159 y siguientes).

Concebido en la ciudad donde ganó presencia en los congresos obreros, el primer socialismo sometió a prueba sus tesis en el campo. En el siglo XX, sin embargo, tanto el anarquismo como el comunismo fijaron la atención en el mundo fabril, aunque el espacio rural continuó siendo el territorio fundamental del conflicto social a juzgar por la Revolución mexicana, que tuvo poco o nada de proletaria. Aquél se asentó en un liberalismo radicalizado y no en la tradición socialista precedente, hacia la cual mostraba un absoluto desconocimiento. El segundo de los hermanos Flores Magón, por ejemplo, tuvo acceso a la literatura socialista posiblemente a finales del siglo XIX, leyendo a Kropotkin, Bakunin, Malatesta, Jean Grave, Máximo Gorki y, probablemente, la edición en menos de cien páginas de El capital salida de la imprenta de Maucci, de quien Ricardo era amigo (Cockcroft, 1971, pp. 64 y 70). En ese entonces eran ya manifiestas sus preocupaciones sociales y así le escribía a su hermano Enrique el 28 de octubre de 1899:

Esa pobre gente de Valle Nacional, Valle Real, Usila, Osumacín y todas esas tierras tabaqueras sufren más que en el infierno

mismo. Apenas si les dan de comer y los tienen todo el día al rayo del sol trabajando a fuerza de chicote. Sucede que se enferman, como es natural, con ese trato inhumano y agonizando aún el individuo, todavía vivo lo entierran… Son enterrados vivos y eso sólo porque el desgraciado enfermo sólo hace gastos y no trabaja (Flores Magón, 2000, p. 62).

El exilio enriqueció la cultura política de Magón al entrar en contacto con el socialismo y el anarquismo estadounidenses. Para 1907, había optado por este último en la versión anarco-comunista de Kropotkin, con quien compartía las siguientes ideas: que la educación resultaba esencial para la emancipación mental del pueblo (por lo cual también era menester acabar con todas las Iglesias); que había de desterrarse la competencia por el trabajo; que la cooperación era natural al hombre; que la propiedad privada le había impuesto una forma antinatural de sociedad (el Estado), y que éste debería de remplazarse por una federación libre de pequeñas comunidades autogestivas. No obstante, mantenía diferencias con el príncipe ruso en lo referente a la necesidad de la organización partidaria, donde coincidía más con el leninismo y la Segunda Internacional, aunque no tenemos noticia de algún eventual contacto. Por el influjo del movimiento obrero estadounidense, su postura se decantó hacia el anarco-sindicalismo, propulsor del sindicalismo revolucionario con el que no comulgaban ni Kropotkin ni Grave, quienes veían en los sindicatos un resabio del orden burgués y una estructura autoritaria opuesta a la asociación libre de los productores (Blanquel, 1985, p. 39;; Cole, 1957-1963, IV, p. 298).

EL MAGONISMO

El 7 de agosto de 1900 salió de la imprenta el primer número de Regeneración en edición semanal, de pequeño formato, con 16 páginas de puro texto, sin anuncios ni material gráfico, bajo la dirección de Jesús, el mayor de los Flores Magón, quien dos años después se alejaría del proyecto. El tabloide empleaba el sugerente subtítulo “Contra la mala administración de la justicia”, denunciando un aparato judicial venal, corrupto y subordinado al Ejecutivo. A poco endureció el discurso contra la dictadura, llamándose a partir del número 20 “Periódico

independiente de combate"; planteaba ahora sustituir la administración porfiriana por otra emanada de un proceso realmente democrático.

Motivado inicialmente por el anticlericalismo, el Club Liberal Ponciano Arriaga convocó al Primer Congreso Liberal, llevado a cabo en San Luis Potosí entre el 5 y 10 de febrero de 1901. Camilo Arriaga, Antonio Díaz Soto Y Gama y Ricardo Flores Magón, quien acudió en representación de su periódico, destacaron como las voces de la nueva agrupación política. A partir de entonces, Regeneración fungió como portavoz del PLM. Aquélla jornada la celebró el semanario como "un triunfo de trascendental importancia" para los demócratas del país (Regeneración, 2003, p. 511).

La cada vez más beligerante línea editorial de Regeneración irritó a la dictadura, que respondió aprehendiendo a Jesús y Ricardo en octubre de 1901. Como destruyeron prensas y máquinas, la edición del periódico se trasladó a la imprenta de Filomeno Mata, que publicaba El Diario del Hogar. También, el núcleo del PLM asentado en tierras potosinas fue acosado, sobre todo después de la publicación en noviembre de ese año de un manifiesto que hablaba del problema agrario y la urgencia de la reforma social, de tal manera que en unos cuantos meses casi todos los dirigentes del movimiento estaban en prisión (Cockcroft, 1971, pp. 96 y siguientes).

No obstante la censura y el silenciamiento de la prensa, constantemente surgían nuevos espacios de opinión donde se criticaba y ridiculizaba la dictadura. Uno de ellos fue el efímero semanario Vésper, a cargo de Juana B. Gutiérrez de Mendoza y de la profesora Elisa Acuña y Rosete, desde cuyas prensas se imprimieron cientos de copias de La conquista del pan (1892), de Kropotkin, apasionadamente discutido por los intelectuales del PLM (pp. 99 y 106)[8] y matriz de muchas de las ideas de Ricardo Flores Magón.

El pensador ruso expuso allí los fundamentos socioeconómicos y éticos del comunismo anarquista, esto es, "del comunismo sin gobierno, el de los hombres libres", que no es otra cosa que la realización de los dos fines perseguidos históricamente por la humanidad: "la libertad económica y la libertad política". La doctrina, concebida como la superación del individualismo, partía de la base de que los medios de producción serían propiedad colectiva, que los bienes habrían de repartirse de acuerdo con las necesidades de las personas, debiéndose suprimir el salario, y desaparecerse el Estado y la división del trabajo (Kropotkin, 2011, pp. 46 y 186).

De la misma forma, Magón consideraba que el trabajador estaba esclavizado por el salario y las carencias cotidianas. Los patrones, dueños del capital, continuaban explotándolo a su antojo al vender a un precio alto lo que habían adquirido prácticamente por nada. La propiedad privada, basada en “el crimen, el fraude, el abuso de la fuerza”, era la fuente principal de la inequidad social. No había transformación posible, si los asalariados no tomaban por sí mismos la dirección de su destino confiscando a la burguesía —la tierra antes que nada— las fuentes de su poder, siendo éste “un gran paso hacia el ideal de libertad, igualdad y fraternidad”, distribuyendo sus productos “según las necesidades de cada cual (Flores Magón, 2001, pp. 61 y 75).

La conquista del pan contrastó el realismo de los “utopistas” con el hipotético “tener los pies sobre la tierra” de los burgueses poco o nada preocupados por las necesidades cotidianas de las mayorías, de manera tal que “mientras la gente práctica discutirá interminablemente acerca de las formas de gobierno, nosotros, los ‘utopistas’, deberemos ocuparnos del pan cotidiano” ((Kropotkin, 2011, p. 65). Para el revolucionario oaxaqueño, los “sensatos”, los “serios” y los “cabezas frías” acabarían por darles la razón a los que despreciaron antes por idealistas y soñadores, pues ellos han sido “los propulsores de todo movimiento de avance, los videntes que han señalado a las masas ciegas derroteros luminosos que conducen a cimas gloriosas” (Flores Magón, 2001, pp. 132 y 16).

De acuerdo con Kropotkin, la capacidad productiva de la sociedad aumentaría proporcionalmente con la población, pues el hombre es la principal fuerza productiva de la sociedad. Los beneficios del trabajo deberían de compartirse por todos, en la medida en que el derecho al bienestar corresponde a todo el género humano, constituye la revolución social misma ((Kropotkin, 2011, pp. 31, 40). Según Magón, la sociedad futura, sustentada en la igualdad radical, garantizaría a todos la tierra, el pan y el trabajo; la construirían no las viejas clases aristocráticas y despóticas, ni la nueva burguesía avariciosa y egoísta, sino el pueblo rebelde y organizado: “somos la plebe de Espartaco, la plebe con que Munzer proclama la igualdad; la plebe con que Camilo Desmoulins aplasta La Bastilla, la plebe con que Hidalgo incendia Granaditas, la plebe con que Juárez sostiene la Reforma” (Flores Magón, 2001, p. 12).

Los medios habrían de ser violentos, dado que la clase propietaria no dejaría por las buenas el poder ni tampoco repartiría la riqueza. En esto el comunismo anarquista rompía con el primer socialismo, partidario de la persuasión y el

convencimiento, enemigo de la violencia en cualquiera de sus formas. Donde existía una continuidad era en lo que respecta a la desconfianza hacia la política, compartida por Fourier, Saint-Simon y Kropotkin, quien era contrario a la representación parlamentaria (2011, p. 161), a la vez que Bakunin advirtió acerca del "terrible y fuerte despotismo de los gobiernos… cuando se apoyan en la llamada representación de la llamada voluntad del pueblo" (2006, 32); y Emma Goldman, llegó a la conclusión que "todos los sistemas políticos existes son absurdos, totalmente ineficaces para satisfacer las más acuciantes necesidades de la vida" (1977, 69 y 70).[9]

Para Magón, el pacto social habría de reconstruirse desde la base, no por intermediación de una clase política parasitaria. Aunque, repetimos, el revolucionario oaxaqueño no parece haber contado con la tradición socialista mexicana del siglo XIX, que había asumido esa premisa. Recusó la vía política y vislumbró como la única oportunidad para el cambio la revolución social, siguiendo en esto los postulados anarquistas. Por esto, intentar hacer la revolución dentro de la ley le parecía una quimera, lo cual había comprobado su experiencia personal, dado que "la ley es yugo, y el que quiere liberarse del yugo tiene que quebrarlo". El cambio social resultaba imposible a través de la participación electoral, entre otras cosas, porque la disparidad de conocimientos entre la clase dominante y el proletariado permitía el engaño de éste y, en la práctica, el escamoteo de sus derechos fundamentales. La dominación, en suma, tenía por condición de posibilidad la ignorancia de las masas. La democracia y el sufragio universal, asumidos por el primer socialismo como un logro fundamental, en la concepción magonista no eran más que instrumentos en manos de la burguesía, ya que "el tiempo ha demostrado que si algo es verdaderamente imposible, es alcanzar la libertad económica por medio de la boleta electoral" (Flores Magón, 2001, pp. 14 y 18).

Tras salir de la cárcel en abril de 1902, Magón tomó bajo su responsabilidad El Hijo del Ahuizote y, con sus camaradas, publicó textos signados con pseudónimo. De todos modos, en septiembre él, su hermano Enrique, Evaristo Pérez Guillén y Federico Pérez Fernández fueron acusados de delitos de imprenta y aprehendidos, hasta que Francisco A. Serralde logró su liberación el 23 de enero de 1903. Los agradecidos ex prisioneros escribieron al abogado el día siguiente:

Volvemos como entramos a la cárcel, llenos de ilusiones por un porvenir espléndido para nuestra oprimida patria. Las ilusiones

no mueren en las cárceles, no. Allí, en las cárceles, se aprende a sufrir por esa patria ideal que soñamos y por la que nosotros, los jóvenes, podemos dar nuestras energías, nuestra vida, si a cambio de todo eso… pudiera romperse una cadena, destrozarse un cetro, derrumbarse un altar… (Flores Magón, 2000, p. 66).

Una vez más los hostigaron, al punto que el 16 de abril de 1903 la policía confiscó todo el equipo de El Hijo del Ahuizote, además de arrestar a los Magón, Juan y Manuel Sarabia, Librado Rivera, Alfonso Cravioto, Santiago R. de la Vega, Rosalío Bustamante, Federico Pérez Fernández y a otros más. El 9 de junio, un fallo judicial prohibió la circulación de cualquier periódico donde escribiera el revolucionario oaxaqueño. Tras las rejas, los periodistas disidentes convinieron en que la ruta de la emancipación social era el socialismo revolucionario de Bakunin, el cual habrían de camuflar en los documentos del PLM para evitar la negativa de los moderados. El anarquista ruso pretendía la desaparición de toda forma política de gobierno, bajo el criterio de que el Estado genera la dominación, pues incluso en la hipótesis de un gobierno de los propios trabajadores, éstos "no representarán ya desde entonces al pueblo, sino a sí mismos…" (Bakunin, 2006, p. 210).

Los prisioneros abandonaron Belén en octubre de 1903. Sin embargo, no quedaba mucho más que el exilio. Ricardo Flores Magón marchó para San Antonio acompañado por su hermano Enrique, Camilo Arriaga, los Sarabia, Santiago R. de la Vega, Santiago de la Hoz y dos periodistas. El 5 de febrero de 1904, en Laredo, los refugiados sesionaron en nombre del Centro Director del Club Liberal Ponciano Arriaga e hicieron planes para recaudar fondos para imprimir Regeneración, formar un partido político e iniciar una revolución.[10]

Las nuevas condiciones permitieron la reaparición del periódico el 5 de noviembre de 1904, ahora dirigido por Ricardo Flores Magón. El tiraje inicial fue de 11 mil ejemplares semanales, cifra que se duplicó rápidamente. Más de la mitad se despachaba por correo a territorio mexicano y el resto se distribuía en el sur de los Estados Unidos, a pesar de que los envíos postales habían duplicado su costo porque la oficina de correos los registró inapropiadamente como de segunda y no de cuarta clase. Para su distribución en México, contaban con el apoyo de algunos trabajadores ferroviarios, quienes distribuían la publicación en las poblaciones por donde pasaba la vía (Gómez Quiñonez, 2008, p. 174).

Al comenzar 1905, por presiones del general Díaz, se interrumpió por un breve lapso la edición del semanario magonista. Sin embargo, el 27 de febrero apareció en Saint Louis, Missouri, el número 107 del periódico y, en septiembre de ese año, el PLM lanzó un manifiesto político que condenaba la dictadura y hacía ver que el sistema republicano previsto en la constitución de 1857 existía únicamente en el papel, todo esto mientras los trabajadores se hundían en la miseria y los capitalistas aliados con el gobierno se apropiaban de la riqueza nacional. También el partido conformó su junta organizadora presidida por Ricardo Flores Magón, en la que participaron su hermano Enrique, los Sarabia, Bustamante, Rivera y Antonio I. Villarreal.

Durante su estancia en Saint Louis, Magón y su grupo más cercano entraron en contacto con el español Florencio Bazora y con Emma Goldman. Partidaria del amor libre y el control de la natalidad, la anarquista lituana —despojada de la nacionalidad estadounidense y deportada a Rusia en 1919 en la primera ola macartista que ahogó a la izquierda norteamericana— contribuyó a la formación ideológica del revolucionario mexicano. Emma la roja, autora de discursos incendiarios en pro del uso de métodos anticonceptivos y en contra del reclutamiento a las filas del ejército en la Gran Guerra, consideraba que la "inferioridad social y económica de la mujer" era "la única responsable de la prostitución" (Goldman, 1977, p. 29).

Soslayando el tema de la sexualidad, Magón llamaba a que las mujeres se incorporaran a la revolución, dado que su "deber es ayudar al hombre", y porque con la emancipación social rompería con la penosa alternativa de elegir entre el matrimonio y la prostitución (2011, p. 40). Esta deriva anarquista agravaría las tensiones entre Camilo Arriaga y Ricardo Flores Magón, en el sentido de optar por la línea más conciliadora del primero o por el radicalismo revolucionario del otro. Del lado del primero estaban los Sarabia y Villarreal; con Ricardo, Práxedis Guerrero, Rivera y su hermano Enrique.

Desde principios de 1905, José López, Enrique Bermúdez y Antonio de P. Araujo, del PLM, agitaron a los mineros de la Cananea Consolidated Coopper Company, subsidiaria de Anaconda, de tal manera que, un año después, Esteban Baca Calderón, Manuel M. Diéguez y Francisco M. Ibarra, lograron formar la Unión Liberal Humanidad de acuerdo con la directriz partidaria de organizar a los obreros. Magón los llamó entonces "los jefes más inteligentes y abnegados del partido" en la región. Posteriormente, el Club Liberal de Cananea, a cargo de Lázaro Gutiérrez de Lara y Enrique Bermúdez, cumplió el objetivo de extender

la influencia del PLM a los campos mineros próximos. La demanda básica de los trabajadores era reducir la brecha salarial entre la mano de obra mexicana, cuyo ingreso promedio era de tres pesos con cincuenta centavos, con la estadounidense, retribuida con cinco dólares diarios. Se buscó que la empresa propiedad de William Cornell Green aumentara a los nacionales un peso con cincuenta centavos, redujera la jornada laboral a ocho horas y acabara con las prácticas discriminatorias en la contratación. Al no encontrar respuesta satisfactoria, estallaron la huelga la medianoche del 30 de mayo de 1906. Dos días más adelante, el gobernador sonorense, Rafael Izabal, apoyado por 275 voluntarios estadounidenses, al frente de los cuales había cinco rangers de Arizona, a los que después se sumaron los Rurales mexicanos, sometió a los mineros a sangre y fuego (2000, p. 158). En conmemoración de la huelga, y protegido con el pseudónimo de Netzahualpilli, escribió Magón el 30 de mayo de 1908:

Seis mil hombres dejaron caer la herramienta, animados por la esperanza de que arrepentidos los amos atendieran sus reclamaciones. Vana esperanza. Los amos armaron a sus lacayos y asesinaron al pueblo. El gobierno, por su parte, mandó soldados a que hicieran lo mismo, y cobarde y traidor, toleró que forajidos extranjeros violasen las leyes de neutralidad para ir a exterminar a los mineros mexicanos (2005, p. 359).

El programa del PLM, publicado en Saint Louis el 1 de julio de 1906 y en buena medida salido de la pluma de Juan Sarabia, perfiló una solución de compromiso entre moderados y radicales. El documento proponía reducir el periodo presidencial a cuatro años y acabar con la reelección del presidente y los gobernadores; suprimir a los jefes políticos y remplazar el servicio militar obligatorio con una guardia nacional; garantizar la libertad de imprenta y de reunión, así como los derechos políticos básicos de la población; fortalecer el poder municipal y promover la unidad latinoamericana; y brindar una educación elemental laica y obligatoria a toda la niñez mexicana. En materia social, pugnaba por una jornada laboral de ocho horas, el establecimiento del salario mínimo, el descanso dominical de los trabajadores, la obligación de los patrones de pagar indemnizaciones por accidentes de trabajo, prohibiendo el trabajo infantil y la inmigración china al país bajo el supuesto de que deprimía los salarios. Consideraba proteger a la raza indígena. En cuanto a la propiedad

agraria no menciona las haciendas, aunque limita la propiedad que el Estado puede conceder a los solicitantes de tierras, ofrece restituirlas a comunidades indígenas y particulares despojados por la dictadura.

En marzo de 1906, José Neira, un tejedor militante del PLM, se enroló en la fábrica textil de Río Blanco, Veracruz. Pronto convenció a otros trabajadores para constituir el Gran Círculo de Obreros Libres de Río Blanco, formándose al poco tiempo otra organización similar en la fábrica de Santa Rosa, a cargo del también magonista Samuel A. Ramírez. Para octubre, los trabajadores de ésta iniciaron una huelga en protesta por las multas que les imponía la patronal por casi cualquier motivo; a poco, los secundaron los operarios textiles de Puebla y Tlaxcala. El Centro Industrial Mexicano respondió en la nochebuena con un lock-out, en tanto que el general Díaz expidió un laudo forzando abrir las fábricas a partir del 7 de enero de 1907. Salvo en Río Blanco, donde no fue revocado el reglamento que autorizaba las multas, en las demás fábricas acataron la orden presidencial. La madrugada de ese día, un grupo de trabajadores enardecidos saqueó y prendió fuego a la tienda de raya, además de liberar a los presos. Cuando se dirigían a las fábricas vecinas un destacamento militar disparó contra la multitud (Hernández, 1999, p. 77).

Entre septiembre y octubre de 1906 el PLM había realizado acciones armadas en Chihuahua (Jiménez), Veracruz (Acayucan) y Tamaulipas (Camargo), acordes con el plan de una insurrección nacional para el 16 de septiembre, el cual se frustró porque fue detectado a tiempo por la dictadura ("Ataque a Jiménez, Chihuahua", 1906, AREM, L-E-854(5), 855(1,2)). De todos modos, Magón se mantenía optimista hacia finales del año comunicando a Antonio P. Araujo: "estoy trabajando con lisonjero éxito porque se levanten nuevos grupos revolucionarios", a la vez que destacaba la importancia de hacerse de Ciudad Mier, Guerrero y Camargo "para que los grupos revolucionarios del sur tengan un apoyo y un refugio en caso de ser necesario" (2000, pp. 223 y 224).

Los gobiernos estadounidense y mexicano, al tanto de los planes insurreccionales del partido, aprehendieron en septiembre de 1907 a varios de sus dirigentes en ambos lados de la frontera, provocando una vez más a la suspensión del semanario, clasificado para entonces como correspondencia de primera clase. Ricardo, que logró librarse de la cacería de brujas, consiguió editarlo de nueva cuenta, ahora con el nombre de Revolución, a partir del 1 de junio de 1907 en Los Ángeles, California. El 23 de agosto, él y otros más fueron arrestados por la policía estadounidense. Turner escribió al respecto en el órgano

informativo del Socialist Party of America:

con un hombre como Magón en prisión, y por causa tal, sería un milagro que la estatua de la Libertad en el puerto de Nueva York no se derrumbe de vergüenza y se hunda en el mar; que la mujer con la balanza sobre cada sede de los tribunales de la tierra no caiga de su pedestal y se quiebre en mil pedazos sobre el pavimento, que el Fantasma de la Justicia, si es que la justicia ha vivido alguna vez en esta tierra, no se levante de su tumba y salga gritando su agonía todas las noches del mundo (Meyer, 2005, p. 132).

A pesar de todo, el periódico continuó imprimiéndose en la clandestinidad hasta que en enero de 1908 detuvieron a Librado Rivera. En abril reapareció fugazmente, cancelándose de manera definitiva su publicación con el encarcelamiento de Modesto Díaz, quien moriría en prisión. Esto no obstó para que el PLM intentara un nuevo levantamiento ese año, del que únicamente logró concretar acciones militares en Coahuila (Viesca, Las Vacas) y Chihuahua (Casas Grandes, Palomas). La intercepción de la correspondencia y el eficaz espionaje de la agencia Pinkerton mantuvieron al gobierno porfiriano al tanto de los planes insurreccionales, permitiéndole anticipar sus movimientos (“Disturbios por revolucionarios en Chihuahua”, 1908, AREM, L-E-724(2)).

Contento porque veía próximo el levantamiento, Ricardo Flores Magón se quejó con su hermano Enrique del inexistente respaldo brindado por el sindicalismo estadounidense: “si tú estás ansioso porque se señale la fecha del levantamiento, Librado [Rivera] y yo estamos desesperados, porque tememos que de un momento a otro desbarate los grupos el despotismo”. Lamentablemente para su causa, “el pueblo americano y aun los trabajadores organizados de este infumable país no son susceptibles de agitarse. Los americanos son incapaces de sentir entusiasmos ni indignaciones. Es éste un verdadero pueblo de marranos”. Tres años después, apelaría a la autoridad de Emma Goldman para intentar que los estadounidenses se despojaran de sus anteojeras y miraran la cruda realidad mexicana, “porque está[n] engañado[s] por la voluntaria deformación que hacen aquellos que tienen en juego intereses económicos gigantescos, y que no evitan ningún esfuerzo para engañarlo” (2000, pp. 454, 455, 458 y 545).

Antes de que fueran inutilizados prensa y equipo en El Paso, Texas, Punto Rojo, editado por Práxedes Guerrero, expresó las posiciones magonistas a partir del 8 de agosto de 1909. Circuló durante nueve meses en el sur estadounidense y en los estados de Chihuahua, Sonora, Coahuila, Puebla, Tlaxcala, Oaxaca, Tabasco, Veracruz y la ciudad de México. El periódico apareció en formato reducido, editado en una pequeña prensa manejada por el poeta guanajuatense. Aumentaron pronto las colaboraciones, lo que condujo a aumentar el tamaño con un tiraje de 10 mil ejemplares semanales (Bartra, 1977, p. 48). Infortunadamente para la causa magonista, Práxedis fallecería en una acción armada en Janos, Chihuahua, el 30 de diciembre de 1910.

En agosto de 1910 excarcelaron a Ricardo Flores Magón, Librado Rivera y Antonio I. Villarreal, logrando reanudar la publicación de Regeneración el 3 de septiembre en Los Ángeles. Ésta incluía ahora una sección en inglés a cargo del anarquista alemán Alfred Sanftleban, primero, y de los estadounidenses John Kenneth Turner, Ethel Duffy Turner y W. C. Owen, después. Fue entonces que el lema “Reformas, Libertad y Justicia”, tomado del PLM, se transformó en “Tierra y Libertad”. La página en inglés tuvo una gran recepción logrando un tiro de 27 mil ejemplares.

La última oportunidad efectiva del PLM para influir en el curso de la revolución se presentó a finales de enero de 1911, cuando un contingente armado tomó Mexicali. Comandados por José María Leyva y Simón Berthold, el improvisado ejército reunió a combatientes mexicanos, trabajadores de la International Workers of the World (IWW), la American Federation of Labor (AFL) y de la Western Federation of Miners (WFM), y anarquistas y aventureros de distintos países. El 9 de mayo tomaron también Tijuana. Sin embargo, con la firma de los tratados de Ciudad Juárez, que fijaron los términos de la renuncia de Díaz, magonistas y maderistas pasaron de aliados tácticos a enemigos, dado que el PLM llamó a desconocer lo pactado en la ciudad fronteriza y a continuar la lucha armada:

La revolución ha llegado al punto en que forzosamente tiene que seguir cualquiera de estos dos cursos: o degenerar en un movimiento simplemente político, en el que encontrarán garantías solamente los jefes de ella y la clase rica, quedando la clase pobre en la misma o peor condición que antes, o, por el contrario, seguir su marcha avasalladora convirtiéndose por completo en una verdadera revolución económica… y cuyo triunfo será la toma de posesión de la tierra y de la maquinaria de producción para el uso y libre disfrute de ella por

todos los habitantes de México, hombres y mujeres (Regeneración, 1977, pp. 289-290).

Desde el inicio de la lucha armada, la desconfianza de Magón hacia Madero y hacia lo que según él representaba (una fracción burguesa no incluida suficientemente en el sistema) fue evidente. Nunca tuvo la intención de coordinar las acciones militares de ambos, y menos aún de aceptar su autoridad. Madero le parecía un traidor a la causa de la libertad en la medida en que carecía de interés por emancipar a los trabajadores del salario, el pago por la explotación de su actividad diaria. De ninguna manera la revuelta maderista podría llamarse revolución, porque no pretendía transformar radicalmente las cosas; significaba un cambio menor dentro de la clase dirigente, un aspecto más amable a la dictadura del capital. Encaramar en el poder a esta fracción, a la larga, acarrearía según Magón un derramamiento mayor de sangre, pues la revolución tendría que recomenzar:

Bien sabido es que un determinado número de individuos lograron acaparar en México todos los mejores negocios. Esos individuos son designados con el nombre de los “científicos”. Por ese hecho se verificó en el seno de la burguesía una división. Los burgueses, a quienes no tocaron ninguno de los negocios o les tocaron los más malos, se rebelaron contra los burgueses que habían atrapado los mejores (2001, p. 85).

Pero pronto Madero logró que los EUA le abrieran el tránsito por la frontera para batir a los rebeldes. La pinza se cerró cuando las autoridades estadounidenses apresaron a Magón, Rivera y Anselmo Figueroa en junio de 1911, aduciendo que habían violado la ley de neutralidad. Alcanzaron la libertad provisional a los pocos días, pero un año después los tribunales fallaron en contra de los prisioneros, quienes junto con Enrique Flores Magón, recibieron una condena de 23 meses de cárcel. A pesar de esto, Regeneración siguió imprimiéndose bajo las órdenes de Blas Lara. De esta forma, dio a conocer el manifiesto del PLM de fecha 23 de septiembre de 1911, documento que expresó la convicción anarquista de la organización, pronunciándose por la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, por acabar con toda forma de autoridad, la instauración de una sociedad de productores libres, el reparto de los bienes de acuerdo con los principios comunistas y la propiedad colectiva de la tierra (Regeneración, 1977, pp. 308 y 309).

En la otra orilla del Atlántico, los obreros agrupados en la Solidaridad Obrera (sección Galicia) verificaron actos en solidaridad con los revolucionarios mexicanos, convocando a perseverar en la lucha hasta alcanzar la emancipación social. De esta manera, el mediodía del 25 de junio de 1911, un numeroso grupo de trabajadores se congregó en el teatro-circo Emilia Prado Bazán, de La Coruña, para acordar medidas concretas en apoyo al movimiento revolucionario. En la entrada del inmueble pendían carteles que decían "¡Solidaridad con los revolucionarios mejicanos! ¡Odio al tirano! ¡Muera Porfirio!". Abrió el mitin el representante de los obreros del arsenal de El Ferrol. A continuación, el comisionado de los obreros vigueses recordó que a su ciudad le correspondió el privilegio de ser el primer puerto español en el que "el tirano mejicano fue anatemizado". Recibió un aplauso atronador cuando planteó la situación del momento:

En Méjico [sic] se levanta el pueblo al grito de ¡Tierra y Libertad!, la tierra es un patrimonio común y la libertad un patrimonio inherente a la personalidad humana. Tomen todo esto de enseñanza los republicanos, y verán como el pueblo los sigue cuando tengan la valentía de decirle: ¡Pueblo! No queremos diputaciones ni municipios; queremos la revolución ("El mitin de ayer", Tierra Gallega, 26 de junio de 1911).

Otro sindicalista propuso que dos mujeres realizaran una colecta en favor de los rebeldes, a la vez que denunció que "el triunfo de Madero no fue más que un inicuo contrato con Porfirio Díaz para matar la revolución mejicana [sic]". A pesar de ello, "aquel pueblo ve hoy claro, y lejos de deponer las armas, continúa combatiendo al grito genuinamente revolucionario de ¡Tierra y Libertad!" (Ibídem).

LA CASA DEL OBRERO MUNDIAL

A las grandes huelgas de finales de la dictadura y a las tentativas insurreccionales del magonismo siguió la movilización de los trabajadores urbanos, tanto para mejorar sus condiciones laborales, responder a la situación

crítica en que por momentos los colocó la lucha armada, como para formar sociedades de socorros mutuos y sindicatos. Al iniciar la administración maderista se formaron la Casa del Obrero y el Departamento del Trabajo, entidades que reordenaron el mapa institucional y abrieron el espacio público a la clase obrera todavía mayoritariamente artesana. Hijo de zapatero, Jacinto Huitrón Chavero (1885-1969) sintetizaba la transformación del mundo del trabajo urbano a la vuelta de siglo donde ganaban presencia los obreros calificados, quienes solían ser letrados, seculares, abstemios y disciplinados, además de familiarizados con el radicalismo europeo (Lear, 2005, pp. 334 y 342). Desde 1900, el también metalúrgico era "asiduo lector de El Diario del Hogar, El Hijo de Ahuizote y Regeneración", inclinándose pronto por el anarquismo, al punto que hasta el final de su vida dirigió la Federación Anarquista Mexicana (Huitrón, 1984, p. 80).

Dentro de la Escuela Racionalista, "centro de diseminación doctrinaria e ideas avanzadas", inspirada en el pedagogo catalán Francisco Ferrer i Guardia y dirigida por el colombiano José Francisco Moncaleano, germinó a mediados de 1912 el Grupo Luz, del que participaban Méndez, Huitrón, Ciro Z. Esquivel, J. Trinidad Juárez, Pioquinto Roldán, Eloy Armenta y Rodolfo García Ramírez. Desafortunadamente para ellos, el gobierno maderista deportó a Moncaleano a las Islas Canarias "por escribir en el número 2 de ¡Luz! la defensa de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano… y por haber criticado la política dentro de las organizaciones obreras", a tan solo unos meses de haber llegado procedente de La Habana (p. 206).[11]

Otro afluente importante de la Casa del Obrero fueron intelectuales y políticos de tendencia moderada, como el periodista Rafael Pérez Taylor, Antonio Díaz Soto y Gama y los diputados Serapio Rendón y Heriberto Jara. Soto y Gama venía del Partido Liberal, formado en agosto de 1911 por ex miembros del PLM, entre los que destacaban Jesús Flores Magón y Juan Sarabia. Fue detenido en Ciudad Juárez en 1907. Después de su excarcelación en mayo de 1911, Sarabia había cruzado hacia las filas antirreeleccionistas (p. 198; Ribera Carbó, 2010, 51; Lear, 2001, p. 158).).

El 22 de septiembre de 1912 se constituyó la nueva agrupación, llamada a partir del año siguiente Casa del Obrero Mundial (COM). En mayo de 1913 comenzó a circular El Sindicalista, publicación decenal de los sindicatos adscritos a esa central, quien veía en el capital, el clero y el gobierno a los verdugos de la humanidad. Reprimida por la dictadura huertista, algunos de sus miembros

prefirieron intervenir directamente en el conflicto armado, como Soto y Gama, quien se incorporó al zapatismo en marzo de 1914 convencido de que la emancipación obrera no se alcanzaría sin la lucha rural; otros, como Rosendo Salazar, Celestino Gasca, Juan Tudó, Rafael Quintero, Salvador Gonzalo García, Carlos M. Rincón, Rodolfo García y Roberto Valdés promovieron un pacto con el constitucionalismo para justamente contener a los ejércitos convencionistas de Zapata y Villa, aprovechando la ocasión para extender su presencia a escala nacional:

Los obreros de la Casa del Obrero Mundial, con el fin de acelerar el triunfo de la Revolución constitucionalista e intensificar los ideales en lo que afecta a las reformas sociales, evitando en lo posible el derramamiento de sangre, hacen constar la resolución que han tomado de colaborar de manera efectiva y práctica por el triunfo de la revolución, tomando las armas, ya para guarecer las poblaciones que están en poder del gobierno constitucionalista, ya para combatir a la reacción (Casa del Obrero Mundial, 1979, p. 2).

Muy poco aportó la central obrera a la estrategia militar; fue más la tensión que generó con el constitucionalismo al tratar de organizar a los trabajadores en las áreas donde operaron los "Batallones rojos", por lo que el mando revolucionario los disolvió en menos de seis meses. La pieza teatral "Verdugos y víctimas" (1918) expuso el contrasentido que veía en la participación obrera dentro de las filas constitucionalistas:

Mi marido formó parte de un batallón de obreros: murió en una acción contra los trabajadores del campo, quedé viuda con dos huérfanos. Un día de mucha hambre, mi hijo tomó un pan de una panadería, y fue fusilado por ladrón. Mi hija está en un lupanar, los jefes del batallón son ahora diputados, y yo pido limosna… Día llegará en que el pobre empeñe el fusil, ya no para encumbrar a nadie, sino para su propio beneficio (Flores Magón, 2009, p. 207).

12

Mientras tanto, la ciudad de México vivía un furor huelguístico inusitado a causa de los estragos que el desabasto de alimentos y la inflación hacían en el bolsillo de las clases populares. Ya derrotada la División del Norte, la luna de miel entre los trabajadores organizados y los constitucionalistas precipitó su fin, optando éstos por hacer de la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM) recién creada (mayo de 1918) su brazo sindical, con lo que comenzó a configurarse el pacto corporativo entre el movimiento obrero y el régimen revolucionario, abandonando aquél la acción directa como instrumento de lucha (Hart, 1980, pp. 152, 177; Barbosa, 1980, pp. 10 y 11).

Si bien durante el Porfiriato decrecieron las acciones de protesta de los trabajadores, éstas, en parte porque la lucha armada deterioró enormemente las condiciones de vida de la población, repuntaron durante la Revolución. Asimismo, el gobierno federal formó el Departamento del Trabajo con el objeto de regular el sector laboral y mediar entre los factores de la producción. Uno de los primeros conflictos en los que intervino fue en la huelga textil de los trabajadores del Distrito Federal, Puebla, Veracruz y Tlaxcala, quienes demandaban un aumento salarial y la jornada laboral de 10 horas. El propio presidente Madero recibió en enero de 1912 a una comisión de los huelguistas y escuchó sus demandas. Antes de finalizar el mes, industriales y trabajadores dieron por concluido el paro pactándose la reducción de la jornada laboral y un aumento salarial del 10%, lo cual no significó que la disputa cesara ya que los industriales encontraron la manera de no hacer efectivo el incremento (El Imparcial, 6 de enero de 1912; El Imparcial, 21 de enero de 1912; El Diario, 4 de enero de 1913; El Diario, 8 de enero de 1913; El Diario, 18 de enero de 1913).

En 1914 varios gremios de trabajadores entraron en huelga, destacando los canteros, los empleados de restaurantes, los conductores de carruajes de alquiler, los sastres, los electricistas y los tranviarios (“Manifiesto del Centro de Estudios Sociales de la Casa del Obrero Mundial a los trabajadores de la Región mexicana”, ¡Luz!, 10 de febrero de 1920; “Casa del Obrero Mundial”, El Sindicalista, 31 de enero de 1914). Para el año siguiente, conocido como el “año del hambre”, escaló la tensión social parando en noviembre los panaderos y los trabajadores de artes gráficas. Los panaderos, que se decía pasaban de tres mil, demandaban “un ligero aumento en sus jornales, aumento tanto más justificado si se tiene en cuenta la carestía de los artículos de primera necesidad y las ganancias exageradas que están obteniendo los propietarios de las panaderías al elevar en un novecientos por ciento el precio de esa materia alimenticia”. Tan pronto como algunas panaderías aceptaron la solicitud de los operarios,

comenzaron “a fabricar pan en abundancia, llevando cada pieza un sello que dice COM” (“Huelga de panaderos”, Ariete, 7 de noviembre de 1915; “El movimiento huelguista iniciado por el sindicato de obreros y obreras del ramo de panadería sigue su curso”, Ariete, 14 de noviembre de 1915). El pan COM era más grande y costaba menos. De otro lado, el gremio de artes gráficas exigía “aumento de sueldo, reconocimiento de la personalidad del sindicato, supresión de multas y todo lo que deben exigir los trabajadores que desean emanciparse” (“Sindicato de Artes Gráficas”, Ariete, 21 de noviembre de 1915.). Tras nueve días de huelga obtuvieron una respuesta positiva, al igual que los obreros del ramo de hilados y tejidos de la Fábrica de San Antonio Abad. Otro tanto consiguieron los carpinteros sin necesidad de suspender labores (“Se soluciona la huelga”, Ariete, 5 de diciembre de 1915; “Sindicato de Carpinteros, Tallistas y Similares”, Ariete, 12 de diciembre de 1915).

Las mujeres también se sindicalizaron y mostraron gran combatividad en sus luchas. Es así que en noviembre de 1915 “poco más de 300 compañeras, entre las que había de los ramos de cigarreras, costureras y corseteras se reunieron” en la COM “para cambiar impresiones y ver la manera de organizarse en sindicatos”. Además se agremiaron las trabajadoras que fabricaban tapones de corcho y las del ramo de bonetería, mientras ascendía a más de 300 la membresía del Sindicato de Costureras (“Las obreras se sindican”, Ariete, 21 de noviembre de 1915). En las fábricas “El Salvador” y “La Perfeccionada” las y los boneteros realizaron sendas huelgas. Después de varios días en paro, las operarias de “El Salvador” negociaron “un aumento de un 100% sobre los salarios que percibían”, en tanto que en “La Perfeccionada”, aparte de la demanda salarial, pusieron en la mesa el reconocimiento del sindicato así como la reinstalación de una obrera despedida injustamente (“Sindicato de Boneteras”, Ariete, 12 de diciembre de 1915, “La huelga de ‘La Perfeccionada’”, Ariete, 19 de diciembre de 1915).

De ninguna forma las huelgas eran del agrado del gobierno constitucionalista, menos aún si ya no requería del apoyo de las organizaciones trabajadoras para enfrentar a los ejércitos populares. La confrontación llegó al clímax con la huelga general del 31 julio de 1916 promovida por la Federación de Sindicatos Obreros del Distrito Federal (FSODF), que desde mayo demandaba que se pagara a los trabajadores en oro, dada la constante depreciación de los billetes de curso corriente. La segunda obra teatral de Magón recuperó la experiencia de la huelga en estos términos:

Doce horas de huelga general han sumido a esta bulliciosa ciudad en una quietud sepulcral. Ni un tranvía, ni un carruaje circulaban por las calles. ¡Qué éxito tan lisonjero en cuanto al paro general: la masa aceda en los amasijos porque no hay quien cueza el pan; el zapatero descansa; el andamio a suspirado todo el día por el albañil; la máquina extraña el aliento fatigado de su esclavo: el obrero. Éxito feliz, en suma, de la solidaridad de la clase productora, ¡ay!, pero no se harán esperar las represalias de nuestros verdugos (2009, p. 228).

Así fue. Ante el paro, la respuesta del Ejecutivo federal resultó fulminante: disolvió la COM, ordenó apresar a los dirigentes, revivió la ley liberal del 25 de enero de 1862 que castigaba la traición a la patria, e instruyó romper las huelgas y militarizar los ferrocarriles. La COM señaló que a los obreros les asistía la razón y el derecho consagrado constitucionalmente, que los verdaderos responsables de la huelga eran los capitalistas y que tratarían "de evitar crímenes como Cananea y Río Blanco" ("Julio Quintero, secretario general de la Casa del Obrero Mundial, al ciudadano presidente jefe Venustiano Carranza", Tribuna Roja, 1 de septiembre de 1916).

No obstante la hostilidad hacia la huelga general, los caudillos de las distintas facciones comenzaron a exhibir recursos diversos para congraciarse con el movimiento obrero, los cuales fueron desde la violencia hasta la atención de algunas de sus demandas. Incluso Carranza realizó un incremento salarial a los trabajadores después de la represión, y Obregón inició una política de acercamiento y cooptación hacia los líderes que culminó con el pacto corporativo posrevolucionario (González Casanova, 1980, pp. 21 y 22).

A LA DISTANCIA

Si la política no iba bien, la dirigencia del PLM por lo menos podía vivir sin sobresaltos económicos dado que habían rentado unas tierras en 1915 en Edendale, Los Ángeles, donde sembraban frutas y verduras que consumían y comercializaban. Sin embargo, el acoso policíaco no cedía: en febrero de 1916

Ricardo y Enrique Flores Magón fueron detenidos por publicar artículos anticarrancistas y contrarios a los intereses estadounidenses. Cinco meses después quedaron libres bajo fianza (Gómez Quiñones, 2008, p. 177).

Para entonces, Ricardo prácticamente había dejado de escribir acerca de los acontecimientos mexicanos, dedicando mayormente su atención a lo que sucedía en Europa. La guerra y la Revolución de Octubre serían ahora el foco de su análisis. Al menos en lo inmediato, había dado por perdida la oportunidad de realizar en México la revolución social, aunque no dejaba de advertir que el país todavía era "un puñal dirigido al corazón del sistema capitalista". Por el momento el papel que podría jugar el constitucionalismo en la guerra europea era contrarrevolucionario, en la medida en que Carranza necesitaba "muchos millones de pesos para él y sus favoritos y esos millones solamente pueden conseguirlos comprometiendo al pueblo mexicano en el conflicto mundial" (Flores Magón, 1983, pp. 52 y 92) "Verdugos y víctimas" expuso desde la perspectiva de la costurera protagonista el desencanto hacia el curso de la gesta mexicana:

¡Pobres hermanos míos, tan buenos, tan abnegados!... ¡Qué fe tan grande era la suya en el triunfo de la Revolución! ¡Con qué entusiasmo leían las proclamas de los caudillos que convocaban al pueblo a la rebelión con promesas ardientes de libertad y de bienestar para los trabajadores! Y yo me pregunto a voces: ¿de qué ha servido tanto sacrificio? Mis hermanos muertos; cientos de miles de trabajadores muertos, y el bienestar no existe; no hay más que miseria y opresión: lo mismo que antes, lo mismo que siempre (Flores Magón, 2009, p. 196).

El mismo criterio que aplicó para juzgar el proceso revolucionario mexicano, Magón lo extendió a la realidad europea, de tal manera que concibió a la primera Guerra Mundial como un enfrentamiento entre burguesías del cual el proletariado europeo únicamente sería mera carne de cañón, pues "los burgueses han tenido buen cuidado en fomentar en los pobres el sentimiento patriótico, el odio de razas, el amor a la bandera" (1983, pp. 26 y 27). Lo que correspondía hacer a aquél era voltear las lanzas contra sus opresores y extender la revolución social hacia sus países. Para los más, la guerra lo único que traería sería sangre, sufrimiento y miseria.

En último análisis, no eran determinados hombres en particular los responsables de la situación, sino un sistema económico-social de alcance planetario. Por tanto, la lucha contra éste tenía que asumir una escala mayor. Cada revolución nacional significaba robarle parte del terreno al capitalismo, cada victoria puntual representaba un paso más hacia su supresión como sistema de dominación, porque "es el capitalismo —el pulpo voraz que chupa la fuerza de los pueblos— el causante de todos los disturbios, de todos los crímenes; pues el capitalismo fomenta el odio de razas para que los pueblos no lleguen a entenderse y así poder reinar a sus anchas" (Flores Magón, 2001, p. 116). Pero la hora de la revolución mundial había sonado, todo indicaba que "se aproxima en todos los países del mundo" (Flores Magón, 1983, p. 91)

El pueblo estadounidense, pensaba Magón, debería desterrar toda expectativa de que el capitalismo mejorara su situación y liquidar de una vez por todas la propiedad privada. El ruso pronto quedaría convencido de que la democracia no resolvería los problemas de miseria y desigualdad, condenando con ello a la duma a desaparecer. Para junio de 1917 vaticinó que los bolcheviques implantarían el "régimen socialista autoritario". De todos modos esto no le preocupaba particularmente, ya que abrigaba la certeza de que al poco tiempo el pueblo, convencido de la inoperancia de todos los gobiernos, "terminará por adoptar el sistema socialista anarquista". Activadas las masas populares, la ley del progreso haría el resto. Por tanto, los esfuerzos de Kerensky por sostenerse en el poder resultaban absolutamente vanos, así como las amenazas lanzadas a los insurrectos, al punto que los soldados en el frente se resistían a pelear por intereses ajenos a los suyos y los campesinos tomaban las tierras que les pertenecían por derecho propio, poniendo en marcha la segunda etapa de la Revolución rusa, pues "los campesinos no quieren esperar a que se reúna un congreso constituyente que decrete la repartición de las tierras, pues con el buen sentido que sólo puede compararse con el buen campesino del sur de México, no tienen confianza en la promesa de los caudillos, y toman desde luego la tierra que necesitan" (Flores Magón, 1983, p. 71).

En otras palabras, la revolución política despejaba el campo a la revolución social. Ésta llegaba en un momento tan oportuno que la dictadura capitalista se sacudía desde Rusia hasta México, de España a la Argentina, de los Estados Unidos a Alemania. En este contexto, la epopeya rusa trascendía el marco nacional constituyendo una revolución mundial. Con sus defectos ideológicos, los bolcheviques conducían este gran proceso, eran "los verdaderos internacionalistas", los únicos con una perspectiva global y el deseo de "ver

extenderse por todo el mundo las ideas de la revolución” (Regeneración, 1977, p. 435).

Entre tanto, la histeria antibolchevique aumentaba en los Estados Unidos y los magonistas constituyeron un blanco propicio para descargarla. El 15 de agosto de 1918 Ricardo Flores Magón y Librado Rivera fueron recluidos en la isla Mac Neil y, en noviembre de 1919, transferidos a la penitenciaría federal de Leavenworth, Kansas, para purgar condenas de veinte y quince años respectivamente, y pagar una multa de cinco mil dólares por violar la ley de espionaje como consecuencia de la publicación del “Manifiesto de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano a los miembros del Partido, a los anarquistas de todo el mundo y a los trabajadores en general” (Los Ángeles, California, 16 de marzo de 1918). El documento les valió la acusación de fomentar “la insubordinación, la deslealtad y el amotinamiento de las fuerzas militares, y de obstruir el reclutamiento y el alistamiento en el servicio del país”, cuando los Estados Unidos habían entrado a la primera Guerra Mundial (Raat, 1988, p. 261).

Regeneración, que para entonces estaba formado por dos planas escasamente, no volvería a publicarse más, y Magón no saldría con vida de Leavenworth. A pesar de múltiples padecimientos crónicos (faringitis, diabetes, anemia; dolor en la espalda, el corazón y los riñones), era por voluntad propia responsable de la biblioteca carcelaria. Su vista estaba irreparablemente dañada, es así que confiaba a su amigo Harry Weinberger en carta del 5 de noviembre de 1922 que únicamente podía leer tipografía grande y, “para leer mi periódico y escribir mis cartas, tengo que recurrir a una lupa que amplifica cuatro veces el tamaño de los signos impresos o escritos… Bajo la luz del sol soy incapaz de reconocer a una persona a una distancia superior a tres pies” (Flores Magón, 2000, p. 451).

Ricardo Flores Magón falleció la madrugada del 21 de noviembre de 1922. Según la versión oficial, murió de un ataque al corazón; según su camarada Librado Rivera, fue ahorcado, y para el sindicalista Eugene V. Debs, líder de la AFL, Magón fue golpeado y abandonado hasta que perdió la vida. Sus restos fueron repatriados a Ciudad Juárez en enero del año siguiente, de donde iniciaron el trayecto a la capital de la república, esto es, el recorrido inverso al que había sido forzado en 1904. El ataúd lo cubría una bandera rojinegra e iba adornado con flores brillantes, a su paso aplaudían los trabajadores y unos pocos comunistas. Como un gesto póstumo, después de encarcelarlo tantas veces y por varios años, el gobierno estadounidense conmutó la sentencia condenatoria de 30

wobbies y la de su camarada Librado Rivera (Martínez Verdugo, 1985, pp. 58 y 59; Raat, 1988, p. 271). En 1945 los restos de Magón fueron depositados en la Rotonda de Los Hombres Ilustres y, en 1993, su nombre inscrito con letras de oro en el Muro de Honor de la Cámara de Diputados, institución que siempre despreció.

4. Comunismo (1919-1987)

La obsesión de los liberales (y neoliberales) mexicanos por mirarse en el espejo estadounidense guarda cierto paralelo con los comunistas de la primera mitad del siglo XX empeñados en aprehender el reflejo soviético. Cada uno, a su manera, encontró en esos modelos ejemplares el paradigma de lo que debería ser el futuro, y —más aún—, proyectó en ellos sus propias expectativas de transformación del país. Esto, sin embargo, no estuvo exento de claroscuros, y en lo que respecta a la URSS tardó un tiempo en construirse el mito de “la patria comunista”, acaso por el fuerte influjo nacionalista emanado de la Revolución mexicana, que más que mirar hacia afuera, convocaba a recuperar lo propio.

No fue el único, pero sin duda la vida y obra de Vicente Lombardo Toledano expresa muy bien la fusión de la aspiración socialista con el proyecto de la Revolución mexicana. La táctica: los avances graduales en la estatización de la economía, la reforma agraria y la sindicalización de los trabajadores; el objetivo: un socialismo a la soviética que, para consumarse, debía de derrotar al imperialismo estadounidense; los aliados: básicamente el Estado, los trabajadores organizados del campo y la ciudad, las clases medias y el empresariado nacionalista; la herramienta teórica: el marxismo, que en el terreno filosófico acabaría con la metafísica espiritualista y otras formas de idealismo, y en el campo científico racionalizaría la Revolución mexicana desde la perspectiva del materialismo histórico.

Lombardo fue por primera vez a la Unión Soviética en 1935, realizando “quizá veinte o treinta viajes” en distintas etapas de su vida. Nunca se percató del fracaso del modelo económico que, para los sesenta, acusaba un notorio declive, y tampoco habló de la ausencia de libertades públicas, del mercado negro o los privilegios de la nomenclatura. Como en un manual, estaba cierto que la transformación de la agricultura mediante la colectivización forzosa estableció las bases del desarrollo industrial acelerado. De no haber tenido éxito en eso, la URSS “no sería el país que es hoy”, dijo en una entrevista en 1964, año de publicación de Los errores, la novela de José Revueltas que desnudaba a la “patria comunista” (Wilkie y Monzón Wilkie, 2004, p. 190).

LA BANDERA ROJA

Durante la lucha armada surgieron varias agrupaciones socialistas. En agosto de 1911, el afinador de pianos alemán Paul Zierold formó en la ciudad de México el Partido Socialista Mexicano (PSM), mientras en 1916 surgía en Yucatán el Partido Socialista Obrero (PSO), después Partido Socialista de Yucatán (PSY) y, hacia 1920, Partido Socialista del Sureste (PSS). Conformado por artesanos, trabajadores ferroviarios, periodistas y profesores, el PSS asumió el catecismo sansimoniano de progreso e industrialismo recelando de las clases improductivas. En marzo de 1917, con Felipe Carrillo Puerto al frente del partido, se llevó a cabo en Motul el Primer Congreso Obrero Socialista, que aprobó la creación de escuelas nocturnas, cajas de resistencia, una escuela normal (de orientación racionalista), la participación femenina y la promoción constitucional de sus derechos políticos. En agosto de 1921, el PSS realizó en Izamal el Segundo Congreso Obrero, el cual determinó expropiar los servicios públicos en manos de particulares, promover el interés colectivo en los puestos directivos y de representación, robustecer la educación moral de los socialistas, entregar la tierra a los campesinos y las fábricas a los trabajadores; además de incentivar el trueque entre los productores se pugnaría por colectivizar los medios de producción, si bien la organización decidió no adherirse a la Internacional Comunista (Paoli y Montalvo, 1980, pp. 51 y siguientes; Primer Congreso Obrero Socialista, p. 91; Segundo Congreso Obrero, pp. 106 y 107).

Juan Ranulfo Escudero Reguera (1890-1923) formó en Acapulco el Partido Obrero de Acapulco (POA) el 7 de febrero de 1919. El partido reivindicaba cuestiones elementales pero muy importantes para la población local, lo que permitió a Escudero atraer los votos suficientes para ganar las elecciones municipales de 1920. Éstas incluían el pago justo por la jornada del trabajo que debería ser de ocho horas, la protección de las garantías individuales, separar de la administración pública a los elementos nocivos, incentivar la participación electoral, conseguir tierras para los campesinos, ampliar la cobertura educativa, gestionar la construcción de la carretera México-Acapulco e implementar una campaña contra las enfermedades. Para 1922, eligieron a Escudero diputado federal por el primer distrito de Acapulco, y el partido ganó también las elecciones locales y el ayuntamiento continuaría en sus manos. Sin embargo, la rebelión delahuertista puso fin al ayuntamiento socialista, cuando los militares insurrectos apresaron a Escudero y sus hermanos en el fuerte de San Diego,

disparándoles a mansalva en un paraje cercano (Gill, 1953, p. 297; Taibo II y Vizacaíno, 1990, pp. 28, 82 y 83).

A iniciativa del PSM, del 25 de agosto al 4 de septiembre de 1919 se verificó el Primer Congreso Nacional Socialista, el cual advirtió que “la lucha de clases tiene que continuar y continuará hasta que el control y poder administrativos de la sociedad estén en manos de los trabajadores” (“Declaración de principios aceptados por el Primer Congreso Nacional Socialista, celebrado en México, del 25 de agosto al 4 de septiembre de 1919”, p. 47). Asistieron setenta delegados, algunos vinculados con los sindicatos, otros con núcleos socialistas, algunos desertores de guerra estadounidenses (llamados slackers) e internacionalistas, como el indio Narendra Nath Bhattacharya (alias Manabendra Nath Roy), director del órgano de prensa del PSM, El Socialista. Tras un arranque titubeante, fundándose y dividiéndose casi inmediatamente,[13] el PCM (nombre adoptado por el PSM en noviembre de 1919) comenzó una intensa y accidentada vida de 62 años (Carr, 1996, p. 41. Priestland, 2010, p. 242).

Antes y durante la primera Guerra Mundial, Nath Roy participó en una organización bengalí enemiga del imperialismo británico, por lo que realizó varios viajes a los Estados Unidos para abastecerse de armas. Asediado por los agentes británicos, huyó a México donde permaneció por dos años. Aquí conoció al enviado de la Komitern, Mijail Borodin, quien lo vinculó con la Internacional Comunista. Dentro de ésta, discutió intensamente con Lenin acerca de las revoluciones anticoloniales en la periferia capitalista y de las alianzas interclasistas indispensables para derrotar a los imperios. Tanto sus experiencias en la India y México, como los procesos en curso del sudeste asiático, le sirvieron para configurar su perspectiva (pp. 242 y 243).

Hacia el movimiento obrero, el PCM siguió la táctica del “frente único proletario” de la Tercera Internacional. Buscó acercarse al conjunto de la clase trabajadora tomando como punto de partida sus demandas básicas (empleo, salario, seguridad social, etcétera), y se alió con los anarquistas para formar en febrero de 1921 la Confederación General de Trabajadores (CGT), en cuya fundación participaron representantes de cincuenta organizaciones (“El frente único”, La Plebe, 9 de junio de 1922; Hart, 1980, p. 199; Taibo II, 1986, p. 113). Respecto del campesinado, el partido coadyuvó a organizarlos en la Liga Nacional Campesina (LNC) y, posteriormente, en la Confederación Sindical Unitaria de México (CSUM), demandando el reparto agrario integral. Los comunistas miraron positivamente la reelección de Álvaro Obregón, quedaron

pasmados ante el asesinato del caudillo sonorense y resolvieron enfrentar la rebelión escobarista, empeñados también en evitar que la contrarrevolución feudal ganara terreno. Algunas voces críticas llamaron a defender a la URSS admitiendo que

La Rusia soviética está lejos de ser el paraíso que algunos entusiastas, pero mal informados comunistas se empeñan en presentarnos; tampoco es el dantesco infierno que nos pintan con incomprensible ingenuidad los escritores alquilados del capitalismo y las agencias de información instrumento de los Estados burgueses… Es innegable, sin embargo, y ningún espíritu honrado puede negarlo, que los soviets han realizado una obra grandiosa, están realizando un esfuerzo gigantesco y son, pese a los fanáticos de cualquier ideología revolucionaria, el baluarte de las clases oprimidas del mundo entero… ("El baluarte ruso", La Batalla, 25 de junio de 1927).

Desde la década de los veinte, los artistas simpatizantes del comunismo acudieron al llamado gubernamental de instrumentar una estética dirigida al gran público. Algunos participaron en el Sindicato de Obreros Técnicos, Pintores y Escultores de México (1924), la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (1933) y el Taller de Gráfica Popular (1937). En el primero estuvieron Diego Rivera, José Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros y Xavier Guerrero, entre otros; en el Taller de Gráfica Popular (TGP) destacaron Leopoldo Méndez, Alfredo Zalce, Raúl Anguiano, Luis Arenal, José Chávez Morado, Francisco Dosamantes, Isidro Ocampo, Ángel Bracho, Xavier Guerrero y Pablo O'Higgins. Su producción gráfica adoptó una línea de combate y de propaganda que apoyaba a los sindicatos, difundía las huelgas, denostaba al fascismo y enaltecía los logros de la patria socialista. En el exterior, fueran los Estados Unidos o Europa del Este, el TGP alcanzó un gran reconocimiento y el patriarca del grupo, Leopoldo Méndez, fue premiado en 1952 por el Comité Mundial de la Paz (Lear, 2007, p. 109; Musacchio, 2007, p. 31).

Para mediados de 1929, el PCM se plegó al giro dictado por la Komintern adoptando la política de "clase contra clase" que, en Europa, rompió la alianza de los comunistas con la socialdemocracia facilitando el ascenso del fascismo. La "traducción" mexicana de esta línea sectaria condujo a los comunistas a

deslindarse de la “pequeña burguesía revolucionaria”, plantearse acabar con los todavía poderosos resabios coloniales y feudales, y cancelar cualquier acuerdo con el PNR, mientras el gobierno de Emilio Portes Gil respondió clausurando las oficinas del PCM y cerró las oficinas de El Machete, su órgano de prensa (Crespo, 2007, pp. 567 y 581). En sintonía con la purga de la oposición de izquierda encabezada por Trotsky, el PCM expulsó a Diego Rivera y al líder campesino Úrsulo Galván. Del pintor, la Komitern diría que lo expulsaron “como comunista pequeño burgués”, adscrito después “a la banda de la IV internacional”; al revolucionario ruso, los comunistas mexicanos lo calificarían de “provocador instrumento de los imperialismos contra la Unión Soviética y la Internacional Comunista (“Informe a la Komitern sobre las actividades de León Trotsky en México y de los trotskistas en América Latina (febrero de 1940)”, p. 357; El Machete, 10 de diciembre de 1932).

En poco más de un año, el partido pasó de apoyar la reelección de Obregón a oponerse al Estado revolucionario a fin de concluir las tareas democrático-burguesas todavía pendientes de acuerdo con el dictum del camarada Stalin. Para las elecciones presidenciales de 1929, la LNC y el PCM formaron el Bloque Unitario de Obreros y Campesinos (BOCN) lanzando al general Pedro Rodríguez Triana a la presidencia de la república, quien respondió en las urnas discretamente, con poco más de veinte mil votos. Como en la Revolución rusa, la plataforma electoral llamaba a sustituir el poder legislativo por asambleas de representantes obreros y campesinos, suprimir el gabinete presidencial, remplazar el poder judicial con consejos locales de justicia civil, disolver los latifundios y repartir la tierra entre los campesinos, establecer un salario mínimo de dos pesos diarios en todo el territorio nacional fijando un tope al de los funcionarios públicos y, por último, a armar a los campesinos (Peláez, 1984, p. 135; Martínez Verdugo, 1985, pp. 95 y 96).

El 23 de enero de 1930, el Estado mexicano rompió relaciones con la Unión Soviética siendo esa la gota que derramó el vaso. Perdida toda proporción, cada acción gubernamental obtenía la desaprobación inmediata del PCM. Pascual Ortiz Rubio, el nuevo presidente “impuesto por la burguesía mexicana y el imperialismo yanqui”; la Liga de las Naciones, a la que se adhirió México, un “instrumento del imperialismo” en contra de la URSS; la Ley Federal del Trabajo, “fascista”; Augusto César Sandino, un traidor “al movimiento revolucionario mundial desde que aceptó la ‘ayuda’ de Portes Gil”… nada más y nada menos que dos pistolas, cuatro mil cartuchos y dos mil pesos para gastos de viaje (El Machete, 25 de febrero de 1930; El Machete, 29 de mayo de 1930).

Aislado del movimiento popular y enfrentado a sus aliados potenciales, el PCM se internó en la oscura noche del clandestinaje (Márquez Fuentes y Rodríguez Araujo, 1973, p. 157).

La situación mundial mudó dramáticamente en la década de 1930 con la gran depresión y el arribo al poder del nacional-socialismo. Los costos de la política de "clase contra clase" habían sido altísimos para el movimiento comunista internacional y la Unión Soviética necesitaba aliados para contener al fascismo lejos de sus fronteras mientras el régimen estalinista purgaba a la vieja guardia bolchevique y provocaba la bancarrota agraria, la hambruna y la muerte de cuatro o cinco millones de campesinos con la colectivización forzosa. Al mismo tiempo, en México iniciaba la formación de los frentes populares conformados por comunistas, socialistas, nacionalistas y republicanos. Como en las novelas de George Orwell, los enemigos de antes eran los compañeros de ahora, y el PCM volvería a subirse al tren de la Revolución mexicana conducido por el general Lázaro Cárdenas. Recuperado de "la enfermedad infantil del izquierdismo", inauguraba en 1937 la línea de la "unidad a toda costa". Tantas maniobras "tácticas", empero, generaron confusión entre los comunistas, que sufrieron escisiones y vieron menguada aún más su presencia en el movimiento obrero. Lombardo, de plano, los veía divorciados no sólo de las masas, sino también de la realidad (Wilkie y Monzón Wilkie, 2004, p. 202).

A la vez que la Internacional Comunista impulsaba los "frentes populares" donde fuera posible, perseguía a Trotsky hasta el último rincón del planeta, de tal manera que los tentáculos estalinistas se extendieron hasta México. El líder de la oposición de izquierda inició en Tampico el 7 de enero de 1937 un exilio que se prolongaría por tres años y medio, y que sería segado por el atentado en Coyoacán el 20 de agosto de 1940 a manos del agente del Directorio Político Estatal (conocido como la GPU) Ramón Mercader, precedido por un intento de asesinato comandado por Siqueiros (Campa, 1985, p. 161; Gall, 1991, p. 305).

Si bien calificaban de reaccionario y agente del imperialismo a Trotsky, dentro de la dirección del PCM no todos aceptaron sin más ser comparsas del magnicidio, razón detrás de la expulsión del secretario general (Hernán Laborde) y Valentín Campa, según cuenta el líder ferrocarrilero en sus memorias:

Decidimos, pues, que era evidentemente un grave error el planteamiento de la eliminación de Trotsky. Expuesto este punto de vista, Laborde le expresó al delegado de la Tercera

Internacional nuestra decisión. Dicho representante lo amenazó; le dijo que se atuviera a las consecuencias derivadas de su actitud puesto que la indisciplina a la Tercera Internacional se pagaba muy caro. Laborde le expresó que nosotros actuábamos de acuerdo con nuestros principios y considerábamos incorrecta la idea de eliminar a Trotsky (p. 161).

La purga incluyó a otros militantes identificados con "el grupo enemigo de oportunistas y saboteadores, ligados con los peores enemigos de la clase obrera, los trotskistas" ("Sobre la expulsión de tres militantes del PCM, marzo de 1940", p. 499).

El movimiento ferrocarrilero de 1958-1959 lo encabezaron Demetrio Vallejo y Valentín Campa, ambos expulsados del PCM, si bien éste regresaría al partido en tanto que Vallejo se incorporaría al PMT. Con Arnoldo Martínez Verdugo como secretario general a partir de 1962, el PCM inició un proceso de reconstrucción después de los estragos dejados por el sectarismo y la pérdida de espacios dentro de la lucha social, de tal manera que en su XV Congreso (1967) se planteó el objetivo de la "revolución democrática, popular y antiimperialista" (Rodríguez Araujo, 1982, p. 99; Semo, 2013).

Revueltas, dos veces expulsado del PCM, fue quien lanzó la crítica más acerba en el Ensayo sobre un proletariado sin cabeza (1961), donde dictaminaba la inexistencia histórica del partido en la medida en que nunca pudo constituirse en la vanguardia política de la clase obrera para la toma del poder. Su denuncia de la inoperancia de éste como del autoritarismo de su dirección, finalmente provocó su segunda expulsión (la primera había ocurrido en 1943) (Revueltas, 1980, pp. 36 y 37), después de haber sido readmitido en 1956. Recuerda un joven de entonces:

En Ciudad Universitaria seguíamos el debate hasta donde nos era posible y atestiguamos la prepotencia: en las reuniones del comité del DF [del PCM], se exalta el pasado glorioso del partido y se acusa a Revueltas como golpista, faccionalista y entrista notorio… Al final, a Revueltas, Eduardo Lizalde y Enrique González Rojo los aplasta la burocracia… (Monsiváis, 2010, p. 43)

Después del corto tránsito por el Partido Obrero-Campesino Mexicano (POC), fundado por Carlos Sánchez Cárdenas en 1950, y varios meses en Cuba, el escritor duranguense formó la Liga Leninista Espartaco (LLE), en la cual iniciaron su militancia política algunos de los jóvenes del movimiento de 1968.

El verticalismo, la ausencia de autocrítica y la débil implantación social brindaron al PCM escasas herramientas para intervenir en el movimiento estudiantil de 1968. De hecho, la cautela del partido hacia la revuelta universitaria descobijó a los miembros de la Juventud Comunista, quienes fueron bastante participativos en la formulación del pliego petitorio de los estudiantes. Desencantados, algunos de ellos optarían por la lucha armada que comenzó a extenderse después del malhadado ataque al cuartel militar de Madera. Por si no fuera suficiente, en las jornadas juveniles la Nueva Izquierda entró a la puja por el espacio político del comunismo quitándole al PCM el virtual monopolio que tenía sobre esta corriente. Desbordado por la izquierda, el XVI Congreso del PCM (1973) postuló la "revolución democrática y socialista", consciente además de que "'la democratización de la vida política nacional se alcanzaría hasta después de construido un poder estatal revolucionario'" (Condés, 1990, p. 39)).

El régimen autoritario instaurado por la Revolución mexicana ofreció un estrecho margen político a la oposición de izquierda. No obstante, después de lustros de persecución, los setenta le ofrecieron la coyuntura propicia para participar en la competencia política. Reacia en principio para intervenir en la política parlamentaria, suponiendo que ésta la desviaría de la lucha social, el grueso de la izquierda partidaria decidió finalmente hacerlo: unos por táctica, otros por estrategia, todos por necesidad. También el régimen veía la utilidad de soltar, así fuera un poco, el juego político, por lo que ofreció la "apertura democrática" al conjunto de las fuerzas políticas, justo en el momento en que las guerrillas rural (Partido de los Pobres o PDLP) y urbana (Liga Comunista 23 de Septiembre) cobraban mayor virulencia en el sur y el occidente del país, a la vez que el PRI perdía la mayoría absoluta en la ciudad de México, como confirmaron las elecciones intermedias de 1973. Después del giro izquierdista de ese año, el XVII Congreso del PCM (1975) decidió presentar a Valentín Campa a la elección presidencial de 1976, aunque el partido carecía de registro legal; se estima que la votación en su favor alcanzó cerca del millón de sufragios (p. 86).

Aceptada la importancia de participar en los procesos electorales, la discusión en la familia comunista consistió en determinar si éstos eran suficientes para transformar al país. A comienzo de los ochenta, el debate confrontó en el PCM a

los llamados renovadores con los dinosaurios. Los “renos”, encabezados por Enrique Semo y con su base en el Distrito Federal y Puebla, defendieron la definición leninista del partido bajo la consideración de que “la vía parlamentaria aparece como un recurso táctico importante, pero no como el terreno propicio para la elaboración de una estrategia global”; los “dinos”, asentados en la dirección de la organización y con un apoyo más extendido en el país, se pronunciaron por “el poder democrático obrero”, abandonando el dogma de la dictadura del proletariado y aproximándose a las recientes definiciones realizadas por el eurocomunismo. Obviamente la línea de los “dinos” ponderaba la estrategia reformista por encima de la revolucionaria. Esta era la perspectiva de Roger Bartra, quien estaba cierto que las tradiciones democráticas de la izquierda eran precarias, “en la derecha son casi inexistentes”, y “el liberalismo mexicano desconoce casi completamente lo que significa la democracia”, así como que “el modelo soviético, el modelo chino, el modelo eurocomunista o el modelo socialdemócrata no nos ofrecen ya ninguna alternativa viable” (Semo, 1988, p. 84; Bartra, 1982, pp. 91 y 285).

LA NUEVA IZQUIERDA

1968 representó un parteaguas para la izquierda por varios motivos: la invasión de las tropas soviéticas a Checoslovaquia exhibió la imposibilidad del “socialismo realmente existente” para democratizarse; el movimiento estudiantil colocó en el centro del debate público los temas de los derechos civiles y la democracia; la expectativa del cambio permeó en una generación que había sido beneficiaria del milagro mexicano, pero que ya no estaba satisfecha con el pacto social y el régimen autoritario emanado de la Revolución mexicana. El gurú intelectual de estos jóvenes fue Revueltas, el pensador bisagra entre el socialismo a la soviética y las corrientes renovadoras que fluían desde Europa occidental.

En buena medida, la Nueva Izquierda fue resultado de las jornadas de 1968 y surgió pulverizada en minúsculas organizaciones partidarias. En la maraña de las siglas, podemos distinguir el trotskismo y el maoísmo como las corrientes principales. Si bien existen antecedentes como el Partido Obrero Revolucionario (POR), fundado en 1959, y la Liga Obrera Marxista (LOM), de 1960, el

trotskismo renació en septiembre de 1968 con la fundación del Grupo Comunista Internacionalista (GCI) (Ortega y Solís de Alba, 2012, p. 19). Desde su celda en Lecumberri, Revueltas convocó a los miembros de la Cuarta Internacional a conducir

una acción internacional del proletariado y masas populares de todos los países, bajo la dirección de una conciencia organizada a escala mundial, o sea, a partir de la creación de un partido mundial proletario o internacionalista en el que se integren, junto a los viejos cuadros de luchadores trotskistas, las nuevas corrientes marxistas-leninistas independientes (Revueltas, 1979, p. 207).

El GCI participó sobre todo en la política universitaria e intervino en el debate de la izquierda a través de La Internacional, Perspectiva y Bandera Roja. Y, como el mal endémico del trotskismo, capaz de dividirse por consideraciones insólitas, sufrió varias escisiones. Finalmente, en septiembre de 1976 se reunificaron las distintas tendencias para formar el PRT. El partido se concibió como la alternativa revolucionaria al comunismo oficial, comportándose siempre como una fuerza independiente dentro del conjunto de la izquierda, lo que no le impidió realizar alianzas con otros grupos dentro del movimiento popular o en los sindicatos. En 1982, el PRT postuló a la defensora de los derechos humanos Rosario Ibarra de Piedra a la presidencia de la república, presentándola como alternativa dentro del campo de la izquierda al candidato del PSUM, Arnoldo Martínez Verdugo. La combativa y vigorosa campaña de Ibarra de Piedra permitió al PRT lograra el registro definitivo como partido político nacional y drenó la votación en favor del hábil político, pero poco carismático Martínez Verdugo (Rodríguez Araujo, 1982, pp. 206 y siguientes; Carr, 1996, p. 296). Con menos éxito, el PRT repitió la fórmula en las elecciones intermedias de 1985, logrando no obstante disponer de una fracción parlamentaria en la cámara de diputados de la que formó parte Ibarra de Piedra, quien, junto con Cuahutémoc Cárdenas (Frente Democrático Nacional o FDN) y Manuel J. Clouthier (PAN), intentaron infructuosamente revertir el fraude en la elección presidencial de 1988.

El PRT demandaba la escala móvil de salarios, la defensa de los contratos colectivos de trabajo, una reforma agraria radical, una ley inquilinaria, la estatización del transporte público, la defensa del medio ambiente, un sistema de

salud universal, la educación para todos en todos los niveles, la reducción de los gastos militares, el pleno ejercicio del derecho de huelga, la garantía de las libertades políticas, la libertad incondicional de los presos políticos y la presentación con vida de los desaparecidos, los plenos derechos a las mujeres, la libertad sexual para las minorías, la suspensión del pago de la deuda externa, una reforma fiscal donde el capital fuera quien pagara los impuestos, la reafirmación de la estatización de la banca y la formación de una banca popular. En cuanto al reconocimiento de los derechos indígenas al autogobierno, la tierra y la identidad cultural la plataforma perretista de 1985 detallaba:

Los explotados de nuestro país, y el proletariado consciente en primer lugar, se relacionan con las comunidades indígenas desde una triple perspectiva. Reconociendo en primer lugar su carácter de explotados y estableciendo por tanto una alianza con ellos. Reconociendo su carácter de oprimidos políticamente por el régimen despótico que oprime a toda la sociedad, estableciendo por tanto una alianza por la defensa de las libertades democráticas. Y, en tercer lugar —y esto es fundamental—, reconociendo el carácter específico que reviste la opresión que sufren la mayoría de los indígenas de nuestro país respecto del uso de su lengua, su cultura y sus formas de gobierno (“Plataforma electoral del PRT”, p. 15).

El PRT decidió no sumarse a la iniciativa unitaria del PSUM y PMT para crear el PMS, que selló la alianza de la izquierda comunista con la nacionalista independiente, bajo la consideración de que “sería un error gravísimo el incorporarse a la unidad orgánica como corriente en un partido en el que predomina una política reformista” (“Hacia un partido revolucionario de masas”, p. 21). Entrampada en su purismo doctrinario, la corriente mayoritaria del PRT no vislumbró siquiera que la marea neocardenista acabaría ahogándolo. Pertrechado con la tesis de la “revolución interrumpida”, según la cual la Revolución mexicana podría reactivarse, un segmento del PRT, quien tomó prestado el nombre de Movimiento al Sindicalismo (MAS) de otros grupos latinoamericanos, se sumó al FDN. En las elecciones intermedias de 1991, donde retrocedió considerablemente toda la izquierda, la formación trotskista perdió su registro.

La disidencia con respecto del comunismo soviético también la abanderó el maoísmo. Ya en el seno de la LLE se había discutido la herejía china, pero fue Política Popular quien dio contenido al maoísmo nacional. Cuenta el ideólogo de esta organización que

a los pocos días del 2 de octubre, los integrantes —profesores y estudiantes— de la Coalición de Brigadas Emiliano Zapata (de la UNAM y del Politécnico) que no habían sido encarcelados o muertos nos reunimos para analizar la decisión a tomar. Como resultado de la discusión, escribieron un documento —"Hacia una Política Popular"— Adolfo Orive, Alberto Anaya, Hugo Andrés Araujo y varios otros compañeros; documento que se volvería la línea política e ideológica de miles de luchadores sociales y, a partir de 1990, de la declaración de principios del Partido del Trabajo (Orive, 2010, p. 42).

Un rasgo característico de Política Popular (PP) fue orientar a las comunidades rurales y urbanas en el desarrollo de proyectos productivos, dejando en un segundo plano el obrerismo que caracterizó a las formaciones comunistas. También, a diferencia de éstas, buscó superar el elitismo que colocaba por encima de las "masas" a la vanguardia proletaria (los cuadros partidarios). Colonos, ejidatarios e indígenas, pero también mineros y trabajadores universitarios, fueron los destinatarios de un discurso político centrado en la autorganización de las masas para demandar tierras, servicios y títulos de propiedad. Este papel de gestores familiarizó a los militantes maoístas con las instancias gubernamentales encargadas en última instancia de resolver los problemas, lo que con el tiempo permitiría que a través de sus propias redes en el movimiento popular fluyera la política social del Estado. Otro aspecto distintivo de PP fue mirar hacia el interior del país, extendiendo sus prácticas autogestivas desde las minas de Monclova y los ejidos del Valle del Yaqui hasta las comunidades indígenas chiapanecas. Algunos segmentos del PP, fusionados con otros núcleos maoístas, sindicalistas de la UNAM y grupos estudiantiles del norte del país, formarían la Organización de Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas (OIR-LM) en 1982 (Barbosa, 1984, pp. 120 y siguientes; Orive, 2010, pp. 19-21; Anguiano, 1997 pp. 41 y siguientes; Modonesi, 2003, pp. 59 y 60). Finalmente, un contingente del maoísmo iría al PRD y otro al PT.

COMUNISTAS Y NACIONALISTAS

Como ninguna en Latinoamérica, la izquierda socialista mexicana enfrentó la paradoja de postular la revolución cuando su principal adversario, el PNR-PRM-PRI, reclamaba con razón su origen revolucionario y, más todavía, tenía el control corporativo de la clase trabajadora y del campesinado. Tanto el objeto como el sujeto de la transformación social estaban en sus manos, y la izquierda tenía que conformarse con ganar al régimen autoritario un lugar en la sociedad política o con quedarse con los "compañeros de viaje" que el partido hegemónico desechaba en sus mudanzas ideológicas. A veces ilusoria, en ocasiones factible, la alianza con el ala "progresista" del PRI siempre estuvo en el horizonte de un contingente importante de la izquierda, que iba desde el lombardismo hasta el PCM.

Las izquierdas dieron pasos firmes hacia la unidad: primero con la formación del PSUM en 1981, el cual agrupó al grueso del arco socialista, esfuerzo al que no se sumaron los trotskistas; y, seis años después, con la fusión de los socialistas con la izquierda nacionalista, dando lugar al PMS en 1987. Según los críticos de la unidad a toda costa, los intereses de los aparatos partidarios fueron los que se impusieron, pasando a segundo término los de la militancia y las diferencias ideológicas; según otros, el proyecto de la izquierda socialista tocó fondo con la implosión del socialismo del Este. Para Enrique Semo el "réquiem por las viejas izquierdas" había sonado (Anguiano, 1991, pp. 59 y siguientes; Modonesi, 2003, p. 148; Semo, 2003, p. 65).

Entre las corrientes nacionalistas independientes, el Movimiento de Acción Popular (MAP) y el PMT fueron las más relevantes. Al primero, lo conformaron en 1981 un grupo de intelectuales destacados que rodeaban a Rafael Galván, líder de la Tendencia Democrática del Sindicato Único de Trabajadores Electricistas de México (SUTERM), vinculados también con el sindicalismo universitario. De la gesta electricista recuerda Rolando Cordera:

el valor de esa lucha, así como las lecciones de los varios proyectos de organización popular que animó, como el Frente Nacional de Acción Popular o el Movimiento Sindical Revolucionario, viven en

la memoria de muchos quienes soñamos con ellos en un cambio democrático profundo, fruto de la movilización de las masas trabajadoras. Esta era, insistían, la única garantía de reivindicación de un Estado al que había que defender —solía decir Galván— contra sus propios gobernantes (Rolando Cordera, "De ayer a hoy: actualidad y memoria de Rafael Galván", La Jornada, 23 de julio de 2010).

Dentro del horizonte ideológico de la Revolución mexicana, el MAP delineó un proyecto "nacional-popular" compuesto por obreros, campesinos, indígenas, pequeños y medianos empresarios, y un segmento del Estado, cuyo propósito consistía en reducir la desigualdad social, además de la marginalidad rural y urbana. La organización planteaba también recuperar la autosuficiencia alimentaria, desarrollar una industria propia de bienes de capital, que insertara al país en la globalización bajo un modelo de desarrollo regido por un Estado con una base social de masas organizadas democráticamente. Uno de sus intelectuales más agudos elaboró la agenda de la izquierda de los ochenta, que consistía en formular un proyecto alternativo y viable de nación:

Un proyecto nacional no puede ser la simple suma de reivindicaciones y demandas sectoriales; debe estar articulado por una visión global distinta de la nación que se puede construir en México. Esto supone una transformación profunda de las relaciones entre Estado y sociedad, no para deteriorar la fortaleza del Estado mexicano… sino para recuperar la autonomía de las instituciones populares, conferirle capacidad de iniciativa al polo dominado de la sociedad civil y democratizar la gestión pública (Pereyra, 1990, p. 225).

En lo que la perspectiva del MAP se alejaba del ideario de la Revolución mexicana era en su compromiso explícito con la democracia aproximándose, tanto por ello como por sus vínculos con el sindicalismo, a la tradición socialdemócrata. Acaso por esa consideración, a unos cuantos meses de su fundación, el MAP aceptó incorporarse al PSUM, acompañando al PCM, Partodo del Pueblo Mexicano (PPM), Movimiento de Acción y Unidad Socialista (MAUS) y al Partido Socialista Revolucionario o PSR (Carr, 1996, p.

290 y 291).

Dijimos ya que Heberto Castillo participó en el MLN, frente nacionalista encabezado por el general Cárdenas para rescatar el contenido popular de la Revolución mexicana en un momento en que el régimen de López Mateos mostraba un sesgo represivo, a juzgar por el trato a los ferrocarrileros. Y, al mismo tiempo, aquella iniciativa política buscaba combatir el aislamiento al que Estados Unidos condenó a la Revolución cubana: una suerte de internacionalismo basado no en la presunción del carácter mundial de la revolución, sino en la defensa de la soberanía nacional y la autodeterminación de los Estados. Un lustro después, al entonces joven profesor universitario las jornadas de 1968 le costaron dos años en Lecumberri.

En septiembre de 1971, fresca aún la matanza del Jueves de Corpus, Heberto Castillo, Octavio Paz, Carlos Fuentes, Luis Villoro y Demetrio Vallejo, entre otras figuras de primer orden, convocaron públicamente "'a todos los mexicanos que desean una verdadera democracia en el país'" a formar un "'organismo, movimiento o partido'" (citado por Rodríguez Araujo, 1982 p. 179). La gestación de la nueva entidad política tardó tres años y en el camino sufrió varias escisiones. Tal vez la más importante fue la del grupo encabezado por el impresentable Rafael Aguilar Talamantes que acabó creando el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), y la pérdida del entusiasmo de los intelectuales. Fuentes, quien redactó aquella convocatoria, terminó por pedir un apoyo crítico para Echeverría buscando "impedir un golpe de la extrema derecha"; (1972, p. 9).

La expansión de la violencia política también tuvo que ver con la mudanza de la situación. En un secuestro fallido, el 17 de septiembre de 1973 un comando de la Liga Comunista 23 de Septiembre liquidó al empresario neolonés Eugenio Garza Sada. Paz denunció "las actitudes ambiguas que ha provocado y provoca [el terrorismo] entre los intelectuales de izquierda"; Heberto Castillo condenó el asesinato del capitán de la industria regiomontana y el terrorismo subrayando "que la lucha revolucionaria no se da al margen de los trabajadores y que no se está del lado de los obreros, sino en su contra, cuando se habla y actúa en su nombre pero sin su consentimiento"; y Luis Villoro recordó que "la clase empresarial ha sido el producto de los desvelos del Estado mexicano desde 1940", pero "ahora amenaza iracunda al Estado que la prohijó", y esto lo hace por temor a una "democracia real", que permitiera el "pluralismo ideológico", y en la cual los movimientos populares y organizaciones pudieran organizarse libre

y autónomamente. La fuerza únicamente servía de pretexto a la iniciativa privada “para exigir un gobierno represivo”, pues el temor real de ésta era la democracia (Paz, 1994, p. 498; Heberto Castillo, “Contra la escalada militar”, Excélsior, 20 de septiembre de 1973; Luis Villoro, “El miedo a la democracia”, Excélsior, 29 de septiembre de 197).

Finalmente, en septiembre de 1974 se fundó el PMT, quedado Castillo como presidente, al lado de Vallejo (secretario de organización), y en las distintas carteras Luis Tomás Cabeza de Vaca (relaciones campesinas), Juan Ignacio Ibáñez (trabajo y conflictos), Javier Santiago (relaciones juveniles), además de otros. Para el afamado ingeniero civil, el PMT debería ser un partido de masas dentro del cual

La tarea de la vanguardia es impulsar el nivel de conciencia de las mayorías, no suplantarlas; promover modos eficientes de organización democrática, no convertirse en oligarcas; discutir pacientemente con los trabajadores de buena voluntad —evitando a los provocadores— no imponerles dogmas; luchar, en pocas palabras, al lado del pueblo no encaramarse soberbiamente sobre sus espaldas (Castillo y Paoli, 1975, p. 144).

El PMT intervino en la discusión del proyecto unitario de la izquierda que daría lugar al PSUM, pero acabó desligándose de aquél por diferencias políticas en torno a si el partido debería privilegiar el movimiento social o colocar en el plano central la lucha electoral, siendo la primera al parecer la postura defendida por el PMT. De hecho, cuando su fundación, éste consideró a la libertad política como la condición de posibilidad no sólo de la democracia, sino de la emancipación de los trabajadores (Carr, 1996, p. 292; Castillo y Paoli, 1975, pp. 144 y 145).

Aunque menos explícito, puede ser que también existiera dentro del PMT el temor de diluirse en una organización que difícilmente obedecería al liderazgo más bien personalista de Heberto Castillo. En 1984, el partido obtuvo su registro condicionado, y a pesar de las seis curules con las que se quedó en las elecciones intermedias del siguiente año, no fue capaz de refrendarlo. Pero ni el PSUM lograba captar a una porción mayor del electorado, no obstante que había abandonado su denominación de origen, ni tampoco el PMT expandía su presencia nacional, si bien gozaba de la aparente ventaja otorgada por el perfil

nacionalista, su identificación con el imaginario republicano y la renuncia explícita al marxismo (Modonesi, 2003, p. 50). De esta forma, cuando se reabrió la discusión acerca de la unificación de la izquierda, ambos institutos políticos tuvieron que armonizar los rituales históricos de ambas tradiciones políticas. Como en los murales de Siqueiros, Zapata y Lenin formarían parte de la misma narrativa política.

El PMS completó la fusión de la rama principal del comunismo mexicano con las corrientes nacionalistas independientes fraguadas dentro de la propia izquierda. Como aliados menores se incorporaron el Partido Popular Revolucionario (PPR, antes Corriente Socialista), la Unión de la Izquierda Comunista (UIC) y el Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP), quedando al margen el PRT, para quien resultaba inaceptable fundirse con el reformismo, al cual sólo acompañaba en alianzas tácticas en los frentes de masas o en los movimientos sociales. Quizá la negociación entre el PSUM y el PMT, que culminó con la fundación en 1987 del PMS, incluyó la postulación de Heberto Castillo como candidato a la presidencia en 1988. Un mes antes de la jornada electoral, el ingeniero declinó su candidatura pues, como veremos más adelante, la disputa interna del PRI modificó radicalmente el panorama del 6 de julio.

5. La guerrilla (1965-)

La izquierda ha tenido una actitud ambigua hacia la violencia política, ya que si bien es la corriente ideológica más castigada por ésta, también es cierto que un segmento de ella recurrió a la fuerza, así fuera en defensa propia. Cuando acontecieron, los brotes armados ocurrieron en respuesta a la represión crónica en el mundo agrario ejercida por caciques, guardias blancas y el Estado, o ante la certeza de que éste no tenía la intención de cumplir las promesas, respetar los pactos o salvaguardar la vida de los líderes sociales.

Se le repudie, comprenda o justifique, la violencia recorrió México durante el siglo pasado. En aquel conjunto de acontecimientos fundadores del nuevo Estado, de hecho, desde la Revolución mexicana la violencia no cesó en el campo. Agraristas, cristeros, cedillistas, sinarquistas, henriquistas, cabañistas, neozapatistas y eperristas se rebelaron siendo contenidos, cooptados o liquidados por el régimen que fundaba su legitimidad en una revolución hecha en nombre de las masas populares, a las que no dudó en reprimir cuando se sintió amenazado.

Las motivaciones de los grupos rebeldes fueron de índole diversa, si bien no pocos reivindicaron el reparto agrario, la autonomía comunitaria, la autodefensa ante las agresiones reiteradas de los caciques y fuerzas del orden, o plantearon objetivos revolucionarios, con las obvias excepciones de cristeros y sinarquistas. En cualquier forma, el núcleo de sus demandas se concentró en la justicia y el derecho a la rebelión frente a una situación considerada inaceptable (incluida la represión y la violencia en distintos grados) y habiéndose agotado las instancias civiles de negociación. Desde Rubén Jaramillo, en Morelos, hasta el subcomandante Marcos, en Chiapas, las rebeliones de los subalternos del campo han seguido esa mecánica que comienza con la violencia de los grupos dominantes y secunda el Estado a nivel local o federal, continúa en la resistencia (primero civil y después armada) y concluye en la insurrección, esto es, se consuma la ruptura de lo que ha llamado Barrington Moore el “pacto social implícito”, que une a los gobernados con los que gobiernan, provocando que la parte agraviada “se oponga a la ejecución de su tarea” (Moore, 1989, p. 32).

Distinto fue el caso de la guerrilla urbana, expresión política de una juventud

instruida y radicalizada, inconforme sí con el statu quo representado por el régimen autoritario y el capitalismo dependiente, pero también con la pasividad o franca sumisión de las organizaciones obreras y campesinas al sistema corporativo del priato. En su afán por activarlas, aquélla incurrió en lo que Carlos Pereyra llamó la "violencia aventurera", caracterizada por la tentativa de sustituir a los actores sociales por una vanguardia armada, a la movilización popular por una estrategia militarista (Pereyra, 1974, p. 38) y, en sus versiones más pueriles, a la clase obrera con un "proletariado estudiantil" que intervendría en su nombre. Comparando los métodos de acción de las guerrillas, Hobsbawm concluye:

Las operaciones guerrilleras urbanas son más fáciles de realizar, puesto que no se necesita contar con la solidaridad o connivencia de las masas, sino que pueden aprovechar el anonimato de la gran ciudad, el poder adquisitivo del dinero y la existencia de un mínimo de simpatizantes, en su mayoría de clases medias. A esas "guerrillas urbanas" o grupos "terroristas" les era más fácil llevar a cabo golpes de gran repercusión publicitaria y asesinatos espectaculares…, por no hablar de los atracos, que iniciar la revolución en sus países (1995, p. 440).

MADERA

Los llamados Federacionistas Leales decidieron tomar el zócalo de la ciudad de México en las fiestas patrias de 1961 y "'arrojar bombas' contra 'altos funcionarios'" para, en un movimiento coordinado en el que se tomarían varias presidencias municipales y se volaría la hidroeléctrica de Necaxa, desatar una reacción en cadena que colapsaría al gobierno federal (citado por Servín, 2008, p. 330). Sin embargo, seis días antes de la fecha fatal del levantamiento, las fuerzas del orden catearon en Mixcoac la casa del general Celestino Gasca, quien al lado de otros presuntos conspiradores (entre ellos el candidato independiente a la gubernatura de San Luis Potosí, Salvador Nava Martínez), fue remitido al campo militar número 1, indicio de que la cosa iba en serio. En el operativo conjunto de policías y militares, asienta el reporte oficial, encontraron

propaganda subversiva de la Federación de Partidos del Pueblo Mexicano (FPPM) y manuales guerrilleros obra del mismo Gasca y del Che Guevara. La grotesca asonada significó no sólo el eclipse del henriquismo, sino de los movimientos armados que reclamaban hacer efectiva la Revolución mexicana. En adelante, aunque mantuvieron su misma base agraria, la interacción con estudiantes e intelectuales urbanos coadyuvó a que el objetivo socialista ordenara su acción política. No obstante, hubo varios brotes armados en el país (Puebla, Veracruz, Chiapas, Guerrero, Oaxaca, Estado de México y Coahuila) exigiendo el reparto agrario, con la variante sinarquista que demandaba la propiedad plena y no el simple usufructo del ejido cardenista. El Time calculó un saldo aproximado de cien muertos, doscientos heridos y mil detenidos.

Sin la buena fortuna de Gasca, quien fue exonerado por falta de pruebas, el ex capitán zapatista Rubén Jaramillo Méndez (1900-1962), ligado en algún momento también al henriquismo, y su familia, fueron ultimados por "desconocidos" en Morelos el 23 de mayo de 1962. Salvo contados medios, entre ellos Política, que sugirieron la responsabilidad oficial, la prensa trató al líder agrario como "'un delincuente contumaz que asesinaba, asaltaba y robaba… que extorsionaba y sometía a su capricho a los ricos y a los pobres de la región que asoló'", según reportó Excélsior. Algunos intelectuales, sin embargo, acudieron a Morelos a entrevistarse con campesinos afines a Jaramillo (citado por Castellanos, 2007, p. 60).

Fue la Revolución cubana la que llevó a replantear a la izquierda latinoamericana el tema de la vía armada, aunque en Centroamérica desde la década de 1930 (Nicaragua, El Salvador) y en los cincuenta (Guatemala) se había adoptado ésta a fin de derrocar a las dictaduras militares auspiciadas por los Estados Unidos. Sin medias tintas, la declaración final de la Primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), celebrada en La Habana del 31 de julio al 10 de agosto de 1967, proclamó "'que la lucha revolucionaria armada constituye la línea fundamental de la revolución en América Latina'" (punto 5), subordinando las restantes formas de acción política a ésta, para "'servir y no retrasar la línea fundamental'" (punto 6), y designando además a la guerrilla, "'embrión de los ejércitos de liberación'", como "'el método más eficaz para iniciar y desarrollar la lucha revolucionaria en la mayoría de nuestros países'" (punto 10). La evidencia incontrovertible de la experiencia cubana, consideraba Ernesto Che Guevara, era "que un grupo pequeño de hombres decididos, apoyados por el pueblo y sin miedo a morir si fuera necesario puede llegar a imponerse a un ejército regular disciplinado y

derrotarlo definitivamente” (citado por Löwy, 1982, p. 295 y por Condés, 2009, III, p. 130). Los partidos comunistas latinoamericanos, incluido el PCM, no suscribieron estos acuerdos, pero tampoco quedaron exentos de que algunos de sus cuadros juveniles engrosaran las filas guerrilleras.

Hacia 1964, en los medios universitarios que comenzaron a masificarse, circulaban algunos escritos del Che Guevara, y la primera y segunda Declaración de La Habana, de Fidel Castro. En ese mismo año también, el colaborador de Política y Siempre!, el periodista de origen español Víctor Rico Galán, quien había participado en el MLN, se sumó al recién fundado MRP, de Raúl Ugalde Álvarez. Rico Galán, “niño de Morelia” curtido en los movimientos ferrocarrilero y magisterial de 1959, era amigo personal de Fidel Castro y el Che Guevara, dedicando varios artículos a la Cuba revolucionaria (Orozco, 2008, p. 342; Condés, 2009, III; p. 174). También partidaria de la Revolución cubana, la LCE no consideraba posible un tránsito pacífico al socialismo, dado que “‘a la violencia armada de la burguesía, el proletariado y sus aliados tendrán que responder con la violencia armada’” (citado por Fernández Christlieb, 1978, p. 143).

El 16 o acaso el 17 de septiembre de 1965, veinte personas armadas reunidas en una casa del barrio del Santo Niño en Chihuahua, asumieron que “la hora de los hornos” había llegado a nuestro país. Algunos procedían del PPS, con el que rompieron por la colaboración de Vicente Lombardo Toledano con el régimen a través de la línea del “frente nacional democrático”, por su apoyo incondicional a la candidatura presidencial de Gustavo Díaz Ordaz y el asesinato de un cuadro campesino de la Unión General de Obreros y Campesinos de México (UGOCEM), organización de masas del PPS. Durante un acto de campaña de Díaz Ordaz en Ciudad Juárez le llovieron huevos podridos, y en la capital estatal hubo connatos de violencia y un templete incendiado… además de detenciones. La claudicante política del lombardismo y la decepción que causó en las diezmadas filas del MLN el apoyo de Lázaro Cárdenas al candidato priísta, hizo voltear a los estudiantes y parte de la militancia local del PPS hacia “‘la línea de Gámiz’”, en referencia al joven profesor Arturo Gámiz García, cabeza del Grupo Popular Guerrillero (GPG), que comenzó a operar en la sierra chihuahuense desde 1964 (citado por Orozco, 2008, pp. 338 y 349; “Pide la legislatura de Chihuahua más protección federal a su estado”, Excélsior, 27 de septiembre de 1965).

El movimiento campesino radical y pequeñas organizaciones políticas

independientes, promovieron los llamados "'Encuentros en la Sierra'" en Durango y Chihuahua. El primero se llevó a cabo en octubre de 1963 y asistieron doscientos delegados de cinco estados, decidiendo por mayoría continuar con la toma de tierras como estrategia fundamental. Enterado de la reunión, el gobierno estatal ordenó la aprehensión de Gámiz y otros dirigentes. Tras su excarcelación, el profesor normalista se internó en la clandestinidad haciéndose llamar "Ernesto", en obvia alusión al comandante argentino-cubano (Montemayor, 2010, p. 64).

El segundo encuentro, de febrero de 1965, determinó que la revolución socialista constituía la ruta hacia la emancipación de las clases trabajadoras de una sociedad basada "en la injusticia, la desigualdad y la opresión". Paradigma de la decadente civilización capitalista eran los Estados Unidos, donde

Casos como los de Marilyn Monroe son ilustrativos. La juventud norteamericana no encuentra su sitio en la sociedad, no le haya sentido a la vida, no sabe qué hacer, se aburre, el tedio invade su existencia y se fuga de la realidad que nada atractivo le ofrece, para buscar las emociones fuertes, para aprovechar la vida vasía [sic], sin objetivos superiores… Los grandes suburbios de ciudades como Nueva York por ejemplo, son verdaderas antesalas del infierno donde se practican todos los vicios y todas las inmoralidades habidas y por haber (CEDEMA, Segundo Encuentro en la Sierra "Heraclio Bernal", "Resoluciones 1: el imperialismo", 1965).

Las antiguas colonias y los modernos países semicoloniales abastecían de materias primas a la industria de las potencias centrales y alimentaban su degradado apetito. Al mismo tiempo, las burguesías nacionales se habían plegado a los centros capitalistas, fracasando como clases dirigentes de sus respectivos Estados. Únicamente la lucha armada acabaría con esta subordinación, permitiendo al mismo tiempo resolver los problemas del pueblo: al campesino una parcela de tierra productiva; al obrero, un empleo digno; a niños y jóvenes, educación. Tema este último de gran relevancia para un movimiento en el que participaban profesores normalistas. Concluía el documento con un exhorto a tomar las armas, anunciando que ya no habría "marcha atrás en el camino de la revolución". "Vencer o morir": no había de otra

("Resoluciones 5: El único camino a seguir. Las condiciones subjetivas).

La madrugada del 23 de septiembre, buscando una presentación pública espectacular, hacerse del arsenal y escarmentar al ejército por el maltrato a los campesinos, Gámiz y siete de sus compañeros virtualmente se inmolaron en el desafortunado asalto al cuartel de Madera, donde también perdieron la vida seis de los ciento veinticinco militares de la guarnición. La impericia y la crecida de los ríos por las lluvias impidieron llegar a tiempo al segundo contingente guerrillero, que traía el grueso del armamento, por lo que los trece atacantes (del total de treinta y uno previstos), mal pertrechado además, nunca controlaron la situación pese al desconcierto de los soldados por el sorpresivo asalto, batiéndolos con relativa facilidad. Aunque heridos algunos, cinco rebeldes lograron huir (Castellanos, 2007, p. 82).

Este era el primer eslabón de la estrategia para montar un foco guerrillero en la Sierra Madre Occidental, repitiendo casi a la letra la secuencia de la Revolución cubana.[14] El paralelo y las notas de la prensa internacional, obligaron al inefable secretario de Gobernación, Luis Echeverría Álvarez, a desmentir "categóricamente las versiones propaladas en el extranjero de que México es base de actividades subversivas e infiltraciones extremistas en Iberoamérica". Con un "querían tierra, pues denles tierra hasta que se harten" rubricó el general Práxedes Giner Durán, gobernador de la entidad, la orden de sepultar a los guerrilleros en la fosa común del cementerio municipal de Madera, en tanto que la administración federal amenazó con hacer caer todo el peso de la ley, esto es, aplicar el artículo 134 del Código Penal Federal, "a quienes cometan el delito de rebelión o a los que voluntariamente proporcionen ayuda a los delincuentes" ("De aquí no parten agentes subversivos", Excélsior, 29 de septiembre de 1965; Montemayor, 2003, p. 72; "Severas medidas toman en Chihuahua", Excélsior, 28 de septiembre de 1965).

Rico Galán hizo la crónica del entierro, mientras el oficialista Excélsior no pasó de glosar el boletín de la secretaría de Defensa sin aportar elemento alguno que permitiera a los lectores comprender lo sucedido: los denominó "partida de depredadores", "forajidos", "gavilla", "grupo de asaltantes". A los dos días, el periódico reprodujo un comunicado de la Federación Mexicana de Organizaciones Agrícolas (FEDEMOA) que veía en el acontecimiento la respuesta al combate frontal del Estado mexicano al cultivo de estupefacientes (goma de amapola). De hecho, durante una década, la prensa escrita no reconoció la existencia de la guerrilla ("Tranquilidad en Madera, Chihuahua",

Excélsior, 25 de noviembre de 1965; “Rechaza el ejército el ataque de unos forajidos”, Excélsior, 24 de septiembre de 1965; “Cultivadores de amapola provocaron los hechos sangrientos en Madera”, Excélsior, 26 de septiembre de 1965; Gamiño, 2011, p. 57).

El Movimiento 23 de Septiembre, desarticulado en enero de 1967 por los organismos de seguridad, reagrupó a parte del GPG y trató de extender la lucha guerrillera a otras regiones del país. Otro segmento se recompuso bajo el mando de Óscar González Eguiarte, compañero de Gámiz en el PPS, dándose a conocer en ese año con el “ajusticiamiento” de un terrateniente. Más adelante, dinamitó e incendió el aserradero el Salto de Villegas, que tenía en Tomóchic la empresa de Maderas de Tutuaca, repudiada por los campesinos de la región. Después del ataque, los guerrilleros se internaron en el monte y el ejército inició la persecución. Hubo varios enfrentamientos y pérdidas humanas hasta que finalmente los sometieron, fusilando a González Eguiarte y a sus tres compañeros el 9 de septiembre de 1968 (Bellingeri, 2003, p. 101; Orozco, 2008, p. 359; Condés, 2009, III, p. 177n; Castellanos, 2007, pp. 90 y 99).

Después del asalto al cuartel de Madera, en noviembre de 1965, se había fundado el Grupo de Investigaciones Especiales C-047 de la Dirección Federal de Seguridad (DFS). En uno de sus primeros golpes, logró infiltrar a un núcleo del MRP que se adiestraba en manejo de armas y tácticas guerrilleras en dos escuelas de cuadros (Hidalgo y Morelos) habilitadas en la ciudad de México. El 12 de agosto de 1966, el cuerpo de granaderos cerró las calles contiguas y los agentes federales irrumpieron en las casas y aprehendieron a Rico Galán, a varios líderes de la Asociación de Médicos Residentes e Internos del Hospital General y a otros más: fueron cuarenta y seis en total. Confiscaron un poderoso arsenal de siete rifles de bajo calibre y unas cuantas pistolas (Taibo II, 1996, p. 112 y siguientes; Aguayo, 2001, pp. 107 y 125; Castellanos, 2007, pp. 88 y 88; Condés, 2009, III, pp. 177 y 187). Cinco años pasó el periodista en Lecumberri, desde donde los presos del MRP dictaminaron que “las condiciones revolucionarias están dadas a nivel nacional”. No obstante, Rico Galán repudiaba el terrorismo, considerando que en sus golpes de efecto emprendía “acciones que sólo tienen una conexión ilusoria con la revolución” pero que frecuentemente, provocaban una reacción de mayor represión del movimiento popular (Rico Galán, 1984, pp. 44 y 362).

LA GUERRILLA RURAL

El sureño estado de Guerrero sería el segundo punto del itinerario iniciado en la Taraumara. En octubre de 1960 estalló en Chilpancingo una huelga estudiantil cuyo pliego petitorio incluía la autonomía universitaria, la destitución del rector, reformas a la ley orgánica del Colegio del Estado de Guerrero (a partir de entonces Universidad Autónoma de Guerrero) y aumento del subsidio a la educación superior. Diversos sectores de la capital estatal se sumaron al movimiento. Una nutrida manifestación en la ciudad culminó con la conformación de la Coalición de Organizaciones Populares. Dentro de ésta, el Comité Cívico Guerrerense (CCG), formado apenas el año anterior, impulsó la estrategia de la "huelga cívica popular", demandando la desaparición de poderes en la entidad, la aplicación de la Ley de Responsabilidades al gobernador Raúl Caballero y la eliminación de los latifundios. En su versión a largo plazo, el programa del CCG incluía la nacionalización de la minería, la reforma agraria integral, una economía planificada, la alfabetización y el desarrollo cultural del pueblo, además de garantías para el ejercicio de las libertades públicas (Illades, 2010, p. 133; Rangel Lozano y Sánchez Serrano, 2008, p. 506).

Al mes siguiente, diez mil personas llevaron el reclamo a las principales calles de la capital guerrerense. La madrugada del 25 de noviembre, las fuerzas del orden desalojaron a estudiantes y ciudadanos que ocupaban la alameda Francisco Granados Maldonado, con un saldo de varios heridos y detenidos, entre quienes estaban el doctor Pablo Sandoval, cabeza del Comité de Padres de Familia, y Genaro Vázquez Rojas, a pesar de que ambos presentaron un amparo. Sonaron las campanas de las iglesias y los silbatos de las fábricas para congregar a la población chilpancingueña que acudió armada con lo que encontró a mano. Prácticamente estaba sitiada la ciudad por elementos de seguridad estatales y federales, en tanto que los contribuyentes declararon la suspensión de pagos, la burocracia estatal inició una huelga y los pequeños comerciantes pararon sus actividades cotidianas. Por orden del gobernador, el 30 de diciembre, en la calle de Guerrero, la alameda y el edificio de la universidad, la fuerza pública arremetió contra la población. En media hora quedaron tendidos trece o más cadáveres y treinta y siete heridos graves, casi todos civiles. Dos soldados perecieron en la acción. Finalmente, cayó el general Caballero Aburto.[15]

El CCG se incorporó a la Asociación Cívica Guerrerense (ACG) con el

propósito de participar en las elecciones de 1962, respaldando la candidatura de José María Suárez Téllez. En un proceso viciado de origen se acreditó la victoria al médico Raymundo Abarca Alarcón, postulado por el PRI. Los "cívicos", como los llamaban, respondieron con manifestaciones en las principales ciudades de la entidad, a las que el gobierno reaccionó con la barbarie acostumbrada, acabando con la vida de ocho personas en Iguala. Con esto, la ACG dedujo que la vía electoral estaba cancelada, por lo que decidió dar una perspectiva nacional a su organización, la cual adoptó el nombre de Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR); después de cumplir varias etapas de preparación e inserción en el movimiento popular, iniciaría la lucha armada en las montañas surianas. De acuerdo con su programa político, un gobierno de coalición formado por trabajadores urbanos, campesinos, estudiantes y elementos "progresistas" de la sociedad sustituiría al régimen actual. Éste aplicaría la planeación económica, repartiría los latifundios, rescataría la minería y permitiría la libertad sindical (Castellanos, 2007, p. 114; Rangel Lozano y Sánchez Serrano, 2008, pp. 508 y siguientes).

En 1966, la policía detuvo a Vázquez Rojas en la ciudad de México, trasladándolo a Chilpancingo. Dos años más adelante, un comando armado de la ACNR lo liberó de la cárcel estatal, y de allí hasta su muerte, ocurrida en febrero de 1972 tras un accidente carretero en Michoacán, vivió en la clandestinidad. Para aquel momento había ya núcleo guerrillero en la sierra que planteaba una revolución nacional con el objeto de "lograr la plena independencia política y económica de México". Y, a través de los Comandos Armados de Liberación (Vicente Guerrero, Juan Álvarez y Emiliano Zapata), el secuestro representaba su mejor instrumento de financiamiento. Así, en 1968 plagiaron al ganadero Agustín Bautista y, tres años más tarde, a Jaime Castrejón Díez, un próspero empresario de Iguala, también rector de la Universidad Autónoma de Guerrero. Al primero lo ejecutaron porque no se pagó el rescate; el segundo logró salvar la vida dado que se cumplieron las condiciones impuestas por los captores. Por su parte, en 1969 los organismos de seguridad comenzaron las desapariciones forzadas de los militantes y bases guerrilleras. Desde la izquierda civil, Heberto Castillo desautorizó la violencia política, señalando que quienes la practican "'olvidan que los cambios los conquista el pueblo y no un puñado de hombres por más valientes e iluminados que sean'". El recién excarcelado Rico Galán no considero tanto los secuestros como en general los "métodos" de la ACNR aceptables para los leninistas (citado por Macías, 2008, p. 58; Castellanos, 2007, p. 123).

Lucio Cabañas Barrientos (1938-1974) era profesor de educación básica, egresado de la Escuela Normal Rural Isidro Burgos (Ayotzinapa) y no en la Nacional de Maestros, como Vázquez Rojas. Fue secretario general de la Federación de Estudiantes Socialistas de México, militando en el MLN y el PCM. Participó también en el derrocamiento de Caballero Aburto e intervino en la organización de los campesinos de la Costa Chica. Cabañas Barrientos y sus cercanos formaron un grupo de autodefensa armada tras el asesinato de maestros y padres de familia en Atoyac el 18 de mayo de 1967, a manos de la policía motorizada, quien los atacó frente a la escuela Juan N. Álvarez con un saldo de once víctimas. "En Atoyac de Álvarez ocurrió la zacapela", cabeceó Excélsior, tratando de mostrar que todos los presentes, incluida la población civil, estaban igualmente armados, si bien admitió que la policía estatal era "famosa por su brutalidad". Dos mil soldados ocuparon la población para prevenir más hechos de sangre dado que "de la sierra de Atoyac han estado descendiendo campesinos de los cafetales, a los que siempre se ha considerado como sumamente peligrosos". Aunque lamentable lo sucedido, el licenciado Echeverría Álvarez lo atribuyó a "un desbordamiento de pasiones" ("En Atoyac de Álvarez ocurrió la zacapela", Excélsior, 19 de mayo de 1967; "Documental político", Excélsior, 21 de mayo de 1967; "Ya son dos mil los soldados que mantienen una tensa calma en Atoyac de Álvarez, Guerrero", Excélsior, 21 de mayo de 1967; "Aparente calma en Atoyac, donde patrulla la tropa", Excélsior, 20 de mayo de 1967; "Sin nexos entre sí, los recientes líos", Excélsior, 24 de mayo de 1967).[16]

Malherido, Cabañas pasó a la clandestinidad abocándose a armar una guerrilla campesina distinta de la de Vázquez Rojas. El PDLP, formado por aquél en 1970, no invocaba la revolución proletaria, sino el derrocamiento de la "clase rica" por parte de la "clase pobre"; la expropiación de las grandes propiedades industriales y agrícolas; el acceso universal a la educación en todos sus grados, al igual que a la salud, la cultura y el descanso; salarios dignos y derechos efectivos para los trabajadores fabriles y rurales; el trato igual a todos los mexicanos (incluidos los indígenas y los negros), además del fin del colonialismo estadounidense ("En Atoyac de Álvarez ocurrió la zacapela", Excélsior, 19 de mayo de 1967; Macías Cervantes, 2008, pp. 84, 78 y 80). Para el Federal Bureau of Investigation (FBI),

commands and hard-core guerrilla group estimated to consist of approximately 150 men. The PLP [sic] is a headquartered in the rugged Atoyac Mountain area north of Acapulco, Guerrero, and

has on several occasions successfully ambushed Mexican Army units, killing soldiers and capturing military arms and equipment… The PLP [sic] supports itself by kidnappings, extortions and bank robberies, and so far has limited its activities to the State of Guerrero (AGMS-UACM, Fondo General Francisco Gallardo, “Characterization of Mexican Revolutionary, Terrorist and Guerrilla Groups”, Poor People Party (Partido de los Pobres-PLP), Re Legat, Mexico City letter to Bureau, 3/6/1974).

17

El primer combate de la Brigada Campesina de Ajusticiamiento, brazo armado del PDLP, fue en junio de 1972, cuando sus hombres emboscaron a un convoy militar. El gobierno federal reaccionó asegurando plena discrecionalidad y autorizando el arrasamiento de poblaciones enteras a la Secretaría de la Defensa Nacional, que multiplicó su presencia militar en Guerrero sumando cincuenta mil soldados en 1974. A la vez, formó un cerco informativo alrededor del conflicto. En el frente “social”, por medio del Plan de Desarrollo Integra del Estado de Guerrero, se canalizaron como nunca recursos para la salud, la educación, la electrificación, el agua potable, los caminos y el desarrollo económico en los poblados de la sierra. Y, en 1975, se destinaron cuatrocientos cuarenta y seis millones de pesos para los ejidatarios de Atoyac. Para Octavio Paz lo que hacía falta en Guerrero era “una verdadera reforma agraria, escuelas, casas, hospitales, caminos, centros de trabajo”, pues “los campesinos no son delincuentes sino desesperados” (Rangel Lozano y Sánchez Serrano, 2008, pp. 521 y 522; Montemayor, 1997, p. 43; Paz, 1994, p. 498).[18]

Tres de quienes serían dirigentes de la Liga Comunista 23 de Septiembre (Ignacio Arturo Salas Obregón, Jesús Manuel Gámez y Leopoldo Angulo Luken), en agosto de 1972 visitaron a Cabañas en el campamento de El Venado para dialogar sobre una eventual alianza orgánica que diera lugar a una estructura guerrillera nacional. La antipatía fue recíproca: a los arrogantes jóvenes norteños, urbanos y educados, el rebelde suriano les pareció rústico y caudillista; para el desconfiado profesor rural éstos no eran más que “‘guerrilleros de café’” (citado por Castellanos, 2007, p. 144). Todo quedó en coordinar acciones y en apoyar con cuadros al PDLP, cosa esta última que

ofreció resultados aceptables hasta que aquéllos intentaron despojar a Cabañas de la dirección del grupo guerrillero alentando a uno de sus subalternos, lo que acabó con la cooperación (Alonso, 2008, pp. 142-143; Ramírez Salas, 2008, pp. 532-533, 539 y 545).

Con afán publicitario, Rubén Figueroa Figueroa, precandidato del PRI a la gubernatura estatal, trató de persuadir personalmente al dirigente guerrillero para que renunciara a las armas incorporándose a la lucha partidaria. Cabañas aprovechó el despropósito del ingeniero para capturarlo exigiendo un elevado rescate para devolverlo con vida. Después de cuatro meses de peinar la sierra, varias delaciones de los lugareños permitieron localizar a la columna guerrillera y liberar a Figueroa Figueroa en medio del fuego cruzado. Cabañas, herido, y varios de sus hombres, pudieron romper el cerco militar, pero el 2 de diciembre de 1974, en El Otatal, municipio de Tecpan de Galeana, murieron —de acuerdo con el parte del ejército— en un enfrentamiento armado (Illades, 2010, pp. 139 y 140).

La campaña militar, la pérdida del líder y la guerra sucia debilitaron apreciablemente a la guerrilla cabañista, la cual solamente logró rearticularse en pequeños grupos en los siguientes años. No obstante, parte de su núcleo sobrevivió fusionándose con los restos de la Unión del Pueblo, la organización que creó en Oaxaca en 1971 el ex guerrillero guatemalteco de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) José María Ignacio Ortiz Vides.

Hacia 1970, Ortiz Vides había entrado en contacto con un grupo de jóvenes universitarios entre los que estaban los hermanos Tiburcio y Gabriel Alberto Cruz Sánchez. En 1975 cayeron en una redada varios miembros de la Unión del Pueblo, quedando sumamente diezmada. No obstante que hasta ese momento había colocado más de 50 bombas de fabricación casera en distintos puntos del país, es a partir de ese acontecimiento que toma conciencia de ella la opinión pública nacional (Castellanos, 2007, p. 241).

Los hermanos Cruz Sánchez participaron en la creación de la Coalición Obrera Estudiantil del Istmo (COCEI), que acabó incorporándose a la lucha electoral, pero finalmente se decantaron por la opción guerrillera representada por el Partido Revolucionario Obrero Clandestino Unión del Pueblo (PROCUP), formado en 1972 (“12 grupos armados pueden respaldar al EPR: ex líder”, La Jornada, México D.F., 21 de julio de 2007). Éste, a su vez, se fusionó con los restos del PDLP (la guerrilla cabañista), además de otras organizaciones más

pequeñas, dando lugar al EPR y a su brazo político el Partido Democrático Popular Revolucionario (PDRP). Hasta la fecha, el empleo de explosivos así como pequeñas emboscadas a miembros de las fuerzas armadas han sido las señas de identidad del EPR, el cual había sufrido varias escisiones durante la década del 2000. Ante la desaparición de Gabriel Alberto Cruz Sánchez y Edmundo Reyes Amaya en los separos de la policía ministerial de la entidad sureña en mayo de 2007, gobernada entonces por el impresentable Ulises Ruiz, los eperristas respondieron volando varios ductos de PEMEX.

El 28 de junio de 1995, la policía motorizada del estado de Guerrero asesinó en el vado de Aguas Blancas, cercano a Acapulco, a 17 campesinos pertenecientes a la Organización Campesina de la Sierra del Sur (OCSS), los cuales iban a un mitin en Atoyac de Álvarez. A las víctimas los agentes del orden les colocaron armas de fuego en las manos para simular que ellos habían iniciado la agresión, ya que únicamente portaban machetes y palos de madera. Un año después de la masacre, el EPR se presentó públicamente en el acto conmemorativo de Aguas Blancas. De acuerdo con la crónica periodística "unos 100 hombres y mujeres, con fusiles AK-47 y AR-15, uniformados de verde olivo, con botas y encapuchados, y las siglas del EPR en distintivos rojos colocados en el brazo bajaron de las montañas…" Uno de ellos leyó el Manifiesto de Aguas Blancas, después resumido en náhuatl por un joven. Cinco fueron los pronunciamientos guerrilleros: 1) el derrocamiento del gobierno antipopular y antidemocrático; 2) restitución de la soberanía popular y de los derechos del hombre; 3) solución de las demandas y necesidades inmediatas del pueblo; 4) establecimiento de relaciones justas con la comunidad internacional; 5) castigo a los responsables de la opresión política. Para el grupo armado, "'la represión, la persecución, el encarcelamiento, los asesinatos, las masacres, las torturas y las desapariciones continúan como política del gobierno, situación similar a la que en 1967 y 1968 llevó a los comandantes Lucio Cabañas Barrientos y Genaro Vázquez Rojas a tomar las armas…" Por último agregaba que "'ya no queremos esperar indefensos a que la represión y la muerte arrebaten impunemente nuestras vidas'" (citado en "Irrumpe grupo armado en Aguas Blancas", La Jornada., 29 de junio de 1996). No obstante que por tercera vez en 30 años la represión del movimiento popular derivaba en guerrilla, el ejército ejecutó extrajudicialmente a 11 personas (diez indígenas mixtecos y un estudiante de la UNAM) e hirió a cinco más en la comunidad de El Charco, municipio de Ayutla de los Libres el 7 de junio de 1998.

LOS AÑOS DE PLOMO

La represión del movimiento estudiantil, la intervención en varias universidades estatales, la falta de canales democráticos de participación política y la expansión de la guerrilla urbana en Sudamérica y en algunos países desarrollados condujeron a un segmento de los activistas mexicanos, provenientes algunos de las Juventudes Comunistas y otros de las organizaciones cristianas de base, a la radicalización al comenzar la década de los setenta con el Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR), incubado en Michoacán; el Frente Urbano Zapatista (FUZ), en el Distrito Federal; los Comandos Armados en Chihuahua; las Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo (FRAP) en Guadalajara; y la Liga de Comunistas Armados (LCA) y las Fuerzas de Liberación Nacional (FLN), en Monterrey. Estos jóvenes tenían muy presente la matanza del Jueves de Corpus, cuando los estudiantes politécnicos marchaban por la calle de San Cosme en solidaridad con la comunidad de la Universidad Autónoma de Nuevo León que demandaba una reforma interna.[19]

Producto de la fusión de siete pequeñas organizaciones que habían optado por la vía armada (ex militantes de la Juventud Comunista, algunos espartaquistas y cristianos partidarios de la Teología de la Liberación), la Liga Comunista 23 de Septiembre se fundó oficialmente el 15 de marzo de 1973 en Guadalajara, y tuvo por órgano informativo el periódico Madera, nombre que hace homenaje a la guerrilla pionera de Gámiz. Contraria a la democracia representativa, la línea política de la Liga se dirigió hacia la población urbana, el medio estudiantil, y tangencialmente al mundo agrario, como acabamos de ver. Con elaboraciones teóricas francamente extravagantes ("la universidad-fábrica"), que hicieron del estudiantado la nueva vanguardia proletaria; y del sabotaje, los secuestros, el combate callejero y las huelgas económicas y políticas los instrumentos fundamentales de acción, convirtieron en "objetivos" a policías, militares y líderes sindicales (José Luis Moreno Borbolla, "La 23 de Septiembre llevó la peor parte", Re-incidente, 2ª quincena de marzo de 2012; Bellingeri, 2003, pp. 163 y 164; Gamiño, 2011, p. 64).

De todas las organizaciones armadas, la Liga Comunista 23 de Septiembre fue la que tuvo un contingente más numeroso (inició con cerca de cuatrocientos militantes con presencia en nueve estados de la república) y contaba con mejor capacidad operativa, fue también la que preocupó mayormente al Estado y fue

castigada duramente por la temible Brigada Especial Antiguerrillas (BEA), después Brigada Blanca, la policía política a cargo de Miguel Nazar Haro, quien consideraba que si hubieran dejado hacer a "'más de 700 jóvenes armados fanáticamente preparados'", habrían "'desquiciando al sistema'" (citado en "Comunismo, una amenaza para el país, tenía 700 jóvenes armados: Nazar Haro", La Jornada, 27 de enero de 2013). Un memorandum remitido al director del FBI la situaba entre

many such organizations have appeared on the scene and been identified in one or two isolated terrorist or revolutionary acts only to disappear and re-appear at a late time under a different name, comprise of subversives from several others groups. The 23rd of September Communist League (LCS) is a case in point being a Marxist oriented group which appeared on the terrorist scene during mid-1973 and which has been identified by Mexican authorities as being responsible for much of the bombings, robberies, kidnappings and political murders occurring throughout Mexico during the past nine months (AGMS-UACM, Fondo General Francisco Gallardo, "Characterization of Mexican Revolutionary, Terrorist and Guerrilla Groups", Re Legat, Mexico City letter to Bureau, 3 de junio de 1974).

20

Con el objetivo de forzar al gobierno federal para que liberara a varios presos políticos y difundiera un manifiesto en los medios de comunicación, además de exigir el pago de un rescate, el 17 de septiembre de 1973 un comando de la Liga Comunista 23 de Septiembre intentó secuestrar al empresario regiomontano Eugenio Garza Sada, interceptando su auto en la colonia Bella Vista de la capital neolonesa; en la confusión desatada por la balacera, el líder del Grupo Alfa y fundador del Instituto Tecnológico de Monterrey recibió un disparo mortal. La ira del grupo más poderoso de la industria nacional se dirigió hacia el presidente Echeverría, por la incapacidad para frenar la violencia, los constantes amagos populistas y su propensión demagógica, mientras los intelectuales discutieron públicamente acerca de los medios legítimos para conducir la lucha política, la represión estatal y la violencia (Illades, 2012, pp. 94 y siguientes).

En esos años, recuerda un militante del grupo de Los lacandones, afluente de la Liga Comunista: "'Hubo muchas ejecuciones sumarias… a los detenidos los mataban directamente'" (citado por José Luis Moreno Borbolla, "La 23 de Septiembre llevó la peor parte", Re-incidente, 2ª quincena de marzo de 2012). La BEA procedía en parte del ya mencionado Grupo de Investigaciones Especiales C-047, al que se agregaron miembros del ejército y agentes de la Procuraduría de Justicia del Distrito Federal:

los órganos ejecutores quedaron compuestos por ocho grupos operativos integrados "por personal selecto de las diferentes policías y ejército", además había un grupo aéreo, con personal de la Dirección General de Policía y Tránsito del Gobierno del Distrito Federal, y un grupo de manejo de explosivos, comunicaciones y acciones especiales, que dispondría de tiradores de precisión, personal con manejo psicológico, "capaz de desalojar de un lugar a un grupo terrorista escondido y con criterio para proteger a la población civil" (citado en "Freno a la guerrilla, misión de la Brigada Blanca", 18 de enero de 2004).

Para 1975, ultimados sus principales dirigentes, la infiltración policiaca y la fragmentación en varias corrientes (Los Mas o Matus, la Brigada Bolchevique y la Brigada Roja), la Liga estaba prácticamente liquidada, aunque la Brigada Roja, el ala más militarista, si vale el matiz, actuó todavía hasta 1980, ya sin una delimitación creíble entre los objetivos políticos y la delincuencia común. No fue sino en 1990 cuando capturaron a David Cilia, miembro de la última directiva nacional de la organización guerrillera (Gamiño 2011, pp. 74 y siguientes; René Avilés Fabila, "Liga 23 de Septiembre, ¿ultraizquierdistas o policías?", Unomásuno, 28 de noviembre de 1977; Castellanos, 2007, pp. 206, 208, 266 y siguientes; "Demandan castigo por 'guerra sucia'", Reforma, 29 de junio de 2001).

6. Los retornos (1988-)

Con la Revolución de 1910 irrumpieron las masas populares en la arena pública ciñéndose el pacto social a la horma corporativa. La normalidad se basó más en las reglas no escritas que en las normas explícitas. La fuerza y la dádiva conformaron el arco de lo que el Estado estaba dispuesto a conceder a cambio de los votos, las manifestaciones de apoyo o de lo que en la época se denominaba paz social. Y, el “milagro mexicano”, ofreció los recursos necesarios para que aquél cumpliera con sus obligaciones constitucionales, manejando un ingenioso catálogo de eufemismos para justificar sus omisiones y explicar cómo en el marco de un progreso ilimitado, con saltos cuánticos cada seis años, quedaba uno que otro “rezago” por atender. Tal fue el caso de la conflictividad rural, extendida sobre todo en los estados sureños, en el corredor que va desde Morelos hasta Chiapas, si bien la guerrilla moderna nació en el pueblo de Madera, Chihuahua.

El presidencialismo, que gobernaba la política y la economía con un mismo comando, evidenció su disfuncionalidad ya en los sesenta, dejando para los siguientes lustros el oneroso saldo de administrar… la crisis. La medicina del “ajuste estructural” resultó tan amarga como ineficaz, pues condenó al país a un prolongado estancamiento económico sin evitar las monumentales crisis financieras, redujo el empleo y generalizó la informalidad, debilitó a los sindicatos industriales al reducir la nómina de sus agremiados y contener la demanda salarial, reconfiguró los monopolios públicos en privados, y provocó más ansiedad que ilusión a las clases subalternas, eventuales beneficiarios de la prometida prosperidad por goteo: sus elevadísimos costos humanos se solventarían con programas sociales, a cada mal un remedio particular, un paquete de medidas compensatorias.

Emergió un nuevo bloque en el poder, como antes había ocurrido con el alemanismo, conformado por quienes les bastó una sola generación para amasar su fortuna fuera de la actividad productiva. Y algunos compradores de credenciales dudosas adquirieron los bienes nacionales, sin mediar reglas claras ni de cara a la opinión pública. El proceso que inició con un fraude electoral en la elección constitucional de 1988, concluyó con los asesinatos políticos y una declaración de guerra en la Lacandona por parte del EZLN. En el camino

quedaron las inocultables huellas del crimen organizado, con la ejecución del cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo, el florecimiento del cártel del Golfo y el enriquecimiento más que explicable de Raúl Salinas de Gortari, en tanto que el crack bursátil de 1987 y el descomunal rescate bancario del gobierno de Ernesto Zedillo pasaban la factura a la nación del ascenso de los nuevos ricos. Una modernización autoritaria, excluyente y globalizada comenzó a ganarle terreno al pacto autoritario, incluyente y nacionalista de los caudillos sonorenses, institucionalizado por el cardenismo. Hasta donde pudo, el régimen postergó la apertura de las compuertas de la política a la pluralidad y las de la esfera pública a las voces discordantes.

En el frente de la izquierda, el colapso del bloque socialista en el Este y el desmantelamiento del Estado de bienestar en Occidente (salvo en España, cuyo dramático final está en curso) hirieron de muerte al comunismo y a la socialdemocracia, las alternativas más robustas después de la primera Guerra Mundial. Una fuga masiva hacia las otras vertientes de la izquierda, o traspasando sus límites, evitó al socialismo mexicano la discusión indispensable sobre cómo hacerse cargo de la nueva situación sin renunciar a su tradición política. El hecho llama la atención, pues ésta era quien había mostrado mayor vigor intelectual de 1968 hasta ese momento.

La izquierda socialista, que hacía tiempo se había distanciado del socialismo soviético, decidió diluirse sin mayor trámite en la nacionalista revolucionaria y un segmento minoritario se desplazó hacia el neozapatismo, movimiento con influencias tanto de las rebeliones agrarias del siglo XIX como del primer socialismo, el anarquismo y el socialcristianismo. Incluso algunos altermundistas en tránsito tomaron al neocardenismo como estación de paso. Otros más perseveraron en la opción armada. La expectativa de una salida socialdemócrata, que implicaba el desprendimiento de los sindicatos del régimen corporativo y la participación en la institucionalidad democrática, simplemente no se cumplió, al punto que las formaciones partidarias que se ostentaron con ese nombre escindieron la lucha por los derechos (mujeres, homosexuales, animales) de la “cuestión social”, adoptando la postura liberal respectiva.

EL NEOCARDENISMO

Antes de concluir los ochenta, la izquierda socialista recibió dos gratas noticias que confirmaron lo acertado de sus pronósticos: la corriente nacionalista abandonó al PRI, y el muro de Berlín, ignominioso símbolo de la Guerra Fría, cayó en pedazos. De esta forma, aquélla se haría del contingente de masas que no tuvo hasta entonces y su proyecto soltaría el lastre despótico que trabó su desarrollo. Inscrita hacía dos décadas en la política formal, la izquierda socialista consideró adecuado el carril democrático, apostó todo en las urnas y el régimen autoritario le robó la elección. Después, tomó la decisión pragmática y errónea de fusionarse orgánicamente con el bloque recién desprendido del partido hegemónico, malbaratando una vieja, sólida y respetable tradición política.

Tras el fracaso del socialismo en Europa del Este, el mito de la Revolución mexicana que Revueltas había convocado a demoler, recuperó el terreno perdido en los veinticinco años en que la izquierda socialista lo sometió a la crítica. La fusión de ésta con las corrientes nacionalistas terminó reanimándolo más o menos al mismo tiempo en que el PRI, en un intento de renovación ideológica en el sexenio de Carlos Salinas de Gortari, había mudado en beneficio del poco afortunado "liberalismo social". Una vez más, la nación arropaba a todos, ocultaba las diferencias y ordenaba las expectativas de una izquierda que no acababa de entender, y menos asimilar, la derrota del proyecto socialista representado por el leninismo.

Desplazados por la tecnocracia neoliberal, Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo y otros más, formaron la Corriente Democrática del PRI con el objetivo de abrir a la militancia la designación del candidato presidencial. Obviamente, la demanda no fue atendida por un partido adiestrado en presentar como propias las decisiones del presidente de la república, y el grupo opositor se separó del instituto político cuando "destaparon" a Salinas de Gortari en octubre de 1987. Desde la izquierda, algunos intelectuales valoraron la escisión en términos muy positivos:

No habrá cambio democrático profundo en México sin crisis y ruptura de la dominación priísta, es decir, del propio PRI. Esa ruptura no ocurrirá, como sueñan los dogmáticos y los puros, sobre posiciones socialistas. Como en toda ruptura de este tipo, en la de la Corriente Democrática no hay que medir sólo cada posición dada, sino el sentido de su marcha y de su evolución. Ella está retomando, a mi juicio, el curso histórico que proviene de las

corrientes de democracia radical que siempre mantuvo en su interior el PRI (Adolfo Gilly, "La crisis del PRI/IV", La Jornada, 7 de enero de 1988).

En breve, Cárdenas aceptó la postulación del Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM) a la presidencia de la república, candidatura que se fortaleció por la declinación de Heberto Castillo (PMS), integrándose el Frente Democrático Nacional (FDN) en apoyo al ingeniero Cárdenas.

El crecimiento de la candidatura opositora fue exponencial, debido tanto al desgaste del régimen autoritario como a la crisis económica que tocó administrar al gobierno de Miguel de la Madrid, y a la irrupción de un movimiento ciudadano extenso y diverso (universitarios, colonos, sindicalistas). Algunos observadores señalaron que las últimas encuestas previas a la elección arrojaban una ventaja de entre 3 y 6 puntos para Salinas, señalando también que la intención de voto cardenista llevaba una tendencia ascendente, por lo que en no mucho tiempo el FDN adelantaría al PRI (Anaya, 2009, p. 33; Castañeda, 1999, p. 528). El accidente mortal de los operadores del mapeo y cómputo electorales del FDN levantó la sospecha de que el partido oficial haría cualquier cosa por ganar… y así fue.

La izquierda jugó con las reglas democráticas desde su incorporación al sistema de partidos. Pero ni el régimen ni el establishment intelectual respondieron de la misma forma en la elección constitucional de 1988, menos aún la televisión. Ante una contienda electoral opaca, inequitativa y plagada de irregularidades, los intelectuales convocaron a la izquierda a la resignación sin ellos comprometerse inequívocamente a defender la democracia (Illades, 2012, pp. 156 y siguientes).

Después de explorar diversas formas de resistencia ante el robo de la elección, y de la negociación en la que el PAN renunció a la resistencia civil contra el fraude a cambio de que Salinas de Gortari admitiera algunos de sus triunfos, quedó claro que la lucha del FDN apenas comenzaba. Impresionado por el inobjetable arrastre del neocardenismo, y confiado en que tenían las herramientas intelectuales adecuadas para someter a los ex priístas, el segmento mayoritario de la izquierda socialista en sus múltiples frentes tomó la decisión pragmática de fusionarse orgánicamente con el bloque recién desprendido del PRI, malbaratando una vieja, sólida y respetable tradición política (p. 194 y siguientes; Modonesi, 2003, p. 149; Anguiano, 1997, pp. 139 y 140).

A principios de mayo 1989, se realizó la asamblea constitutiva del Partido de la Revolución Democrática (PRD). En el discurso inaugural del día 5, el ingeniero Cárdenas fijó las directrices programáticas de la nueva organización, que iban más en el sentido de restituir el horizonte perdido del nacionalismo revolucionario que de luchar para formar una sociedad distinta, esgrimiendo la tesis de que la gesta de 1910 fue desvirtuada por los tecnócratas, quienes habían puesto a su servicio el aparato corporativo estatal (montado, hay que decirlo, por el general Cárdenas) (Córdova, 1976, p. 34):

Recuperaremos los ideales históricos de la Revolución mexicana, la vigencia plena de la constitución y la legitimidad de nuestro gobierno y nuestros gobernantes.

Restauraremos la república al fundar sus instituciones nuevas en una cultura política de libertad, racionalidad y tolerancia.

Sobre estos cimientos sólidos y profundos, contra el régimen caduco del privilegio y la injusticia, del partido de Estado y el corporativismo, de la dependencia y la corrupción, levantaremos una nación de hombres y mujeres libres e iguales ante la ley y ante la vida, una patria democrática y solidaria, un México para los mexicanos todos.

[21]

Con respecto de la agenda social, el PRD planteó que la acción concertada entre la sociedad y el gobierno permitiría construir un sistema económico que asegurara el mejoramiento continuo del nivel y calidad de vida del pueblo:

De esta manera se erradicarán la pobreza y las desigualdades, será posible el acceso de todos los mexicanos y mexicanas a los beneficios del progreso y la cultura y se abrirá el camino hacia una nueva forma de asignación de la riqueza social y de distribución del excedente económico. La lucha contra la desigualdad social significa también evitar que la riqueza y los medios de producción se concentren en las manos de unos cuantos

(PRD, 2001).

La gran ilusión que generó la coalición perredista se desvaneció rápidamente. De entrada, el clima de movilización ciudadana que lo apuntaló bajó de intensidad como era de esperarse. Por otra parte, la administración de Salinas no dio cuartel a la izquierda que, por primera vez en la historia, representaba una verdadera amenaza al statu quo. El asesinato de opositores se convirtió en una práctica corriente en el sexenio que concluyó ya no con el prometido ingreso al Primer Mundo, sino con los crímenes políticos que sacudieron al país.

Otros factores que debilitaron la opción perredista fueron tanto el liderazgo centrado en la figura del caudillo que rápidamente se impuso una suerte de presidencialismo “de izquierda” Anguiano, 1997, pp. 125 y siguientes), como la sangría permanente de militantes “arrepentidos” que regresaron a las filas priístas para volver a vivir dentro del presupuesto, su única experiencia laboral documentable. La contraparte de este liderazgo autoritario ejercido por Cárdenas, propiciado en parte también por la premura con que se fusionaron distintos grupos dentro del PRD, fue la tribalización del partido, donde las “bases” respondían únicamente a sus antiguos jefes, cobijándose la suma de estos pequeños cacicazgos en la figura tutelar del “líder moral” y en un discurso político tan incluyente que cabían todos.

En los comicios intermedios de 1991, salvo la elección para gobernador en Michoacán al año siguiente, el declive de la votación del PRD fue bastante pronunciado. Sin embargo, el golpe electoral más doloroso se lo propinó la rebelión neozapatista, que canalizó el voto “del miedo” hacia el PRI y la derecha panista: un pobre 16.59% de sufragios en la elección presidencial de 1994, contra el 31% que le reconocieron en 1988 parece confirmarlo. De haber sido el FDN la segunda fuerza electoral en ese año, el PRD descendió al tercer sitio en 1994. Con el tiempo, el “sol azteca” perdería a una parte minoritaria de su militancia que tomaría la alternativa neozapatista, aunque el grueso de la vieja izquierda socialista y la nacionalista revolucionaria permanecieron en el instituto político. No abandonaría ya el carril democrático, aunque con una notable caída cuando nuevas opciones políticas (el neozapatismo, a la izquierda; el foxismo, a la derecha) la desbordaron.

EL NEOZAPATISMO

El colapso socialista, sin embargo, no fue la única baja sufrida por la izquierda antes de finalizar el siglo pasado. La reconversión industrial, posibilitada por el cambio tecnológico acelerado, permitió el ahorro masivo de mano de obra, menguando considerablemente a la clase obrera industrial y debilitando a los sindicatos en el mundo desarrollado, en tanto que en Latinoamérica las dictaduras militares habían impuesto mediante la violencia un cambio sustantivo en las relaciones laborales. Por si no fuera suficiente, la apertura económica en China incorporó al mercado laboral a una inmensa masa de trabajadores, castigando todavía más los salarios y cancelando puestos de trabajo. El efecto combinado de todo ello ha sido el debilitamiento global del proletariado industrial y, por tanto, de su capacidad de negociación con el capital. Esto tuvo grandes consecuencias para la estrategia política de la izquierda socialista que, análogamente a la caída del muro, tampoco replanteó críticamente su papel ante la nueva situación. Una nueva fuga hacia adelante motivada por la necesidad casi instintiva de recuperar el sujeto revolucionario aplastado por la globalización, le haría clavar la mirada hacia otras zonas oscuras de la realidad mexicana.

Samuel Ruiz fue nombrado obispo de Chiapas por el papa Juan XXIII en 1960. No obstante provenir del Bajío profundo, la interacción con la feligresía de una de las entidades más pobres y atrasadas del país lo sensibilizó respecto a los problemas sociales. En plena revelación, la participación en el Concilio Vaticano II le hizo ver que no estaba solo. El cónclave llevó a cabo la revisión crítica del catolicismo mundial, permitiendo al obispo mexicano profundizar en la línea evangélica que había escogido, esto es, “la iglesia de los pobres”. Inició entonces su acercamiento a la ciencia social, dominada entonces por el marxismo, y el cuestionamiento de la evangelización en los términos practicados hasta el momento. ¿Cómo realizar los propósitos del catolicismo sin acabar con las culturas originarias? fue la interrogante que intentó aclarar con la catequización instrumentada por los indígenas mismos. En la selva, el ejército de Dios del obispo de Chiapas se encontró con militantes revolucionarios quienes, a su manera, también tomaron la “opción por los pobres”. Estos pertenecían a la organización maoísta Línea Proletaria[22] y al FLN.

Las FLN surgieron en Monterrey el 6 de agosto de 1969. Se acercó al régimen cubano a través del Instituto Mexicano-Cubano de Relaciones Culturales de Monterrey creado cuatro años atrás por el doctor Mateo A. Sáenz. Según Daniel

Alarcón, Benigno, responsable de las Escuelas Especiales donde se preparaba a los guerrilleros latinoamericanos, entre 1971 y el año siguiente, 35 miembros de las FLN se entrenaron militarmente en la isla, esto es, poco antes de intentar implantarse por primera vez en la selva chiapaneca cuando formaron el Núcleo Guerrillero Emiliano Zapata, tentativa frustrada por la intervención policial. En 1982 adiestraron a otro grupo en el campo de Punto Cero (Castellanos, 2007, p. 242; Warman, "Chiapas hoy", La Jornada, 16 de enero de 1994; De la Grange y Rico, 1998, pp. 117,, 125 y siguientes; Tello Díaz, 1995, pp. 62 y 63; Bellingeri, 2003, pp. 166 y 167). De acuerdo con el FBI

as a Marxist an Cuban trained guerrilla group. The FALN [sic] has been financed in the past for Cuban Government and the leadership and headquarters of this group is at Monterrey, Nuevo León. FALN [sic] members have been identified as participating mainly in the northern and northeastern area of Mexico in several bank robberies, kidnappings, murders and hijacking of Mexican airliner to Cuba, 11/8/72 (AGMS-UACM, Fondo General Francisco Gallardo, "Characterization of Mexican Revolutionary, Terrorist and Guerrilla Groups", Armed Forces of National Liberation (Fuerzas Armadas de Liberación- FALN), Re Legat, Mexico City letter to Bureau, 3 de junio de 1974).

[23]

Cierto o no el contacto militar con Cuba, la guerrilla neozapatista pronto mostró diferencias notables respecto a los otros grupos insurgentes mexicanos inspirados en la experiencia caribeña. Mientras estas guerrillas reivindicaban a los campesinos o a las clases populares en general, el levantamiento en Chiapas se focalizaba en las demandas indígenas.

Diez años después de su formación, el EZLN sorprendió a la opinión pública nacional y extranjera cuando varios contingentes de indígenas encapuchados tomaron los poblados de San Cristóbal de Las Casas, Altamirano, Las Margaritas y Ocosingo el 1 de enero de 1994. Y, en los siguientes días, atacó un cuartel y el campo militar de Rancho Nuevo. También emitió una declaración de guerra en contra del ejército mexicano, conminando a los poderes Legislativo y Judicial a deponer al "dictador" (Carlos Salinas de Gortari) y ordenando a sus fuerzas

1º. Avanzar hacia la capital del país venciendo al ejército federal mexicano, protegiendo en su avance liberador a la población civil y permitiendo a los pueblos liberados elegir, libre y democráticamente, a sus propias autoridades administrativas.

2º. Respetar la vida de los prisioneros y entregar a los heridos a la Cruz Roja Internacional para su atención médica.

3º. Iniciar juicios sumarios contra los soldados del ejército federal mexicano y la policía política que hayan recibido cursos y que hayan sido asesorados, entrenados, o pagados por extranjeros, sea dentro de nuestra nación o fuera de ella, acusados de traición a la patria, y contra todos aquellos que repriman y maltraten a la población civil y roben o atenten contra los bienes del pueblo.

4º. Formar nuevas filas con todos aquellos mexicanos que manifiesten sumarse a nuestra justa lucha, incluidos aquellos que, siendo soldados enemigos, se entreguen sin combatir a nuestras fuerzas y juren responder a las órdenes de esta Comandancia General del EZLN.

5º. Pedir la rendición incondicional de los cuarteles enemigos antes de entablar los combates.

6º. Suspender el saqueo de nuestras riquezas naturales en los lugares controlados por el EZLN.

[24]

Más allá de los excesos retóricos de la Declaración de la Selva Lacandona, la rebelión en cuatro poblados chiapanecos puso al descubierto la antítesis presentada por Guillermo Bonfil entre el México imaginario (occidentalizado, clasista, modernizante y criollo) y el México profundo (mesoamericano, popular, tradicional e indio). La precaria capacidad de fuego del EZLN y el rápido fracaso de su estrategia para avanzar hacia el centro del país, lejos de debilitar su

lucha, dieron mayor proyección a la reivindicación de los derechos de los pueblos originarios y a su reactualización del tema de las autonomías, demanda histórica de los movimientos agrarios, además de concitar la simpatía de un segmento de la opinión pública y de algunos intelectuales. Uno a uno acudieron al rebautizado Aguascalientes. Otros, ya no siguieron a la izquierda en esta incursión en la Lacandona cuestionando su vocación civilista. Lo cierto es que, desde la Revolución cubana, ningún movimiento armado en Latinoamérica contó con tal capacidad comunicativa, ni generó tantas tomas de posición y pronunciamientos por parte de académicos, intelectuales y la izquierda misma (Bonfil Batalla, 1990, p. 15; Paz, 1994, pp. 56 y 57; Volpi, 2008, p. 29).

Reacios en general para abordar cuestiones políticas, distinguidos historiadores y antropólogos se vieron precisados a tratar el asunto. Miguel León Portilla recordó que al consumarse la aventura colombina los indios quedaron sojuzgados, situación que se prolongaba hasta el presente: por tanto, éstos deberían ser escuchados y sus demandas atendidas. Más explícito, Edmundo O'Gorman señaló que, "los indígenas chiapanecos estaban en un estado terrible de abandono y de olvido. En esas condiciones, la gente llega a desesperarse y a usar la violencia. Hay que decir eso, hay que justificar este alzamiento…" pues, en rigor, "la lucha de los indios chiapanecos no es contra el Estado mexicano, es contra el estado en que viven". Las voces más autorizadas de la antropología mexicana también hablaron. Margarita Nolasco recordó que en la época colonial fueron constantes las sublevaciones indígenas, advirtiendo que el problema "continuará mientras siga la explotación étnica, mientras no se les reconozcan a ellos derechos civiles propios, mientras no se les permita acceso a la economía moderna en sus propios términos, mientras no los aceptemos como nuestros iguales, pero conservando su singularidad cultural". Por su parte, Rodolfo Stavenhagen negó que los levantamientos obedecieran a "supuestos arcaísmos o rebeldías atavísticas", teniendo por causa "la expansión capitalista y la modernización económica". No obstante, en las circunstancias actuales, cuando "el impulso democrático y popular va en ascenso", la violencia armada carecía de justificación. Para Arturo Warman, si bien la situación chiapaneca era crítica, la insurrección armada "no es un movimiento indígena, es un proyecto político-militar implantado entre los indios pero sin representarlos". El historiador Antonio García de León llamó a encontrar una solución política del conflicto (Miguel León-Portilla, "¿Hasta cuándo, fray Bartolomé?", La Jornada, 20 de enero de 1994; O'Gorman, 1994, pp. 32 y 33; Margarita Nolasco, "Otra vez los indios se sublevan", La Jornada, 7 de enero de 1994; Rodolfo Stavenhagen, "Los miserables", La Jornada, 4 de enero de 1994; Arturo Warman, "Chiapas hoy", La

Jornada, 16 de enero de 1994; Antonio García de León, “Chiapas: sólo el pasado es infinito II”, La Jornada, 12 de enero de 1994).

A los 12 días del inicio de las hostilidades, Salinas de Gortari declaró un cese al fuego unilateral y ofreció un diálogo a los rebeldes, comisionando a Manuel Camacho Solís para el efecto. Tras dos meses de negociaciones el gobierno federal dio respuesta a las demandas de los zapatistas, misma que rechazaron las comunidades representadas por éstos. Y, el 10 de junio de 1994, lanzaron la Segunda Declaración de la Selva Lacandona:

Nacerá una relación política nueva. Una nueva política cuya base no sea una confrontación entre organizaciones políticas entre sí, sino la confrontación de sus propuestas políticas con las distintas clases sociales, pues del apoyo real de éstas dependerá la titularidad del poder político, no su ejercicio. Dentro de esta nueva relación política, las distintas propuestas de sistema y rumbo (socialismo, capitalismo, socialdemocracia, liberalismo, democracia cristiana, etcétera) deberán convencer a la mayoría de la nación de que su propuesta es la mejor para el país. Pero no sólo eso, también se verán "vigilados" por ese país al que conducen de modo que estén obligados a rendir cuentas regulares y al dictamen de la nación respecto a su permanencia en la titularidad del poder o su remoción.

[25]

Dejando atrás el lenguaje militarista de la primera declaración, el nuevo documento invitaba a la “sociedad civil” a participar en la Convención Nacional Democrática. Iniciada el 6 de agosto de 1994, que reunió a cerca de cinco mil estudiantes, intelectuales, obreros, académicos, artistas, religiosos y periodistas para dialogar acerca de la democracia en el país, la resistencia civil en solidaridad con el EZLN, la instauración de un congreso constituyente y de un gobierno de transición. Según algunos, lo que estaba en juego en la selva era “la transición pacífica a la democracia” pues, como mostraba la experiencia, aquélla “no puede avanzar sólo por vías parlamentarias” (Semo, 2004, p. 65).

A un año del levantamiento, el EZLN dio a conocer la Tercera Declaración de la

Selva Lacandona que propuso a la sociedad civil redactar una nueva constitución, nombrar un gobierno de transición, acabar con el régimen de partido de Estado y conformar un movimiento de liberación nacional bajo la dirección de Cuauhtémoc Cárdenas, en clara alusión al que fundó el general Cárdenas en 1961. Más que un viraje estratégico, la tentativa neozapatista buscaba evitar el confinamiento militar y político al que quería reducirlo el nuevo gobierno priísta encabezado por Ernesto Zedillo Ponce de León. Pero, quizá lo más importante, el manifiesto del EZLN planteó la autonomía territorial de los pueblos originarios y el derecho a autogobernarse sin por ello quedar al margen del Estado nacional:

La cuestión indígena no tendrá solución si no hay una transformación radical del pacto nacional. La única forma de incorporar, con justicia y dignidad, a los indígenas a la nación, es reconociendo las características propias en su organización social, cultural y política. Las autonomías no son separación, son integración de las minorías más humilladas y olvidadas en el México contemporáneo.

[26]

El diálogo del EZLN con el gobierno federal rindió muy escasos frutos y, en realidad, más que acercar a las partes las distanció. En junio de 1995 aquél convocó a una Consulta Nacional por la Paz y la Democracia, a la cual respondió la sociedad civil recomendándole se constituyera en una organización política. Por su lado, la administración de Ernesto Zedillo capturó en octubre al comandante Germán (Fernando Yáñez Muñoz, uno de los fundadores de las FLN), alejando cualquier posibilidad de acuerdo. Así llegaron a enero de 1996 y, con éste, la Cuarta Declaración de la Selva Lacandona. El documento constató que “mientras la verdadera oposición se afana en encontrar el centro en una nación moribunda, amplias capas de la población refuerzan su escepticismo frente a los partidos políticos y buscan, sin encontrarla todavía, una opción de quehacer político nuevo, una organización política de nuevo tipo”.[27]

Zedillo había elevado la tensión en Chiapas al dictar órdenes de aprehensión en contra de los dirigentes zapatistas, entre ellos el subcomandante Marcos, identificado a partir de febrero de 1995 como Rafael Sebastián Guillén Vicente, además de incrementar la presencia militar en la zona de conflicto y crear dos

nuevas zonas militares en la entidad, con sede en Tenosique y Ocosingo. También comenzaron a formarse grupos paramilitares entre los indígenas, uno de los cuales, de aproximadamente 60 elementos vestidos de negro y azul, todos identificados con pañuelos blancos, perpetró la matanza de Acteal, en los Altos de Chiapas, el 22 de diciembre de 1997, costando la vida a 45 personas, entre ellas mujeres y niños. Ante “el conflicto intercomunitario”, como lo llamaron desde entonces las autoridades federales, el ejército se desplegó en los municipios autónomos que había comenzado a instaurar el neozapatismo desde finales de 1994 (Montemayor, 2010, pp. 194 y siguientes; Ramírez Cuevas, 2011, pp. 236 y 237).

El 20 de julio de 1998, el EZLN hizo pública la Quinta Declaración de la Selva Lacandona que trazó el sentido que había de tener la reforma constitucional en materia indígena, redactada por la Comisión para la Concordia y Pacificación (COCOPA), instancia de mediación habilitada por el poder Legislativo en 1995:

Ninguna legislación que pretenda encoger a los pueblos indios al limitar sus derechos a las comunidades, promoviendo así la fragmentación y la dispersión que hagan posible su aniquilamiento, podrá asegurar la paz y la inclusión en la nación de los más primeros de los mexicanos. Cualquier reforma que pretenda romper los lazos de solidaridad históricos y culturales que hay entre los indígenas, está condenada al fracaso y es, simplemente, una injusticia y una negación histórica.

[28]

La expectativa de una ley indígena ordenó la acción neozapatista en los siguientes años y, con la alternancia, parecía factible su aprobación. Como medida de presión, además de un magnífico recurso publicitario, en marzo de 2001 llegó a la ciudad de México la marcha nacional promovida por el EZLN “que tuvo mucho apoyo de millones de mexicanos y de otros países, y llegó hasta donde están los diputados y senadores, o sea el Congreso de la Unión, para exigir el reconocimiento de los indígenas mexicanos”.[29]

Finalmente debatida por el Legislativo, la reforma constitucional en la materia de agosto de 2001 no reconoció la autonomía territorial de los pueblos originarios. Este revés llevó a los neozapatistas a concentrarse en sus

comunidades y poner en marcha en agosto de 2003 las “juntas de buen gobierno” o “caracoles”:

empezamos entonces a echarle ganas a los municipios autónomos rebeldes zapatistas, que es como se organizaron los pueblos para gobernar y gobernarse, para hacerlos más fuertes. Este modo de gobierno autónomo no es inventado así nomás por el EZLN, sino que viene de varios siglos de resistencia indígena y de la propia experiencia zapatista, y es como el autogobierno de las comunidades. O sea que no es que viene alguien de afuera a gobernar, sino que los mismos pueblos deciden, de entre ellos, quién y cómo gobierna, y si no obedece pues lo quitan.

[30]

Debemos al neozapatismo no sólo esta versión contemporánea de las comunidades autogestivas previstas por el socialismo romántico, en las que la política es reabsorbida por la sociedad, sino además haber catalizado la democratización del país. Si la reforma electoral de 1977 fue una respuesta a la opción guerrillera, bien podría pensarse que el ciclo de cambios legales que van de 1994-1996, los cuales ciudadanizaron e independizaron a los órganos electorales, obedeció por lo menos parcialmente a ese propósito. También sabemos que, históricamente, las rebeliones agrarias no las atajaron las reformas políticas, pues el núcleo de la revuelta campesina no reside en la aspiración de participar en política, de la cual reniega, sino que tiene la justicia como reivindicación fundamental, razón detrás del carácter endémico de la guerrilla rural en México.

LA FRACTURA DEL NACIONALISMO REVOLUCIONARIO

Desde 1979, la presencia electoral de la izquierda no hizo sino crecer en la ciudad de México. Junto con la democratización, incorporó las demandas de género y los derechos de las minorías dentro de su plataforma política. La elección de 1988 dejó claro que el grueso de los electores capitalinos no estaban

más con el PRI, y ello fue el empujón definitivo al proceso democratizador del Distrito Federal, que llevaba veinte años de iniciado. En la elección constitucional de ese año, el sufragio en favor del candidato del FDN casi duplicó al registrado por Salinas de Gortari; la corrupta administración de Óscar Espinoza Villarreal, el último regente que tuvo la ciudad, y la crisis económica de 1995 fueron castigadas en las urnas con un voto masivo en favor de Cuauhtémoc Cárdenas próximo al 50 por ciento.

Con un desempeño más bien gris como jefe de gobierno, y con la mirada puesta en la elección presidencial del 2000, Cárdenas quedó en un lejano tercer lugar en aquella contienda, debilitado además por el "voto útil" que llevó a la derecha al poder. De todos modos, la izquierda logró conservar la ciudad de México obteniendo Andrés Manuel López Obrador alrededor del 40% de la votación. Después de un comienzo incierto, la política social del líder tabasqueño, y una maquinaria clientelar bien aceitada (Bruhn, 2010, p. 271), le permitieron construir una poderosa imagen pública que generó inmensa preocupación entre los dueños del capital, la clase política, las televisoras y la Iglesia católica, no obstante que durante su gestión López Obrador se cuidó de no dañar la relación con ésta, por lo que detuvo la aprobación del marco legal que reconocía los derechos de los homosexuales defendidos por la izquierda, dijimos, desde los setenta.

En 2005, Vicente Fox alentó el desafuero del jefe de gobierno cuando éste tenía una ventaja superior al 10% en las encuestas de opinión sobre los precandidatos de los otros partidos. Los señores del dinero utilizaron todos los recursos —lícitos e ilegales— para impedir el triunfo obradorista. Y el candidato de la izquierda, seguro de su victoria, renunció a ensanchar la alianza social que le permitiera superar a Felipe Calderón, favorecido hacia el final con el "voto útil" de los priístas y el determinante apoyo logístico de la ahora presidiaria Elba Esther Gordillo. Por su parte, el subcomandante Marcos puso en marcha "la otra campaña", negando discursivamente la política pero interviniendo directamente en la coyuntura electoral. La ridícula travesía del líder guerrillero en motocicleta (a la manera del Che Guevara en la versión cinematográfica de Walter Salles) hizo su parte en el 0.56% con que se decidió la elección presidencial. Con todo, la Coalición por el Bien de Todos obtuvo 14,756,350, sufragios (35.31%), la votación más elevada de la izquierda en toda su historia, además de haber ganado en 16 entidades federativas (IFE, 2006, pp. 67, 72 y 73).

La propaganda negativa de las televisoras, que presentaban a López Obrador

como la versión mexicana de Hugo Chávez, y decisiones equivocadas del candidato de la izquierda (el plantón en Reforma o hacerse llamar "presidente legítimo"), ahuyentaron a las clases medias, que de por sí no habían mostrado mucha simpatía hacia él. Entre varias de las posibles razones de la insensata narcoguerra de Felipe Calderón, una muy relevante fue la de imponer orden, interpretando que ese era el deseo de unas clases medias asustadas por la movilización plebeya (Atenco, Oaxaca, D.F.).

A duras penas el PRD llegó unido a las elecciones de 2012. Contra todo pronóstico, menos aún el de las casas encuestadoras que mostraron un sesgo poco profesional en favor del candidato priísta, en la elección constitucional de 2012 el político tabasqueño consiguió el 31,59% de los votos. Esto sumaba alrededor de un millón más que en 2006 y 2 millones 400 mil por encima del total de sufragios captados por los candidatos a diputados del Movimiento Progresista, la coalición que lo postuló. Fue en el centro y el sur del país, si bien no entre la población más pobre y marginada, donde el candidato presidencial de la izquierda obtuvo sus mejores números (Lorenzo Meyer, "Izquierda", Reforma, 1 de noviembre de 2012).

Ni bien se habían procesado los resultados electorales cuando sobrevino la ruptura interna. Aunque con diferencias tácticas significativas, tanto quienes se quedaron con la dirigencia perredista (la corriente Nueva Izquierda) como los que siguieron a López Obrador en MORENA, proceden del nacionalismo revolucionario. Los llamados Chuchos, una escisión del grupo que formó el PMT dando lugar al PST y algunos ex guerrilleros que se incorporaron al partido tras la amnistía decretada por López Portillo, ya en los setenta buscaban aliarse con el "'sector democrático y liberal-nacionalista de la burocracia política, encabezado por Luis Echeverría'", asumiendo que "'la única fuerza capaz de gobernar ahora es la izquierda gubernamental, la izquierda del PRI'" (citado por Rodríguez Araujo, 1982, p. 187).

Afanada en ser "moderna", la Nueva Izquierda carece de relación alguna con el movimiento obrero (condición histórica de la socialdemocracia) sin lograr al día de hoy más que convertirse en la versión actualizada del lombardismo, ese eterno socio menor del régimen mientras maduraban las "condiciones objetivas" para llegar al socialismo. Y, como en 2006, López Obrador no aceptó el resultado de la elección, ahora con la evidencia incontrovertible de que el PRI compró votos, la presunción fundada de que el dinero del crimen organizado llegó a las campañas y el argumento endeble de que únicamente por eso triunfó

Enrique Peña Nieto.

Con una prosa sencilla, machacona, el discurso político de López Obrador abreva en la historia patria y tiene un contenido moral próximo al romanticismo decimonónico, venero principal de su nacionalismo. Esta elaboración discursiva representa el conflicto social con elementos del primer socialismo, esto es, como la antítesis entre pobres y ricos fundada en la injusticia y el inequitativo reparto de los satisfactores vitales. De las clases pudientes, se salvan los empresarios comprometidos con el país, además de los dueños de giros productivos medianos y pequeños; banqueros y especuladores se sitúan en el lado opuesto de la taxonomía social del tabasqueño. También con tinte del socialismo romántico, el ideario obradorista enfatiza el objetivo de purificar la vida pública, regenerar a la nación (como bien indican las siglas de su movimiento) y evitar la violencia: “queremos la democracia”, dice, e iniciar “una revolución de las conciencias”,

Eso es más importante incluso, puedo decir, es más fructífero que una revolución armada. Porque hay veces que cambian las estructuras de poder con una revolución pero no cambia la realidad de la gente. La gente sigue pensando lo mismo y si la gente no asimila un proceso no hay garantía que ese proceso sea perdurable (Roberto Zamarripa, “No me retiro.-López Obrador”, Reforma, 23 de septiembre de 2012).

No obstante su desconfianza hacia las instituciones, justificada en la inmoralidad de quienes las administran, López Obrador pretende restaurarlas poniéndolas al servicio de las mayorías, recuperándolas del dominio espurio de unos cuantos. Esta consideración es relevante, dado que demarca su postura en relación con el planteamiento del subcomandante Marcos, quien se postula al margen de la sociedad política y de la institucionalidad estatal. El hecho de que el ex perredista se radicalizara dentro de los límites del nacionalismo revolucionario, y por tanto fuera un eventual competidor del neozapatismo, no borra esta frontera ideológica que separa sus propuestas. Y no digamos que el nacionalismo revolucionario apunta hacia el mestizo y no al indígena, sujeto social del movimiento indígena chiapaneco.

El pueblo, núcleo del mensaje obradorista, es según el político de Macuspana un ente homogéneo, homólogo a la nación y reserva moral fundamental frente a la “mafia en el poder”, integrada por políticos corruptos y capitalistas abusivos,

enemigos ambos de la patria:

Me opongo a que sigan saqueando a México. Porque la política económica neoliberal que han aplicado no es más que eso: es transferir bienes de todos los mexicanos a un grupo. Lo que ellos llaman reformas estructurales no son más que acciones en contra del interés nacional, en contra del interés del pueblo y de las conquistas sociales de los mexicanos (Ibidem).

La estrategia de recorrer el país y no perder contacto con sus bases populares también la repitió López Obrador en 2012, pero con el objetivo de constituir MORENA, integrando en una estructura partidaria a los comités locales que fueron el soporte de su campaña, aunque sin descartar ir de nuevo por la presidencia de la república:

Yo no voy a dejar de luchar toda mi vida. Digo, mientras tenga vida voy a luchar.

…acerca de que si voy a ser candidato o no voy a ser candidato en el futuro, eso le debe decidir la gente. No tienen por qué decidirlo mis adversarios. Es lo que quieren los que mandan en el país, que no me ven con buenos ojos...

Me han avejentado mis adversarios. Quieren que me retire y han echado a andar una campaña diciendo… que estoy viejo, acabado, cansado (Ibidem).

El 19 de noviembre de 2012 se realizó en la ciudad de México el congreso fundacional de MORENA en el que participaron poco menos de mil setecientos delegados de toda la geografía nacional; 86.2% de los asistentes se pronunciaron por convertir el movimiento en un partido político nacional. Para su fundador, ésta es ya la “organización social y política más importante de este país”, construida no para tomar el poder sino “para cambiar el régimen”, pues su propósito último es “que triunfe la justicia sobre el poder” (Ibidem).

NEOANARQUISTAS

Wilhelm Weitling, el sastre fundador del comunismo alemán, pensaba que los pobres debían formar grupos de choque entre los sectores más depauperados de la sociedad (parias y criminales) quienes, al no tener nada que perder y con muchos agravios por cobrar, lucharían intensamente contra la clase propietaria responsable de su condición infrahumana. Estas huestes de marginales serían la punta de lanza de la revolución social. El fenómeno actual de los black bloc nos hace volver la atención sobre una estrategia que los teóricos socialistas consideraron descabellada.[31]

El capitalismo avanzado ha producido tal cantidad de excluidos que no debería extrañarnos que aparezcan en la escena pública; donde deberíamos poner la atención es en las formas específicas de su acción. De hecho, el fenómeno acompaña a la época moderna. Como ocurre en todo conflicto, los métodos de quienes se enfrentan se van adaptando a la acción y reacción del bando contrario. El bloque negro, que ha llamado la atención en fechas recientes por su aparición en las protestas públicas en Italia, México, y especialmente en Grecia y Brasil, es una táctica de lucha empleada fundamental pero no exclusivamente por grupos anarquistas. Uno de los múltiples elementos de confusión en la manifestación de protesta contra la toma de posesión de Peña Nieto fue el despliegue de aquella táctica en la ciudad de México. Pocas semanas antes del relevo presidencial, entre 40 y 60 personas se sumaron a la “acampada” que desde junio habían instalado en el Monumento a la Revolución varios grupos de estudiantes pertenecientes al movimiento #YoSoy132. En la madrugada del 1 de diciembre, algunos de aquellos jóvenes “traían unos carritos de supermercado cargados de botellas, materiales inflamables (termita, entre ellos), huacales, palos de béisbol y mochilas también ‘cargadas’”. Estos materiales serían empleados pocas horas después por un contingente de muchachos con los rostros cubiertos, algunos con playeras con manchas rojas, quienes abrieron la imponente valla metálica (primero derribando un panel; después, chocando un camión de basura contra la alambrada) que la policía federal desplegó para impedir el acceso a San Lázaro. Entre tanto, otros bloques, también de encapuchados, destrozaban el mobiliario urbano adyacente. Hacia el mediodía, la operación se repitió en la Avenida Juárez tomando como objetivo franquicias de empresas transnacionales. El “Bloque Negro México”, a la vez que se deslindó de “la violencia sin sentido”, admitió “que los ‘destrozos’ de ayer los hizo el pueblo, en una respuesta natural

a la violencia provocada por el Estado durante tantos años” (Adolfo Gilly, “La provocación del primer día”, La Jornada, 17 de diciembre de 2012; “Comunicado de Bloque Negro México sobre los acontecimientos del 1 de diciembre”, Webguerrillero. Periódico digital de las izquierdas del siglo XXI, 2 de diciembre de 2012).[32]

Mientras el Estado suele achacar las protestas sociales a fuerzas oscuras y externas, la izquierda invierte la explicación y acostumbra atribuir la violencia emanada del movimiento social a provocaciones montadas desde el poder. Pero esta presunción no siempre es certera. La violencia, que penetra cada vez más la sociedad mexicana y se agrava con el persistente asesinato de líderes sociales rasgando aún más el entramado comunitario, encontró terreno fértil en algunos de los grupos que se radicalizaron tras la huelga de 1999 y en una franja juvenil con escasas oportunidades de desarrollo y altas posibilidades de incorporarse a la delincuencia, de tal manera que podemos hablar de la relativa lumpenización de la población de educación media superior y universitaria. Los videos de la marcha del 2 de octubre de 2013, que muestran el asalto a establecimientos comerciales del centro de la capital y el robo de la cámara del enviado de un medio electrónico, ilustran esta afirmación.

Resulta difícil identificar plenamente a las organizaciones que confluyen en los actos de protesta. De acuerdo con algunas fuentes, participan el Frente Popular Revolucionario (un remanente de la insurrección oaxaqueña de 2006), el Frente Oriente (con presencia en la ciudad de México y la zona conurbada del Estado de México, que formó la Asamblea Popular de los Pueblos de Oriente), además de otros pequeños grupos de distintas escuelas universitarias. También refieren a la fracción mexicana de la Federación Anarquista Informal (FAI) y a células de otras organizaciones del mismo signo ideológico. Aparte del enfrentamiento con la policía, y el ataque a las firmas emblemáticas del capital extranjero (sucursales bancarias, hoteles de lujo, Oxxo, etcétera), su objetivo sería asediar al “sistema tecnoindustrial” (Arturo Rodríguez García, “El Estado es el violento”, Proceso, 19 de mayo de 2013; “¿Quiénes protestaron el 1 de diciembre y por qué? I”, Animal Político, 25 de noviembre de 2013; Marco Appel, “Alarma por los anarquistas mexicanos”, Proceso, 21 de abril de 2013; Marco Appel, “Anarquistas: lo del 1 de diciembre fue ‘autodefensa’”, Proceso, 16 de diciembre de 2012).

Las implicaciones de lo que el anarquismo histórico llamaba “acción directa” son múltiples. La más inmediata es que niega la política: primero, porque la

considera intrínsecamente espuria; segundo, dado que las formaciones partidarias contemporáneas más poderosas buscan un hipotético centro, con lo que diluyen las diferencias y, en consecuencia, la elección entre un partido A y un partido B carece de sentido. En cualquier caso, el poder no pertenece a la gente sino al capital. Por otra parte, la acción misma clausura por principio toda negociación con la autoridad, no sólo de parte del bloque negro, sino de todo el conjunto de los manifestantes. La postura radical, incluso siendo claramente minoritaria, se afirma en el acto de fuerza e impone al conjunto del movimiento social su propia lógica. Carece de fines ulteriores, pues, aunque sus enemigos declarados son el Estado y el capital ("atacar la propiedad privada, y a sus guardianes serviles, es reivindicar la superioridad de la vida sobre la dictadura de los objetos", comunicó la "Coordinadora de las sombras" poco después de los acontecimientos del 2 de octubre), se consuma al momento de realizarse: cada cosa destruida o policía inhabilitado son más que simples medios en una lucha de largo plazo (como habría pensado el anarquismo histórico al imaginar todavía un futuro) ya que constituyen el objeto mismo de la acción, son para los rebeldes posmodernos el propósito final en un presente carente de horizonte: "no nos dejaron soñar, ahora no los dejaremos dormir", advierten.[33]

Epílogo

Históricamente la cuestión social y la izquierda caminaron juntas: una es la razón de ser de la otra. La izquierda se postula dentro de una dimensión temporal concreta y finita: su acción tiene sentido mientras vivamos en el reino de la necesidad. De la misma forma que la caída del muro de Berlín acabó con la fantasía de que un tercio de la humanidad había traspasado ese umbral, la reciente crisis económica global deportó de la poshistoria a cientos de miles de ciudadanos europeos. Brasil nos recuerda puntualmente la fragilidad de esta condición. Sin embargo, la ilusión de traspasar un horizonte poshistórico, y por tanto infranqueable, sintomáticamente aproxima el apotegma neoliberal, sobre el cual el siglo XX dejó crueles enseñanzas, al credo comunista: ambos comparten la creencia de que basta la ingeniería social para corregir las desviaciones de una ruta preestablecida por la razón.

Hijo rebelde de la Ilustración, el socialismo se pensó siempre como futuro: una sociedad nueva y mejor que daría solución a la cuestión social. Detrás del muro, empero, no había más que ruinas. La izquierda no se aventuró a reconfigurar su perspectiva aceptando sin más que el futuro ya no le pertenecía, que la historia había llegado a su fin. El socialismo mexicano simplemente cambió de horizonte: enterró la revolución de Octubre y exhumó la revolución Mexicana. En la medida que ésta era un proyecto por cumplirse, a su manera recompuso la historicidad fracturada por la posmodernidad[34], pero no a partir de la postura crítica con respecto de su trayectoria que otorgara coherencia a su práctica, sino desde un pasado fetichizado por sus propias expectativas irrealizadas.

Para que la izquierda perfile el futuro y rompa con el presente continuo de la posmodernidad, tiene que compaginar su ideario con las condiciones actuales no para minimizar sus objetivos, sino para alcanzarlos repensando el socialismo como una corriente plural, abierta y contradictoria. La matriz ilustrada de la izquierda socialista la compromete con la razón, pero también con la ética secular que le impone límites, por lo que debe conformar una alternativa civilizatoria que recupere el dominio de los hombres sobre las cosas. Por mencionar algo que desafortunadamente para nosotros no es una abstracción sino parte de la realidad diaria, la economía criminal, esto es, la forma extrema de la maximización de las ganancias dentro de la racionalidad capitalista,

degradó la vida y dignidad de las personas al grado de carecer ya de cualquier valor.

La equidad está en el núcleo del sujeto político que llamamos izquierda y constituye un componente sustantivo de su concepción moral. Sabemos ahora que aquélla no puede imponerse por la fuerza, pero también que el mercado reproduce y acrecienta la desigualdad social. Ésta se naturalizó mediante la díada racismo/clasismo, fuente primaria de la discriminación en nuestro país. Para revertir esta tendencia, la izquierda ha propuesto modificar la base material de la reproducción social (extendiendo o socializando la propiedad, sin que ello suponga su estatización), políticas públicas redistributivas, la ampliación de los derechos individuales y colectivos (a ganarse la vida dignamente, por ejemplo), y una república que reúna a los diferentes reconociéndolos como iguales.

Ante la vacuidad de la política contemporánea, más un performance que un espacio deliberativo en el que imperen las mejores razones, y con el gobierno real de poderes ajenos al control democrático, cabe recordar que la izquierda significó la democracia como radical, extensiva, social e incluyente. Ya fuera en las revoluciones de 1848, donde el bloque socialista de la asamblea nacional planteó otorgar el sufragio al pueblo llano y a las mujeres, hasta lo que Carlos Pereyra denominaba "la democratización del Estado y de la sociedad" (Pereyra, 1990, p. 225), la construcción democrática pasa por la integración de los subalternos (trabajadores, campesinos, indígenas), rebasa a la sociedad política hasta llegar a la sociedad civil y apunta, junto con la transparencia del sistema electoral, al fortalecimiento de la ciudadanía. La elección libre requiere un mínimo de bienestar general y herramientas e insumos adecuados para la reflexión. La postura socialista considera también un control de los representantes por parte de los electores y la rendición de cuentas, por lo que insiste en la revocación del mandato, además de la habilitación de mecanismos de participación propios de la democracia directa a la que es afín un segmento importante de la izquierda.

La democracia exige el compromiso con las instituciones estatales, que para liberales y socialistas deben preservar un carácter laico de manera tal que puedan garantizar la libertad de todos. Pero la diversidad étnica reclama replantearse la premisa liberal del Estado homogéneo, que la mestizofilia oficial vertebró discursivamente. A la discusión pública de la izquierda de la década de 1970 y 1980 acerca de un proyecto nacional que incorporara a los subalternos, reconociera los derechos de género y de las minorías, el neozapatismo agregó la

cuestión indígena, reformuló el tema de las autonomías e hizo notar el carácter plurinacional de la república, lo cual empata con el objetivo socialista de potenciar a los agregados comunitarios articulándolos mediante un pacto federativo no jerárquico. Esta posición, así como el replanteamiento de la soberanía nacional ante la globalización, fuerzan en sentido positivo a la izquierda a refrendar el fundamento universalista y cosmopolita del socialismo.

El debilitamiento de lo público (como noción y también como conjunto de instituciones) que trajo consigo el capitalismo desregulado[35] menguó los instrumentos de resistencia y protección social de los trabajadores, haciéndolos más vulnerables a la economía criminal y a la voracidad de las empresas que no respetan los derechos básicos de los asalariados; otras más depredan el ambiente con la tolerancia estatal. La trata de personas, las plantaciones agrícolas y el ingente consumo de brazos del narcotráfico son algunas de las formas contemporáneas del trabajo forzado que, junto con las distintas variantes de la informalidad, por no hablar del renacimiento del trabajo infantil, forman parte de la agenda de la izquierda.

Todavía hoy el socialismo, entendido en su sentido más amplio y plural, constituye la crítica más completa e incisiva a la civilización del capital. No obstante el naufragio de las tentativas revolucionarias del siglo XX, decía Hobsbawm que “el mundo no cambiará por sí solo” (Hobsbawm, 2003, p. 379). Lo que está por verse es si es posible integrar una voluntad colectiva que articule la rebeldía cotidiana, la oriente en dirección de ese cambio y cedan las resistencias que se le oponen. A diferencia de los precursores de esta tradición política, no tenemos certeza alguna que esto ocurra y, en caso de suceder, desconocemos cuál será la forma específica que adopte. Lo que sí sabemos es que la acción organizada permite recomponer los fragmentos de la historicidad perdida, sumar fuerzas y encontrar tal vez una oportunidad.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

ARCHIVOS

Archivo General de la Nación (AGN)

Archivo Gregorio y Marta Selser, Universidad Autónoma de la Ciudad de México (AGMS-

UACM)

Archivo Histórico de la Casa de la Cultura Jurídica en el Estado de Querétaro (AHCJEQ)

Archivo Histórico del Estado de Querétaro (AHEQ)

Archivo Histórico Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores, México (AREM)

Centro de Documentación de los Movimientos Armados (CEDEMA)

Colección Porfirio Díaz, Universidad Iberoamericana (CPD-UIA)

Departamento de Estado, documentos desclasificados de la Embajada de los Estados

Unidos en México

FUENTES ÉDITAS

Adorno, Juan Nepomuceno, Catecismo de la providencialidad del hombre, derivada de los sentimientos de religiosidad, moralidad, sociabilidad y

perfectibilidad propios de la especie humana, e indicantes del camino de ésta sobre la Tierra (México, Tipografía de Juan Abadiano, 1862).

Altamirano, Ignacio Manuel, El Zarco/La Navidad en las montañas, 1901, 1871, 23ª ed., introducción de María del Carmen Millán (México, Porrúa, 2000).

---, “Discurso pronunciado por el ciudadano licenciado… en la celebración del segundo aniversario de la Sociedad de Socorros Mutuos de Impresores”, Historia Obrera, núm. 2, 1974, pp. 28-29.

Bakunin, Mijail, Estatismo y anarquía, Buenos Aires, Anarres, 2006.

Bañuelos, Juan A., “Proyecto de constitución política de la clase trabajadora de la república”, en El Socialista, 25 de enero de 1874.

Campa, Valentín, Mi testimonio. Memorias de un comunista mexicano, 1978, 2ª. ed. corregida y aumentada (México, Ediciones de Cultura Popular, 1985).

Casa del Obrero Mundial, Pacto celebrado entre la Revolución constitucionalista y la Casa del Obrero Mundial [edición facsimilar], (México, AGN/CEHSMO, 1979).

Castillo, Heberto y Francisco José Paoli Bolio, ¿Por qué un nuevo partido? ¡Los trabajadores al poder! (México, Posada, 1975).

Comandancia General del EZLN, Declaración de la Selva Lacandona (1993).

Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General del EZLN, Segunda Declaración de la Selva Lacandona (1994).

---, Tercera Declaración de la Selva Lacandona (1995).

---, Cuarta Declaración de la Selva Lacandona (1996).

---, Quinta Declaración de la Selva Lacandona (1998).

---, Sexta Declaración de la Selva Lacandona (2005).

“Declaración de principios aceptados por el Primer Congreso Nacional Socialista, celebrado en México, del 25 de agosto al 4 de septiembre de 1919”,

en Spenser y Ortiz Peralta, 2006, pp. 47-49.

Declaración de Principios del Partido de la Revolución Democrática (aprobada en su VI Congreso Nacional) Zacatecas, 24-28 de abril del 2001.

“Dos años de Historia y Sociedad”, Historia y Sociedad, núm. 8, 1967, pp. 1-5.

Flores Magón, Ricardo, Artículos políticos, 1911, recopilación de Chantal López y Omar Cortés (México, Antorcha, 1980).

---, La primera Guerra Mundial y la Revolución rusa (México, Antorcha, 1983).

---, La Revolución mexicana, 1970, 3ª ed. (México, Editores Mexicanos Unidos, 2001).

---, Correspondencia (1899-1918), edición, prólogo y notas Jacinto Barrera Bassols (México, CONACULTA, 2000). Obras completas I.

---, Correspondencia (1919-1922), edición, prólogo y notas Jacinto Barrera Bassols (México, CONACULTA, 2000). Obras completas II.

---, Artículos políticos seudónimos, edición, prólogo y notas Jacinto Barrera Bassols (México, CONACULTA, 2005). Obras completas V.

---, Obra literaria, edición, prólogo y notas Jacinto Barrera Bassols, 2 vols. (México, CONACULTA, 2009). Obras completas IV.

Goldman, Emma, Tráfico de mujeres y otros ensayos sobre feminismo, prólogo de Alix Shulman, traducción de Ana Becciù (Barcelona, Anagrama, 1977).

“Hacia un partido revolucionario de masas (proyecto de resolución sobre la construcción del partido para el v Congreso Nacional del PRT)”, Cuadernos de La Batalla, núm 6, 1987, 37pp.

Huitrón, Jacinto, Orígenes e historia del movimiento obrero en México, 3ª ed. (México, Editores Mexicanos Unidos, 1984).

IFE, Elecciones federales 2006 (México, IFE, 2006).

“Informe a la Komitern sobre las actividades de León Trotsky en México y de

los trotskistas en América Latina (febrero de 1940)”, en Spenser, 2007, pp. 357-363.

Kropotkin, Piotr, La conquista del pan, prólogo de Frank Mintz, prólogo a la primera edición francesa de Elisée Reclus (Buenos Aires, Libros de Anarres, 2011).

Marx, Karl, Notas marginales sobre la obra de Bakunin, El estatismo y la anarquía, estudio preliminar de Henry Mayer, edición y traducción de J. Robles (Bogotá, Controversia, 1975).

Meyer, Eugenia, comp., John Kenneth Turner periodista de México (México, Era/UNAM, 2005).

Nettlau, Max, Actividad anarquista en México, edición e introducción de Jacinto Barrera Bassols, traducción de Diana Stoyanova Tasseva y Lucrecia Gutiérrez Maupomé (México, INAH, 2008)

Orive, Adolfo, “Construyendo Poder Popular, ciudadanía y comunidad. Una introducción”, en Orive, 2010, pp. 19-52.

---, coord., Poder Popular (México, Juan Pablos/Fundación México Social, 2010).

Owen, Albert Kimsey, Interesting data concerning the harbor of Topolobampo and the State of Sinaloa, Mexico (Washington, Gibson Brothers, Printers, 1883).

---, Sueño de una ciudad ideal, en García Cantú, 1969, pp. 403-412.

---, Obras, presentación de Sergio Ortega Noriega (México, Siglo Veintiuno, 2003).

Pimentel, Francisco, Dos obras de Francisco Pimentel, estudio introductorio de Enrique Semo (México, CONACULTA, 1995).

Pizarro, Nicolás, Obras, edición, estudio preliminar, recopilación y notas de Carlos Illades y Adriana Sandoval, 3 vols. (México, UNAM, 2005).

“Plan Socialista”, en García Cantú, 1969, pp. 67-71.

"Plataforma electoral del PRT. Por una salida nacional, democrática y popular", La Batalla, núm. 11, 1985, pp. 5-22.

Primer Congreso Obrero Socialista celebrado en Motul, Estado de Yucatán. Bases que se discutieron y aprobaron (México, CEHSMO, 1977).

Ramírez, Ignacio, Obras, 2 vols., biografía por Ignacio Manuel Altamirano (México, Editorial Nacional, 1952).

Regeneración 1900-1918, selección y notas de Armando Bartra (México, Era, 1977).

Regeneración (1900-1901), introducción, compilación y notas de Jacinto Barrera Bassols (México, CONACULTA, 2003). Obras completas III.

Regeneración (1910), introducción, compilación y notas de Jacinto Barrera Bassols (México, CONACULTA, 2011). Obras completas VII.

"Reglamento de la Compañía de Artesanos de Guadalajara", en Illades, 2001, pp. 171-195.

Revueltas, José, Obras completas, edición, recopilación y notas de Andrea Revueltas y Philippe Cheron, 24 vols. (México, Era, 1978-1983).

---, Ensayo sobre un proletariado sin cabeza, 1962, 2ª ed. (México, Era, 1980), Obras completas 17.

---, México 68: juventud y revolución, prólogo de Roberto Escudero (México, Era, 1979), Obras completas 15.

Rhodakanaty, Plotino C., Obras, edición, prólogo y notas de Carlos Illades, recopilación de María Esther Reyes Duarte (México, UNAM, 1998).

--- y Juan de Mata Rivera, Pensamiento socialista del siglo XIX, edición, prólogo y notas de Carlos Illades, recopilación de María Esther Reyes Duarte (México, UNAM, 2001).

Rico Galán, Víctor, Escritos políticos 1966-1971 (México, Proletariado y Revolución, 1984).

Segundo Congreso Obrero de Izamal. Convocatoria a las Ligas de Resistencia por el Partido Socialista del Sureste (México, CEHSMO, 1977).

Sierra, Justo, director literario, México su evolución social, 3 volúmenes en 2 tomos (Barcelona, Santiago Ballescá, 1900-1902).

"Sobre la expulsión de tres militantes del PCM (marzo de 1940)", en Spenser, 2007, pp. 499-500.

Spenser, Daniela, ed., "Unidad a toda costa": la Tercera Internacional en México durante la presidencia de Lázaro Cárdenas (México, CIESAS, 2007).

--- y Rina Ortiz Peralta, eds., La Internacional Comunista en México: los primeros tropiezos. Documentos, 1919-1922 (México, INEHRM, 2006).

Turner, John Kenneth, México Bárbaro (México, Época, 1978).

Valverde Téllez, Emeterio, Bibliografía filosófica mexicana, estudio introductorio de Herón Pérez Martínez, índices de Pilar González y Marcelo Sada, 2 vols. (México, El Colegio de Michoacán, 1989), edición facsimilar.

Wilkie, James W. y Edna Monzón Wilkie, Frente a la Revolución mexicana. 17 protagonistas de la etapa constructiva. Candidatos y presidente: Vicente Lombardo Toledano, Juan Andreu Almazán, Ezequiel Padilla, Emilio Portes Gil, prefacio de Rafael Rodríguez Castañeda (México, UAM, 2004), ccxciv-566pp.

Zarco, Francisco, Escritos literarios, 1968, 2ª ed., selección, prólogo y notas de René Avilés (México, Porrúa, 1980).

Zayas Enríquez, Rafael de, La redención de una raza. Estudio sociológico (Veracruz, Tipografía de Rafael de Zayas, 1887).

BIBLIOGRAFÍA

Abramson, Pierre-Luc, Las utopías sociales en América Latina en el siglo XIX (México, FCE, 1999).

Adame Goddard, Jorge, El pensamiento político y social de los católicos mexicanos 1867-1914 (México, UNAM, 1981).

Aguayo Quesada, Sergio, La Charola. Una historia de los servicios de inteligencia en México (México, Grijalbo, 2001).

Aguilar Camín, Héctor, Pensando en la izquierda (México, FCE, 2008).

Aguilar V., Rubén y Jorge G. Castañeda, El narco: la guerra fallida (México, Punto de Lectura, 2009).

Alonso Vargas, José Luis, “La guerrilla socialista contemporánea en México”, en Oikón Solano y García Ugarte, eds., 2008, I, pp. 129-143.

Anaya, Martha, 1988. El año en que calló el sistema (México, Debolsillo, 2009).

Anaya Pérez, Marco Antonio y María Gloria Trujano Fierro, "Julio López, precursor del ideal zapatista (1868)", Sólo Historia, 4, 1999, pp. 63-70.

Anguiano, Arturo, Entre el pasado y el futuro. La izquierda en México, 1969-1995 (México, UAM, 1997).

---, “El eclipse de la izquierda en México”, en Anguiano, 1991, pp. 355-390.

---, coord., El socialismo en el umbral del siglo XXI (México, UAM, 1991).

Argüedas, Ledda, “El Movimiento de Liberación Nacional: una experiencia de la izquierda mexicana de los sesentas”, Revista Mexicana de Sociología, XXIX(1), 1977, pp. 229-249.

Armand, F. y R. Maublanc, Fourier, 1940 (México, FCE, 1984).

Arrom, Silvia Marina, “Mexican Laywomen Spearhead a Catholic Revival: The Ladies of Charity, 1863-1910”, en Nesvig, 2007, pp. 50-77.

Barbosa Cano, Fabio, La CROM, de Luis N. Morones a Antonio J. Hernández (Puebla, UAP. 1980).

---, “La izquierda radical en México”, Revista Mexicana de Sociología, vol. XLVI(2), 1984, pp. 111-138.

Bartra, Armando, “Introducción”, en Regeneración 1900-1918, pp. 13-66.

Bartra, Roger, Las redes imaginarias del poder político (México, Era, 1981).

---, La democracia ausente, 1982, 2ª ed. (México, Grijalbo, 1986).

---, La sangre y la tinta. Ensayos sobre la condición postmexicana (México, Océano, 1999).

Bassols, Narciso, Obras, 1964, introducción de Jesús Silva Herzog, preámbulos de Alonso Aguilar Monteverde y Manuel Mesa (México, FCE, 1979).

Béguin, Albert, Creación y destino, 1973, 2 vols., selección y notas de Pierre Grotzer (México, FCE, 1986).

Belaval, Yvon, dir., Historia de la filosofía, 1972, 12a ed., 11 vols. (México, Siglo Veintiuno, 1992).

Bellingeri, Marco, Del agrarismo armado a la Guerra de los pobres 1940-1974 (México, Juan Pablos/Secretaría de Cultura de la Ciudad de México, 2003).

Berlin, Isaiah, Las raíces del romanticismo, edición de Henry Hardy (Madrid, Taurus, 2000).

---, Karl Marx. Su vida y su entorno, prólogo de Alan Ryan, traducción de Roberto Bixio (Madrid, Alianza, 2009).

Blancarte, Roberto J., comp., El pensamiento social de los católicos mexicanos (México, FCE, 1996).

Blanquel, Eduardo, Ricardo Flores Magón (México, CREA, 1985).

Bonfil Batalla, Guillermo, México profundo: una civilización negada (México, CONACULTA/Grijalbo, 1990).

Bruhn, Kathleen, “La evolución de la izquierda mexicana”, en Castañeda y Morales, 2010, pp. 263-280.

Carr, Barry, La izquierda mexicana a través del siglo XX (México, Era, 1996).

Castañeda, Jorge G., La herencia. Arqueología de la sucesión presidencial en

México (México, Alfaguara, 1999).

--- y Marco A. Morales, eds., Lo que queda de la izquierda. Relatos de las izquierdas latinoamericanas (México, Taurus, 2010).

Castellanos, Laura, México armado 1943-1981 (México, Era, 2007).

Ceballos Ramírez, Manuel, “La encíclica Rerum Novarum y los trabajadores católicos de la ciudad de México (1891-1913)”, Historia Mexicana, núm. 129, 1983, pp. 3-37.

---, El catolicismo social: un tercero en discordia. Rerum Novarum, la “cuestión social” y la movilización de los católicos mexicanos 1891-1911 (México, El Colegio de México, 1991).

Cevasco, María Elisa, Para leer a Raymond Williams (Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2003).

Chávez Orozco, Luis, Datos para la prehistoria del socialismo en México (México, Secretaría de la Economía Nacional, 1935).

Coatsworth, John H., Los orígenes del atraso. Nueve ensayos de historia económica de México en los siglos XVIII y XIX (México, Alianza, 1990).

Cockcroft, James D., Precursores intelectuales de la Revolución mexicana (México, Siglo Veintiuno, 1971).

Cole, Geroge Douglas Howard, Historia del pensamiento socialista, 8 vols. (México, FCE, 1957-1963).

Concheiro, Elvira, Massimo Modonesi y Horacio Crespo, coords., El comunismo: otras miradas desde América latina (México, UNAM, 2007).

Condés Lara, Enrique, Los últimos años del Partido Comunista Mexicano, 1969-1981 (Puebla, UAP, 1990).

---, Represión y rebelón en México (1959-1985), 3 vols. México, Miguel Ángel Porrúa/BUAP, 2007-2009).

Connaughton, Brian, Entre la voz de Dios y el llamado de la patria (México,

FCE/UAM, 2011).

Córdova, Arnaldo, La ideología de la Revolución mexicana. La formación del nuevo régimen (México, Era, 1973).

---, La política de masas del cardenismo, 1974, 2ª ed. (México, Era, 1976).

Crespo, Horacio, “El comunismo mexicano en 1929: ‘el giro a la izquierda’ en un momento de confusión”, en Concheiro, Modonesi y Crespo, 2007, pp. 559-586.

De la Grange, Bertrand y Maite Rico, Marcos, la genial impostura (México, Aguilar, 1998).

De la Torre, Federico, “Les idées socialistes au Mexique au milieu du XIXe siècle: Guadalajara et ses liens avec le fouriérisme de Victor Considerant”, Cahiers Charles Fourier. Victor Considerant (1808-2008), núm. 19, 2008, pp. 61-77.

De Paz, Alfredo, La revolución romántica. Poéticas, estéticas, ideologías (Madrid, Tecnos, 1992).

Del Valle, Luis G., “Teología de la Liberación en México”, en Blancarte, comp., 1996, pp. 230-265.

Echeverría, Bolívar, Las ilusiones de la modernidad (México, El Equilibrista/UNAM, 1995).

Escontrilla Valdez, Hugo Armando, “El catolicismo social en la Iglesia mexicana”, Política y Cultura, núm. 31, 2009, pp. 139-159.

Fernández Chirsltieb, Paulina, El espartaquismo en México (México, El Caballito, 1978).

Fuentes, Carlos, “Opciones críticas en el verano de nuestro descontento”, Plural, núm. 11, 1972, pp. 3-9.

Gall, Olivia, Trotsky en México y la vida política en el periodo de Cárdenas, 1937-1940 (México, Era, 1991).

Gamiño Muñoz, Rodolfo, Guerrilla, represión y prensa en la década de los setenta en México. Invisibilidad y olvido (México, Instituto Mora, 2011).

García Cantú, Gastón, El socialismo en México. Siglo XIX (México, Era, 1969).

Gill, Mario, "Los Escudero de Acapulco", Historia Mexicana, núm. 10, 1953, pp. 291-308.

---, "Mochis, fruto de un sueño imperialista", Historia Mexicana, núm. 18, 1955, pp. 303-320.

---, La conquista del Valle del Fuerte, 1957 (México, Siglo Veintiuno, 2003).

Gilly, Adolfo, "1989", en Anguiano, 1991, pp. 75-87.

Glockner, Fritz, Memoria roja. Historia de la guerrilla en México 1943-1968 (México, Ediciones B, 2007).

Gómez Quiñonez, Juan, "Sin frontera, sin cuartel. Los anarcocomunistas del PLM, 1900-1930", Tzintzun, núm. 47, 2008, pp. 161-196.

González Casanova, Pablo, En el primer gobierno constitucional, 1917-1920 (México, Siglo Veintiuno, 1980).

González de Oleaga, Marisa y Ernesto Bohoslavsky, El hilo rojo. Palabras y prácticas de la utopía en América Latina (Buenos Aires, Paidós, 2009).

Gutiérrez, Florencia, El mundo del trabajo y el poder político. Integración, consenso y resistencia en la ciudad de México a fines del siglo XIX (México, El Colegio de México, 2011).

Hart, John Mason, El anarquismo y la clase obrera mexicana, 1860-1931 (México, Siglo Veintiuno, 1980).

Hernández Padilla, Salvador, El magonismo: historia de una pasión libertaria 1900-1922, 1984, 2ª ed. (México, Era, 1999).

Hobsbawm, Eric J., Historia del siglo XX (Barcelona, Crítica, 1995).

---, Años interesantes. Una vida en el siglo XX (Barcelona, Crítica, 2003).

---, Cómo cambiar al mundo (Barcelona, Crítica, 2011).

Honour, Hugh, El romanticismo (Madrid, Alianza, 1981).

Illades, Carlos, Rhodakanaty y la formación del pensamiento socialista en México (Barcelona, Anthropos/UAM, 2002).

---, Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano (México, CONACULTA, 2005).

---, Las otras ideas. Estudio sobre el primer socialismo en México 1850-1935 (México, Era/UAM, 2008).

---, “La Reunión y La Logia: dos utopías sociales en América del Norte”, en González de Oleaga y Bohoslavsky., 2009, pp. 173-186.

---, Guerrero. Historia breve (México, FCE/El Colegio de México, Fideicomiso para Historia de las Américas, 2010).

---, La inteligencia rebelde. La izquierda en el debate público en México 1968-1989 (México, Océano, 2012).

--- y Andrey Schelchkov, coords., Mundos posibles. El primer socialismo en Europa y América Latina, prólogo de Enrique Semo (México, El Colegio de México/UAM, 2014).

Jameson, Fredric, El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado (Barcelona, Paidós, 1991).

Judt, Tony, Algo va mal (México, Taurus, 2010).

Lallement, Michel, Le travail de l’utopie. Godin et le familistère de Guise (París, Les Belles Lettres, 2009).

Lear, John, Workers, neighbors, and citizens. The Revolution in Mexico City (Lincoln, University of Nebraska Press, 2001).

---, “El trabajador cualificado de la ciudad de México en los años de la Revolución”, en Sanz Rosalén y Piqueras Arenas, 2005, pp. 331-342.

---, “La revolución en blanco, negro y rojo: arte, política y obreros en los inicios del periódico El Machete”, Signos Históricos, núm. 18, 2007, pp. 108-147.

Leeds Kerr, John (con la colaboración de Frank Donovan), Destino Topolobampo. El ferrocarril de Kansas City, México y Oriente (México, Siglo Veintiuno, 2003).

Löwy, Michael, El marxismo en América Latina (de 1909 a nuestros días). Antología (México, Era, 1982).

Macías Cervantes, César Federico, Genaro Vázquez, Lucio Cabañas y las guerrillas en México entre 1960 y 1974 (Puebla, BUAP/Universidad de Guanajuato, 2008).

Maciel, David R., Ignacio Ramírez ideólogo del liberalismo social en México (México, UNAM, 1980).

Maldonado, Francisco Severo, “Contrato de asociación para la República de los Estados Unidos del Anáhuac”, en Rovira, 1998-2001, I, pp. 260-279.

Maluquer de Motes, Jordi, El socialismo en España, 1833-1868 (Barcelona, Crítica, 1977).

Mannheim, Karl, “El problema de las generaciones”, Reis, núm. 62, 1993, pp. 193-242.

Martínez Verdugo, Arnoldo, “De la anarquía al comunismo”, en Martínez Verdugo, 1985, pp. 15-72.

---, “Hacia el movimiento de masas”, en Martínez Verdugo, 1985, pp. 73-126.

---, ed., Historia del comunismo en México (México, Grijalbo, 1985).

Márquez Fuentes, Manuel y Octavio Rodríguez Araujo, El Partido Comunista Mexicano en el periodo de la Internacional Comunista: 1919-1943 (México, El Caballito, 1973).

Michelet, Jules, El pueblo, traducción Odile Guilpain (México, FCE, 2005).

Modonesi, Massimo, La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana

(México, Juan Pablos/UCM, 2003).

Molina Enríquez, Andrés, Los grandes problemas nacionales (México, CEHAM, 1984).

Monsiváis, Carlos, “Revueltas: crónica de una vida militante (“Señores, a orgullo tengo…”)”, en Olea Franco, 2010, pp. 15-64.

Montemayor, Carlos, Chiapas, la rebelión indígena de México (México, Joaquín Mortiz, 1997).

---, Las armas del alba (México, Joaquín Mortiz, 2003).

---, Guerra en El Paraíso, 1991 (México, FCE, 2006). Obras reunidas 1.

---, La violencia de Estado en México. Antes y después de 1968 (México, Random House, 2010).

Moore, Barrington, La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión (México, UNAM, 1989).

Musacchio, Humberto, El Taller de Gráfica Popular (México, FCE, 2007).

Nesvig, Martin Austin, ed., Religious Culture in Modern Mexico (Lanham, Rowman and Littlefield Publishers, Inc., 2007).

Oikión Solano, Verónica y Marta Eugenia García Ugarte, eds., Movimientos armados en México, siglo XX, 3 vols. (México, El Colegio de Michoacán/CIESAS, 2008).

O’Gorman, Edmundo, “La Iglesia y los indígenas”, Nexos, núm. 196, 1994, pp. 32-33.

Olea Franco, Rafael, ed., José Revueltas: la lucha y la esperanza (México, El Colegio de México, 2010).

Orozco Orozco, Víctor, “La guerrilla chihuahuense de los sesenta”, en Oikón Solano y García Ugarte, eds., II, pp. 337-360.

Ortega, Max y Alicia Solís de Alba, La izquierda mexicana. Una historia

inacabada (México, Itaca, 2012).

Ortega Noriega, Sergio, El Edén subvertido. La colonización de Topolobampo, 1886-1896 (México, INAH, 1978).

Otero, Mariano, Ensayo sobre el verdadero estado de la cuestión social y política que se agita en la República mexicana, prólogo de Daniel Molina (México, INJUVE, 1964).

Overmyer-Velázquez, Mark, "'A New Political Religious Order': Church, State and Workers in Porfirian Mexico", en Nesvig, ed., 2007, pp. 129-156.

País de muertos. Crónicas contra la impunidad, introducción de Diego Enrique Osorno (México, Debate, 2011),

Paoli Bolio, Francisco José y Enrique Montalvo, El socialismo olvidado de Yucatán, 1977, 2ª ed. (México, Siglo Veintiuno, 1980).

Paz, Octavio, El peregrino en su patria. Historia y política de México (México, FCE, 1994). Obras completas 8.

---, "Bohemia y revolución", en Paz, 1994, pp. 498-499.

---, "Chiapas: hechos, dichos y gestos", Vuelta, núm. 209, 1994, pp. 55-57.

Peláez, Gerardo, "Los años de clandestinidad", en Martínez Verdugo, 1984, pp. 127-150.

Perales Ojeda, Alicia, Las asociaciones literarias mexicanas, 1957, 2ª ed. (México, UNAM, 2000).

Pereyra, Carlos, Política y violencia (México, FCE, 1974).

---, Sobre la democracia, edición de Luis Salazar (México, Cal y Arena, 1990).

Picard, Roger, El romanticismo social (México, FCE, 1947).

Priestland, David, Bandera roja. Historia política y cultural del comunismo (Barcelona, Crítica, 2010).

Raat, William Dirk, Los revoltosos. Rebeldes mexicanos en los Estados Unidos

1903-1923 (México, FCE, 1988).

Ramírez Cuevas, Jesús, “Camino a la barbarie (la voz de las víctimas)”, en País de muertos, 2011, pp. 231-250.

Ramírez Salas, Mario, “La relación de la Liga Comunista 23 de Septiembre y el Partido de los Pobres en el estado de Guerrero en la década de los setenta”, en Oikón Solano y García Ugarte, 2008, II, pp. 527-547.

Rangel Lozano, Claudia E. G. y Evangelina Sánchez Hernández, “La guerra sucia en los setenta y las guerrillas de Genaro Vázquez y Lucio Cabañas en Guerrero”, en Oikón Solano y García Ugarte, 2008, II, pp. 495-525.

Reina, Leticia, Las rebeliones campesinas en México, 1819-1906 (México, Siglo Veintiuno, 1980).

Reyes Heroles, Jesús, El liberalismo mexicano, 1957, 3ª ed., 3 vols. (México, FCE, 1982).

Reynolds, Ray, Cat’s paw utopía (El Cajón, edición del autor, 1972).

Ribera Carbó, Anna, La Casa del Obrero Mundial. Anarcosindicalismo y revolución en México (México, INAH, 2010).

Roa Bárcena, José María, La quinta modelo (México, SEP/Premia, 1984).

Robertson, Thomas, Utopía en Sinaloa (México, Siglo Veintiuno, 2003).

Rodríguez Araujo, Octavio, La reforma política y los partidos en México, 1979, 5ª ed. (México, Siglo Veintiuno, 1982).

Rosales Suasti, José, “Los socialistas libertarios: rebeldes incomprendidos del Distrito de Querétaro, 1879-1884”, Gaceta del Archivo Histórico Municipal de Querétaro, 2006, pp. 3-5.

---, “La rebelión campesina socialista queretana 1879-1884 y el congreso anarquista de Londres de 1881”, El Retorno de los Bárbaros, núm. 0, 2011, 14pp.

Sánchez Sánchez, José, “La comunidad eclesial de base: una alternativa de

comunión en un mundo globalizado", Revista Mexicana de Teología, núm. 5, 2007, pp. 47-68.

Semo, Enrique, Viaje alrededor de la izquierda (México, Nueva Imagen/UAS, 1988).

---, Crónica de un derrumbe. Las revoluciones inconclusas del Este (México, Grijalbo/Proceso, 1991).

---, La búsqueda, 2 vols. (México, Océano, 2003-2004).

---, México: del antiguo régimen a la modernidad. Reforma y Revolución (México, UNAM/UACJ, 2012).

---"Arnoldo Martínez Verdugo y el gran viraje", Proceso, 3 de junio de 2013.

Servín, Elisa, "Hacia el levantamiento armado. Del henriquismo hasta los Federacionistas Leales en los años cincuenta", en Oikón Solano y García Ugarte, 2008, I, pp. 307-332.

Tahar Chaouch, Malik, "Mitos y realidades sociológicas de la Teología de la Liberación en América Latina", Estudios Sociológicos, vol. XXV(1), 2007, pp. 69-103.

Taibo II, Paco Ignacio, Bolshevikis. Historia narrativa de los orígenes del comunismo en México, 1919-1925 (México, Joaquín Mortiz, 1986).

---, Ernesto Guevara, también conocido como el Che (México, Planeta, 1996).

--- y Rogelio Vizcaíno, Las dos muertes de Juan R. Escudero. La comuna de Acapulco 1918-1923 (México, Joaquín Mortiz, 1990).

Tello Díaz, Carlos, La rebelión de las Cañadas (México, Cal y Arena, 1995).

Thomson, Guy P.C. y David G. LaFrance, El liberalismo popular mexicano. Juan Francisco Lucas y la Sierra de Puebla, 1854-1917 (Puebla, BUAP, 2011).

Torúa Cienfuegos, Alfonso, "El magonismo en Sonora, 1904-1908. Historia de una persecución", tesis de licenciatura en Historia (Sonora, Universidad de Sonora, 1998).

Trotignon, Pierre, “De Goethe a Schopenhauer”, en Bleaval, VIII, pp. 17-27.

Tutino, John, De la insurrección a la revolución en México. Las bases sociales de la violencia agraria 1750¬-1940 (México, Era, 1990).

Urbina Villagómez, Mirtha Leonela, “Reconstrucción de una memoria negada: la lucha agraria de las comunidades indígenas en el Bajío y la Sierra Gorda (1876-1884)”, en Wright Carr y otros, 2012, pp. 148-171.

Valadés, José Cayetano, Sobre los orígenes del movimiento obrero en México, 1927, 2ª. ed. (México, Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano, 1979).

---, Topolobampo, la metrópoli socialista de Occidente. Apuntes para la historia de la Ciudad de la Paz (México, FCE, 1939).

---, El socialismo libertario mexicano, siglo XIX (Culiacán, UAS, 1984).

Vázquez Valdovinos, Ernesto, "La rebelión agraria de Julio López Chávez en el México del siglo XIX", tesis para obtener el grado de Licenciado en Historia (México, UNAM/Facultad de Filosofía y Letras, 1990).

Velásquez, Sánchez-Hidalgo, Verónica, Lugar de maravillas. Arqueología en Pacific City (México, Axial, 2012).

“Viaje a las entrañas de Octavio Paz”, entrevista de Rafael Rodríguez Castañeda a Enrique Krauze, Proceso, 1823, 9 de octubre de 2011, pp. 6-17.

Volpi, Jorge, La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968, 1998, 2ª ed. (México, Era/Editores Independientes, 2008).

---, La guerra y las palabras. Una historia intelectual de 1994 (México, Era, 2004).

Williams, Raymond, La larga revolución (Buenos Aires, Visión, 2003).

Womack Jr., John, Chiapas, el obispo de San Cristóbal y la revuelta zapatista (México, Cal y Arena, 1998).

Wright Carr, David Charles y otros, coords., La memoria histórica de los pueblos

subordinados (Guanajuato, Universidad de Guanajuato, 2012).

HEMEROGRAFÍA

Ariete, México D.F.

Animal Político D.F.

El Comunista de México, México D.F.

El Diario, México D.F.

El Hijo del Trabajo, México D.F.

El Imparcial, México D.F.

El Machete, México D.F.

El Monitor Republicano, México D.F.

El Pueblo, México D.F.

El Sindicalista, México D.F.

El Socialista, México D.F.

Excélsior, México D.F.

Historia y Sociedad, México D.F.

La Batalla, México D.F. [periódico]

La Batalla, México D.F. [revista]

La Internacional, México D.F.

La Jornada, México D.F.

La Libertad, México D.F.

La Plebe, México D.F.

La Revolución Social, Puebla, Pue.

La Sombra de Arteaga, Querétaro, Qro.

¡Luz!, México D.F.

Nuestros Ideales, México D.F.

Plural, México D.F.

Proceso, México D.F.

Regeneración, México D.F.

Reforma, México D.F.

Re-incidente, Puebla, Pue.

Revolución, México D.F.

Tierra Gallega, La Coruña

Tribuna Roja, México D.F.

Unomásuno, México D.F.

Webguerrillero. Periódico digital de las izquierdas del siglo XXI, México D.F.

PORTALES

http://palabra.ezln.org.mx/comunicados/1994/1993.htm

http://palabra.ezln.org.mx/comunicados/1996/1996_01_01_a.htm

http://es.wikisource.org/wiki/Segunda_Declaraci%C3%B3n_de_la_Selva_Lacand

http://es.wikisource.org/wiki/Quinta_Declaraci%C3%B3n_de_la_Selva_Lacandc

http://librecandela.blogspot.mx/2013/01/tercera-declaracion-de-la-selva.html

http://ezln.org/documentos/2005/sexta.es.htm

www.prd.org.mx/portal/documentos/historia_PRD.pdf

Notas al pie

[1]Con razón, Enrique Semo considera al “liberalismo socializante” y al “cristianismo social” dos de los principales afluentes del socialismo mexicano (Semo, 2012, p. 490).

[2]Karl Mannheim elabora de manera compleja y útil el concepto de generación, en tanto que Raymond Williams emplea el de “estructura de sentimiento” (Mannheim, 1993, p. 216; Williams, 2003, p. 70; Cevasco, 2003, p. 104; Berlin, 2000, p. 20).

[3]La cita pertenece a la primera referencia (Revueltas, 1979, pp. 111 y 112). En adelante, cuando exista una cita textual y más de una referencia, la cita provendrá de la primera fuente referenciada.

[4]Las cursivas son mías.

[5]Según Valadés, el documento fue redactado por Zalacosta. Valadés, El socialismo libertario mexicano, siglo XIX, p. 128. Una narración más amplia sobre el movimiento está en Illades, “Socialismo y rebelión agraria en México, 1850-1886”, pp. 119-137..

[6]La evidencia arqueológica y fotográfica de la colonia instalada en Topolobampo, sin embargo, muestra que la prohibición de consumir tabaco y alcohol no siempre fue acatada (Velásquez, 2012, p. 126).

[7]Las cursivas son del original.

[8]Sobre la represión de que eran objeto los periodistas, John Kenneth Turner afirma que “Ricardo Flores Magón me mostró una vez una lista de más de cincuenta periódicos que fueron suprimidos y otra de más de cien de sus directores que fueron encarcelados durante el tiempo en que él estuvo luchando para publicar un periódico en México” (1978, pp. 146 y 147).

[9]En su glosa al libro de Bakunin, Marx plantea la superación de la política misma al acabar con la base material que sustenta las relaciones de clase ya que, al cesar el sistema de dominación, los órganos de representación pierden tanto su carácter gubernamental como su naturaleza política (Marx, 1975, pp. 45 y 46).

[10]Según Turner, de La Hoz se ahogó accidentalmente al cruzar el río Bravo (Meyer, 2005, p. 142).

[11]“La Casa del Obrero Mundial se siente satisfecha por haber sido la primera institución que implanta en México una escuela racionalista…”, “La infancia en la Casa del Obrero Mundial”, (Ariete, 24 de octubre de 1915).

[12]Respecto a la circulación de la obra, el periódico de la CGT señaló la buena acogida que tuvo entre las clases trabajadoras, a tal grado que la “primera edición prácticamente ha sido agotada”, por lo que “la segunda edición de ‘Verdugos y víctimas’ estará impresa dentro de muy brevísimos días”, (“’Verdugos y víctimas’, de Ricardo Flores Magón”, Nuestros Ideales, 18 de marzo de 1922).

[13]El ala disidente del PSM formo el Partido Comunista de México. A principios

de 1920, éste convocó a unirse a los demás "grupos radicales", estando ciertos de que "la mayoría de las dificultades de la clase trabajadora en México en el pasado han sido la consecuencia de encontrarse separados, lo cual no permitiremos en el futuro". "Partido Comunista de México", El Comunista de México, enero de 1920.

[14]Para el 17 de diciembre de 1965 estaba prevista una "'importante junta'" en Tayoltita, Durango, a la que asistiría Rico Galán (citado por Condés, 2009, III, p. 177).

[15]Desde mayo, el profesor había dejado su empleo en el Distrito Federal para dedicarse de tiempo completo a la actividad política (Glockner, 2007, p. 129; Illades, 2010, p. 136).

[16]La mejor crónica de los sucesos está en Montemayor, 1991, pp. 19-21.

[17]"Los efectivos y la dirigencia guerrillera suman aproximadamente 150 hombres. El núcleo dirigente del PLP se oculta en la agreste sierra de Atoyac, al norte de Acapulco, Guerrero; en algunas ocasiones ha emboscado exitosamente a las unidades del ejército, matado soldados y haciéndose de armas y equipo militar… El PLP se financia con secuestros, extorsiones y asaltos bancarios, si bien ha circunscrito sus actividades al estado de Guerrero."

[18]Ante tal despliegue de fuerza, resulta cuando menos excesiva la afirmación de que en México nunca hubo guerrillas "en el sentido fuerte de la palabra" (Aguilar V., y Castañeda, 2009, p. 104).

[19]Al gobierno estadounidense le preocupaba particularmente que la presión de la

opinión pública comprometiera el programa de entrenamiento policial que estaba en marcha, coordinado del lado mexicano por el coronel Manuel Díaz Escobar, uno de los responsables del adiestramiento de los “Halcones” (Departamento de Estado, “US. Training of Mexican Police as related student disturbances”, 17 de junio de 1971).

[20]“Muchas organizaciones han aparecido en escena siendo identificadas en uno o dos actos terroristas o revolucionarios aislados, sólo para aparecer y reaparecer más tarde bajo distintos nombres implicadas en actos subversivos de otros grupos. La Liga Comunista 23 de Septiembre (LCS) destaca por ser un grupo de orientación marxista que apareció en la escena terrorista a mediados de 1973, el cual ha sido identificado por las autoridades mexicanas como responsable de muchos de los bombazos, asaltos, secuestros y asesinatos políticos ocurridos en México en los últimos nueve meses.”

[21]Página oficial del PRD, www.prd.org.mx/portal/documentos/historia_PRD.pdf (consultado el 12 de julio de 2013).

[22]Sobre los proyectos agroindustriales emprendidos en Chiapas por esta organización véase Orive, 2010, pp. 21, 22, 30 y siguientes.

[23]“Se trata de un grupo guerrillero marxista entrenado en Cuba. Las Fuerzas de Liberación Nacional han sido financiadas en el pasado por el gobierno cubano y tienen a sus dirigentes y su cuartel general en Monterrey, Nuevo León. Los miembros de esta organización han sido identificados participando en múltiples asaltos bancarios, secuestros y asesinatos principalmente en el norte y noroeste de México, y desviando un avión mexicano a Cuba.”

[24]Comandancia General del EZLN, Declaración de la Selva Lacandona, 1993, en http://palabra.ezln.org.mx/comunicados/1994/1993.htm (consultado el 18 de

julio de 2013).

[25]Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General del EZLN, Segunda Declaración de la Selva Lacandona, 1994, en http://es.wikisource.org/wiki/Segunda_Declaraci%C3%B3n_de_la_Selva_Lacand (consultado el 18 de julio de 2013).

[26]Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General del EZLN, Tercera Declaración de la Selva Lacandona, 1995, en http://librecandela.blogspot.mx/2013/01/tercera-declaracion-de-la-selva.html (consultado el 19 de julio de 2013).

[27]Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General del EZLN, Cuarta Declaración de la Selva Lacandona, 1996, en http://palabra.ezln.org.mx/comunicados/1996/1996_01_01_a.htm (consultado el 19 de julio de 2013).

[28]Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General del EZLN, Quinta Declaración de la Selva Lacandona, 1998, en http://es.wikisource.org/wiki/Quinta_Declaraci%C3%B3n_de_la_Selva_Lacando (consultado el 19 de julio de 2013).

[29]Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General del EZLN, Sexta Declaración de la Selva Lacandona, 2005, en http://ezln.org/documentos/2005/sexta.es.htm (consultado el 19 de julio de 2013).

[30]Ibidem. Después de diez años, sus promotores se congratulan de poseer un

sistema de salud integral, escuelas de formación básica y secundarias, tiendas de abarrotes, colectivos de producción de productos agropecuarios y de exportación de café, un banco, sistema de justicia y radio comunitarios (José Gil Olmos e Isaín Mandujano, “Una década de ‘caracoles’”, Proceso, 25 de agosto de 2013).

[31]Cuando Weitling y Marx se reunieron en Bruselas, en 1846, éste le pidió a Weitling que expusiera sus ideas con respecto a la organización de la clase trabajadora. Ante el desprecio que aquél mostró por la reflexión crítica en favor de una total empatía con los desposeídos, cuentan que Marx dio un puñetazo en la mesa y sentenció: “’nunca la ignorancia ha ayudado a nadie’” (citado por Berlin, 2009, pp. 107 y 108).

[32]Las cursivas son mías.

[33]“Los encapuchados responden… ¡Con la revuelta no podrán!”, Proceso en línea, en www.proceso.com (fecha de consulta 8/11/2013).

[34]Sobre esta pérdida de la dimensión histórica remito al clásico ensayo de Jameson, 1991, p. 64.

[35]Al respecto puede verse Judt, 2010, pp. 128 y siguientes.

• ALIOS • VIDI •

• VENTOS • ALIASQUE •

• PROCELLAS •

El cuidado editorial de

En la ruta de la onda

de Parménides García Saldaña

estuvo a cargo de Jus, Libreros y Editores S. A de C. V.

en colaboración con Editorial Jus



CARLOS ILLADES (1959) es profesor titular en el Departamento de Filosofía de la UAM-Iztapalapa, investigador nacional nivel III del SNI y miembro de la Academia Mexicana de Ciencias. Investigador visitante en prestigiadas universidades europeas y estadounidenses, ha sido reconocido con varios premios en el campo de la Historia. Autor, entre otros libros, de *Hacia la república del trabajo. La organización artesanal en la ciudad de México, 1853-1876* (1996), *Rhodakanaty y la formación del pensamiento socialista en México* (2002), *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano* (2005), *Las otras ideas. Estudio sobre el primer socialismo en México, 1850-1935* (2008) y *La inteligencia rebelde. La izquierda en el debate público en México, 1968-1989* (2012).